

IDAD AU
CCIÓN GE



W. SCOTT

GENII WOLF

45992

PR5319

.A2


A44

1831

V.3

c.1

010765



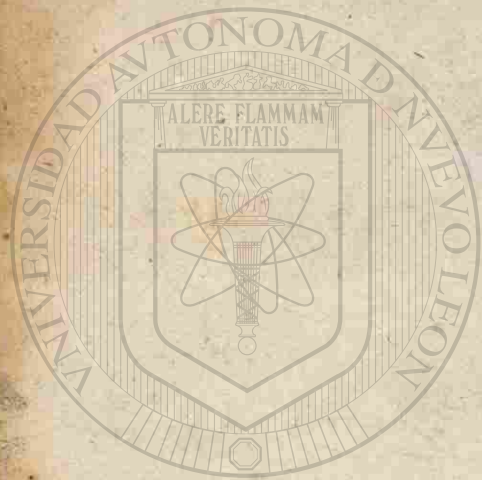


1080022137

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



Rafael Cagigas
Gov^o

OBRAS
DE WALTER SCOTT.

KENILWORTH.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Handwritten notes in Spanish, possibly a library or collection mark.

KENILWORTH, NOVELA DE WALTER SCOTT;

PRECEDIDA DE UNA NOTICIA

SOBRE EL CASTILLO DE KENILWORTH

Y SOBRE EL CONDE DE LEICESTER;

TRADUCIDA

POR D.^o PABLO DE XÉRICA.

« Es la reina Isabel virtuosa y bella :
« Jamas os permitais decir mal della. »

El Critico.

TOMO TERCERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BURDEOS, Biblioteca Universitaria

IMPRENTA DE D.^o PEDRO BEAUME.

1831.



PR 5319

. A2

A44

1831



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

KENILWORTH.

CAPITULO XVIII.

El momento se acerca. — Ha llegado el momento en que será preciso que escribas el total absoluto de la inmensa suma de tu vida; las constelaciones que te protegen estan victoriosas; los planetas esparcen sobre tí su benigna influencia, y te dicen: He aquí el instante.

SCHILLER traducido por COLERIDGE.

CUANDO Leicester hubo vuelto á su casa despues de un dia tan importante y tan penoso, en que su barca, habiendo sostenido mas de un temporal y tocado mas de un escollo, habia sin embargo entrado en el puerto con la bandera desplegada, se hallaba tan fatigado como un marinero despues de una borrasca. No profirió una palabra mientras su camarero, quitandole la capa rica de corte, le ponía una bata guarnecida de pieles; y cuando este oficial le dijo que Varney queria hablarle, no le respondió sino meneando la cabeza de mal

III.

I
010765

humor. Entró sin embargo Varney, y el oficial se retiró.

Permaneció el conde sentado, en silencio y sin moverse, apoyando la cabeza sobre su mano y el codo sobre una mesa que tenía á su lado, sin hacer caso alguno de su confidente, ni darse por entendido de su presencia. Varney aguardó algunos instantes que empezase la conversacion. Quería saber en que disposicion de ánimo se encontraba un hombre que en un dia mismo habia recibido una tras otra tan grandes emociones. Pero aguardó en vano: Leicester permaneció silencioso, y el confidente tuvo que hablar el primero.

— ¿Puedo dar á usía, dijo, la enhorabuena de la superioridad tan merecida que usía ha obtenido sobre su mas peligroso rival?

Leicester levantó la cabeza y contestó con tristeza y sin enojo: — Tú, Varney, cuyo ingenio intrigante me ha envuelto en un tejido peligroso de viles falsedades, debes saber mejor que yo si tengo motivos de estar tranquilo y satisfecho.

— ¿Me condena vm. acaso, dijo Varney, por no haber descubierto desde luego el secreto *de que depende su fortuna*, y que me ha sido recomendado tantas veces y con tantas instancias? Hallandose allí presente,

nada mas fácil que haberme desmentido, nada mas fácil que perderse diciendo la verdad. Pero no convenia á un fiel servidor confesarla sin estar autorizado por usía.

— No puedo negarlo, Varney, dijo el conde que se levantó y se paseaba en el cuarto: he sacrificado mi amor á mi ambicion.

— Mas acertado seria decir, dijo Varney, que el amor ha hecho traicion á la elevacion de vm., privandole de un porvenir de poder y honores tales que no puede ofrecer el mundo á ningun otro. Por haber dado á mi illustre ama el título de condesa, ha perdido vm. la ocasion de ser...

Se detuvo, y no se atrevió á continuar la frase.

— ¿De ser *que?* preguntó Leicester: esplícate, Varney.

— De ser rey, replicó Varney, y rey de Inglaterra, que es mas. No es hacer traicion á la reina el hablar de esta manera. Esto hubiera sucedido si hubiese querido, como lo deseán todos sus súbditos, escoger un esposo noble, valiente y de bella presencia.

— Eres loco, Varney, respondió Leicester; y por otra parte ¿no hemos visto en nuestro tiempo bastante para hacer detestar á los hombres la corona matrimonial que cogen sobre las rodillas de sus mugeres? ¿Has echado en olvido Darnley en Escocia?

— Darnley, dijo Varney, tonto, mentecato, grandísimo borrico, se dejó á lo bestia arrojar al aire como un cohete. Si hubiese tenido María la dicha de casarse con el noble conde destinado en otro tiempo á dividir con ella el trono, habria encontrado un marido de otro temple, y hubiera él encontrado en ella una muger tan dócil y afectuosa como la tierna esposa del último caballere de aldea, que le acompaña á la caza y le tiene la brida de su caballo mientras pone el pié en el estribo.

— Hubiera podido suceder muy bien del mismo modo que lo dices, Varney, replicó Leicester; y una alegre sonrisa aclaró su semblante mustio. Enrique Darnley conocia muy poco las mugeres. Con María, un hombre que hubiese conocido un poco el sexo, hubiera mantenido con facilidad el rango del suyo. Al contrario con Isabel: creo que Dios, al darle un corazon de muger, le ha dado una cabeza de hombre para traerle á raya. No, yo la conozco; acepta las prendas de amor, y paga á sus adoradores con otras; mete en su seno los sonetos amartelados, y lo que mas es, responde á ellos, llevando la galantería hasta el término en que va á cambiarse en un afecto recíproco; pero pone *nil ultra* á todo lo que debe seguirse, y no daría una

jota de su poder por todo el abecedario del amor y del himeneo.

— Mucho mejor para vm., dijo Varney, mucho mejor, es decir suponiendo que sean tales sus intenciones, puesto que no piensa vm. poder aspirar al título de su esposo. Es vm. su favorito, y lo será mientras la dama del castillo de Cumnor permanezca en la oscuridad que la oculta á los ojos del público.

— ¡Pobre Amy! dijo suspirando Leicester: ¡la pobrecilla desea tanto ser reconocida por condesa delante de Dios y de los hombres!

— Cierto que lo desea, respondió Varney; pero ¿es razonable ese deseo? esta es la cuestion. Sus escrúpulos religiosos estan satisfechos. Es esposa legítima, y está tratada y querida como tal: goza de la union con su marido, siempre que él puede, sin faltar á sus mas precisos deberes, dar alguna escapada: ¿que puede ella desear mas que eso? Estoy enteramente convencido de que una dama tan dulce y tan tierna consentiria en pasar toda su vida en la oscuridad en que se halla en el día (oscuridad que en todo caso no es mas insoportable que la vida que pasaba en el castillo de Lidcote), ántes de disminuir lo mas mínimo de los honores y la futura grandeza de su esposo, queriendo gozar de ellos ántes de tiempo.

— Hay algo de positivo en lo que dices, Varney, y todo se echaria á perder si se presentase aquí. Sin embargo no podemos prescindir de presentarla á la reina en Kenilworth; Isabel no olvidará así como quiera las órdenes que ha dado para ello.

— Permita vm. que consulte con mi almohada, dijo Varney, para poder salir de este apuro. Sin eso no puedo dar la última mano á un proyecto que medito, y que espero que al paso que satisfaga á la reina sin ofender á mi ama, dejará este fatal secreto sepultado en donde se halla en el día. ¿Tiene usía algunas órdenes que darme?

— Deseo estar solo, respondió Leicester; dejame; pon sobre mi mesa la cajita de acero, y no vayas muy léjos.

Varney se retiró, y abriendo el conde la ventana, estuvo mucho tiempo mirando fijamente los grupos resplandecientes de estrellas que adornaban una de las mas hermosas noches del estío, y dejó escapar sin sentirlo estas palabras:

— Jamas he tenido tan grande necesidad del socorro de las constelaciones del cielo, pues el camino por tierra está oscuro y difícil.

En aquel siglo daban una grande importancia á las vanas predicciones de la astrolo-

gía judiciaria; y Leicester, aunque se hallaba en general esento de otras supersticiones, no era en esta parte superior al tiempo en que vivia. Y no solamente eso, sino que se había notado que protegía y fomentaba los profesores de esa supuesta ciencia. Es cosa notable que el deseo de conocer el porvenir, deseo tan general entre los hombres de todos los paises, se encuentra en toda su fuerza y vigor especialmente entre los que se ocupan en los asuntos de estado, y pasan su vida en medio de las intrigas y cabalas de las cortes.

Despues de haber dado mil vueltas á la cajita de acero para ver si la habian abierto, y si estaba la cerraja como él la habia dejado, introdujo en ella la llave y la abrió. Lo primero que hizo fué sacar una porcion de monedas de oro que estaban en un bolsillo de seda, despues un pergamino en que estaban dibujados los signos del zodiaco, y muchas líneas y cálculos que sirven para formar un horóscopo. Despues de haber examinado todo muy bien, sacó de la cajita una llave, y levantando una alfombra que cubria la pared, abrió con ella una puerta secreta en un rincón del cuarto, que daba á una escalera muy estrecha.

— Alasco, dijo el conde en voz alta, de manera que pudiese oirle el que habitaba en

la torre adonde conducía la escalera : Alasco, baja.

— Allá voy, monseñor, respondió una voz desde arriba : oyéronse los pasos torpes de un viejo que bajaba por la escalera de caracol, y se presentó el tal Alasco en el cuarto del conde. Era el astrólogo un hombre muy pequeño ; parecía muy viejo ; su barba blanca le llegaba hasta la cintura, y los cabellos eran muy canos también. Las cejas eran negras, y los ojos vivos y penetrantes ; y esta singularidad hacia la fisonomía del viejo sumamente extraordinaria. La tez era aun fresca, y tenía buen color ; los ojos, de los que hemos hablado ya, eran parecidos á los de un raton, por ser feroces y vivarachos. Sus modales no dejaban de tener cierta dignidad, y el intérprete de los astros, aunque respetuoso, no manifestaba encogimiento alguno, y por el contrario tomaba el tono magistral cuando conversaba con el primer favorito de Isabel.

— Se ha equivocado vm. de medio á medio en sus pronósticos, Alasco, dijo el conde despues de haber contestado á su salutación : mi hombre está convaleciente.

— Hijo mio, replicó el astrólogo, permítame vm. que le recuerde que yo no he asegurado que moriria. No puede sacarse de los

cuerpos celestes, de su forma y de sus conjunciones ningun pronóstico que deje de estar sujeto á la influencia superior del poder divino :

Astra regunt homines, sed regit astra Deus.

— ¿ De que sirven pues todos vuestros cálculos y misterios ? preguntó el conde.

— Sirven de mucho, hijo mio, replicó el viejo, pues manifiestan el curso natural y probable de los sucesos, aunque este curso se halle subordinado á un poder mas elevado. Asi es que, al examinar el horóscopo que vuestra señoría ha sometido á mi arte, se observa que estando Saturno en la sesta casa en oposicion á Marte, que retrograda en la casa de la vida, no puede menos de verse allí una enfermedad larga y peligrosa, cuyo fin está entre las manos de la Providencia, aunque la muerte es el resultado probable. Sin embargo, si supiera yo el nombre de la tal persona, podria formar otro horóscopo.

— Su nombre debe quedar secreto, dijo el conde ; sin embargo me veo obligado á confesar que la prediccion en gran parte se ha verificado. Él ha estado enfermo y de peligro, pero no ha muerto. ¿ Has vuelto á sacar mi horóscopo, como Varney te lo ha ordenado ? ¿ estás dispuesto á descubrirme que

*

es lo que los astros predican sobre mi suerte futura?

— Mi arte está enteramente á la disposicion de vm., y he aquí, hijo mio, calculada sobre este papel la fortuna de vm., tan brillante como los fuegos mismos de los signos sagrados á los que está sujeto nuestro destino: el de vm. sin embargo no estará esento enteramente de temor, de dificultades y de peligros.

— A ser de otra manera, dijo el conde, mi suerte no seria la de un mortal; continúe vm., sabiendo que está hablando con un hombre preparado á todo lo que los destinos le reserven, y determinado á obrar ó sufrir cual conviene á un noble Inglés.

— Tu valor para una y otra prueba debe aun elevarse mucho mas, respondió el viejo: las estrellas anuncian al parecer un título mas soberbio, un rango mas elevado aun. Tú debes adivinar el sentido de esta prediccion, y yo no debo descubrirtele.

— Digamele, se lo suplico, se lo mando, dijo Leicester; digamele, Alasco, por amor de Dios.

— Ni lo puedo, ni lo quiero decir, replicó el viejo: el enojo de los príncipes es como la ira del leon. Pero atiende, y juzga por tí mismo. Aquí Venus, subiendo á la casa de la

vida y en conjuncion con el sol, espárese torrentes de luz en que el resplandor del oro se mezcla al de la plata, presagio cierto de poder, de riqueza, de dignidad, de todo lo que lisonjea la ambicion humana: jamas César, de la antigua y poderosa Roma, oyó de la boca de sus agoreros un porvenir de gloria tal que mi ciencia podria desenvolver sobre un testo tan rico á mi hijo favorito.

— Tú te burlas de mí, vejestorio, dijo el conde admirado del entusiasmo que el astrólogo acababa de manifestar en su prediccion.

— ¿Está acaso para chanzas el hombre que como yo tiene los ojos fijos en el cielo, y el pié en la sepultura? replicó el viejo con un tono solemne.

El conde dió dos ó tres pasos en su cuarto, con los brazos estendidos, obedeciendo al parecer á los signos de alguna fantasma que le escitaba á grandes empresas. Al mismo tiempo sorprendió al astrólogo que le miraba de hito en hito: una penetracion maliciosa estaba pintada en las miradas de observacion que lanzaba por entre sus cejas negras y espesas. La alma altiva y recelosa de Leicester se encendió de repente: se arrojó sobre el viejo desde el extremo del cuarto, y no se detuvo hasta que con su mano estendida tocó casi al cuerpo del astrólogo.

— ¡Miserable! dijo, si tienes la desgracia de engañarme, te desollaré vivo. Confiesa que estás sobornado para engañarme y venderme; confiesa que eres un impostor, y que soy una víctima de tus imposturas y traiciones.

El viejo manifestó alguna emoción, pero no la que debiera haber causado á la inocencia misma el furor que se habia apoderado del conde.

— ¿Que significa esta violencia, monseñor? respondió él: ¿como he podido yo merecer ese resentimiento?

— Pruebame, respondió el conde furioso, pruebame que no obras de acuerdo con mis mortales enemigos.

— Monseñor, replicó el viejo con dignidad, no puede vm. tener mejor prueba que la que vm. mismo ha escogido. He pasado las últimas veinte y cuatro horas encerrado en esa torre bajo una llave que ha quedado en poder de vm. He empleado las horas de la noche en contemplar los cuerpos celestes con estos ojos casi apagados, y durante el dia me he devanado los sesos completando los cálculos que nacia de su combinacion. No he comido, ni bebido, no he oido la voz humana. Vm. sabe muy bien que me era imposible. Y sin embargo yo le aseguro á vm., yo que acabo de pasar veinte y cuatro horas en

la soledad y en la meditacion, sí, se lo aseguro á vm., durante este mismo tiempo la estrella de vm. ha dominado sobre el horizonte, ó el libro brillante de los cielos ha mentido, ó un cambio feliz debe verificarse hoy en la fortuna de vm. Si nada ha sucedido en este intervalo que consolide el poder de vm., ó que aumente el favor de que vm. goza, entónces soy verdaderamente un impostor, y el arte divino que nació en las llanuras de la Caldea no es mas que un engaño grosero.

— Verdad es, dijo Leicester, que estabas encerrado. Y es cierto tambien que la mudanza que dices te ha sido revelada por los astros, se ha obrado en la situacion de mis asuntos.

— ¿Por que pues esas sospechas, hijo mio? dijo el astrólogo en tono persuasivo: las inteligencias celestes no sufren esta desconfianza ni aun á sus mismos favoritos.

— Poco á poco, respondió Leicester, me he equivocado. Jamas ni por condescendencia, ni por escusarse, los labios de Dudley dirán mas, ni á los hombres mortales, ni á las inteligencias celestes: solo exceptuo el poder supremo ante quien todo se prosterna. Pero volvamos al asunto que nos ocupa en medio de esas brillantes promesas. Has dicho que habia un punto de vista mas sombrío.

¿Puede instruirme tu arte de donde vendrá el peligro, y quien será el instrumento?

— He aquí lo que mi arte me permite responder á esa pregunta, dijo el astrólogo. El aspecto siniestro de los astros anuncia esa desgracia como la obra de un jóven.... un rival tal vez; pero no sé si será un rival en amor ó en el favor real, y la sola particularidad que puedo añadir es que viene del Occidente.

— ¡Del Occidente! ¡Ah! dijo Leicester, basta, basta: si por cierto, de allí vienen los nublados. ¡Los condados de Cornouailles y de Devon! ¡Raleigh y Tresilian! es alguno de ellos, y me desharé de los dos, que será lo mas seguro. Sabio respetable, si te he injuriado, voy tambien á recompensarte con largueza.

Sacó un bolsillo lleno de oro del cofre que tenia delante: — He aquí doble del salario que Varney te ha prometido. Guarda fielmente mi secreto, obedece á las órdenes de mi primer caballero, y no sientas pasar algunos instantes por servirme en el retiro ó entre privaciones. Todo te será pagado generosamente. ¡Holá! Varney, lleva á este respetable anciano á su cuarto; que le sirvan bien, pero impide que se comunique con otras personas.

Varney hizo una inclinacion, el astrólogo

besó la mano del conde como señal de despedida, y siguió al primer caballero á otro cuarto en donde le habian preparado vino y algunas viandas.

El astrólogo se sentó para comer alguna cosa, y al mismo tiempo Varney cerró con precaucion dos puertas, examinó si habia alguno que escuchase, y sentándose al frente del sabio, empezó á hacerle preguntas.

— ¿Ha comprendido vm. la seña que le he hecho desde abajo?

— Sí, dijo Alasco (pues asi se llamaba), y me ha servido grandemente para componer mi horóscopo.

— ¿Y ha pasado sin dificultad? dijo Varney.

— No, respondió el viejo, pero al fin ha pasado, y he hablado ademas, como habíamos convenido, de un peligro causado por un secreto descubierto, y de un jóven recién llegado del Occidente.

— Los temores del conde y su conciencia aseguran el buen éxito de esas predicciones, replicó Varney; ningun hombre en mitad de la carrera que él corre conservó jamas tan necios escrúpulos. Me veo obligado á enganñarle por su beneficio. Pero hablemos de los asuntos de vm., sabio intérprete de los astros. Yo estoy en el caso de manifestar á vm. su destino mejor que todos los pronósticos

imaginables. Es preciso salir de aquí al punto, yendo con la música á otra parte.

— No me da la gana, dijo Alasco enfadado; estoy ya harto de todo esto; me he visto encerrado de día y de noche en un sitio horrible, en una torre. Quiero gozar de mi libertad, y proseguir mis estudios que me importan mas que las fortunas de cincuenta hombres de estado ó cortesanos, que se elevan con facilidad y con facilidad caen en la atmósfera inconstante de las cortes.

— Como vm. quiera, dijo Varney con una risa sardónica que habia hecho en él familiar una larga costumbre, y que forma la señal distintiva que han dado los pintores á la cara de Satanás: como vm. quiera, puede gozar de su libertad, y continuar sus estudios hasta que las dagas de las gentes de Sussex vayan á encontrar su corazon atravesando su capa.

El viejo perdió el color, y Varney continuó: — ¿Piensa vm. que no ha ofrecido una recompensa al que logre echar el guante al bribon charlatan emponzoñador Demetrio, que ha dado al cocinero de su señoría ciertas especies preciosas? ¿Que! ¿tiembla vm., amigo mio? ¿Vé acaso Halí algun contratiempo en la casa de la vida? Escucha, te enviaremos á una antigua casa de campo de las mias; vivirás en ella con un buen paisano, y le cam-

biarás los ochavos por ducados con el socorro de tu alquimia: eso creo que es todo lo que puede dar de sí tu ciencia.

— Mientes, chocarrero necio é insolente, dijo Alasco colérico; todo el mundo sabe que me he acercado á la perfeccion mas que ningun otro artista de cuantos viven. No hay seis químicos en el mundo que posean una aproximacion tan exacta del grande Arcano. En vano será buscarlos.

— Vamos, vamos, dijo Varney interrumpiendole: ¿que quiere decir esto, por vida de sanes? ¿No nos conocemos uno á otro? te creo tan ducho y consumado en todos los medios de engañar, que despues de haber engañado á todo el mundo, te has chasqueado á tí mismo, y sin cesar de petardear á los demas, te has hecho en algun modo el juguete de tu imaginacion. No tienes que abochornarte por eso, pues no hay para que. Y pues eres erudito, he aquí una citacion clásica que puede consolarte:

Ne quisquam Ajacem possit superare nisi Ajax.

Tú solo podías engañarte á tí mismo, y has atrapado ademas á toda la cofradía de los Rosacruces: nadie ha echado el pié mas adelante en el gran misterio; pero escucha esta friolera. Si la salsa que dísteis á Sussex

hubiera hecho mas efecto, tendria mejor opinion de esa química que ponderas tanto.

— Eres un malvado empedernido, Varney, dijo Alasco: muchos hay que osan cometer semejantes acciones, y no osan hablar de ellas.

— Muchos hay que hablan de ellas, dijo Varney, y no se atreven á cometerlas; pero no te enfades. No quiero yo de ningun modo reñir con un ente como tú; pues si lo hiciese, me veria obligado á comer solo huevos durante un mes, para estar libre de temores. Dime pues á renglon seguido, ¿como has errado el golpe en una ocasion semejante?

— El horóscopo del conde de Sussex anuncia, respondió el astrólogo, que el signo del ascendiente que se halla en combustion....

— Dejate de chácharas, dijo Varney; ¿piensas que soy yo un papanatas como mi amo?

— Perdona vm., dijo el viejo: solo conozco un remedio capaz de haber salvado la vida al conde; y como ninguno de cuantos respiran en Inglaterra conoce este antídoto sino yo, y por otra parte los ingredientes necesarios, y sobre todo el uno de ellos, son tan raros que es casi imposible adquirirlos, debo creer que solo se ha salvado por tener una organizacion de pulmones y otras partes vitales, tal que

no se ha visto igual hasta ahora en ningun otro hombre.

— Se ha hablado de un charlatan que le ha visitado, dijo Varney despues de una corta reflexion. ¿Está vm. bien seguro de que ningun otro posee en Inglaterra ese secreto?

— Habia un hombre, dijo el doctor, que fué criado mio en otro tiempo, y que hubiera podido robarme ese secreto y otros dos ó tres. Vm. puede pensar que no sufre mi política que ningun intruso me usurpe mi oficio. El hombre de quien hablo no tiene ya ganas de ir sonsacando secretos, se lo aseguro á vm.; creo firmemente que ha sido elevado al cielo en las alas de un dragon de fuego.... En paz descansa. Pero en el retiro adonde voy, ¿podré hacer uso de mi laboratorio?

— De todo cuanto tú quieras, dijo Varney; porque un reverendo padre abad, que se vió obligado á tomar soleta, hace veinte años, en tiempo del rey Enrique, tenia un laboratorio completo de química, y se vió forzado á dejarle. Allí podrás fundir, soplar, alumbrar y multiplicar, hasta que el dragon verde se convierta en ganso de oro, ó como quiera esplicarse la docta cofradía.

— Tiene vm. razon, señor Varney, dijo el alquimista mordiendose los labios, tiene vm.

razon en el desprecio mismo que hace vm. de cuanto es justo y razonable ; pues lo que vm. dice por burlarse podrá suceder ántes que volvamos á encontrarnos. Si los sabios mas venerables de los pasados tiempos han dicho la verdad ; si los mas sabios de nuestros dias la han recibido como debian ; si he sido yo acogido en todas partes , en Alemania , en Polonia , en Italia , y en el fondo de la Tartaria , como un hombre á quien la naturaleza ha descubierto sus misterios mas impenetrables ; si he adquirido los signos los mas secretos de toda la cabala judía , en un grado de perfeccion que la barba mas venerable de la sinagoga barreria las escaleras del templo para que fuesen dignas de mis piés ; si no hay mas que un paso que separe mis largos y profundos estudios de aquella masa de luz que me descubrirá la naturaleza al lado de la cuna de sus producciones las mas ricas y las mas gloriosas ; si solo un paso separa mi dependencia y el poder supremo , mi pobreza y un tesoro tan inmenso , que sin este noble secreto seria preciso , para igualarle , reunir las minas del antiguo y del nuevo mundo.... dígame vm. , amigo mio , ¿ no tengo razon en consagrar lo que me resta de vida á este estudio , estando convencido de que , en un corto espacio de tiempo , me elevaré

sobre la dependencia de los privados y de sus criaturas , de las que soy ahora humilde esclavo ?

— ¡ Bravo ! ; bravo ! hombre científico , dijo Varney con la espresion ordinaria de su causticidad y de su risa sardónica ; pero toda esa aproximacion de la piedra filosofal no sacará un cuarto de la bolsa de milord Leicester , y mucho menos de la de Ricardo Varney. Necesitamos servicios terrestres y visibles ; poco nos importa saber si engañas á los demas con tu charlatanismo filosófico.

— Varney , hijo mio , dijo el alquimista , la incredulidad que te rodea ha oscurecido , como una espesa nube , tu vista perspicaz , y te ha hecho incapaz de percibir lo que es una piedra de escándalo para el sabio , y que sin embargo á los ojos del que busca humildemente la instruccion , presenta una leccion clara , cierta , evidente. ¿ Crees tú que no tiene el arte medios de completar las cocciones imperfectas de la naturaleza en la formacion de los metales preciosos , del mismo modo que con los socorros del arte acabamos esas otras operaciones de incubacion , de cristalizacion , de fermentacion , y todos los medios con los cuales se estrae la vida misma de un huevo inanimado ; por los cuales se saca de las heces fangosas una bebida pura

y saludable ; con los cuales damos movimiento á la sustancia inerte de un líquido estancado ?

— He oido ya hablar de todo eso , dijo Varney , y estoy al abrigo de todos esos bellos discursos desde que dí veinte monedas de oro (¡ cáscaras , y que tonto era yo entónces !) para adelantar el gran *magisterium* que , gracias á Dios , se fué en humo . Desde aquel momento en que pagué el derecho de ser libre en mi opinion , ni la química , ni la astrologia , ni las demas ciencias ocultas son capaces , con todo el poder del infierno , de sacar un ochavo roñoso de mi bolsillo . En cuanto al maná de San Nicolas , no digo nada , es para mí cosa necesaria . Lo primero que vas á hacer es prepararme una cierta cantidad , cuando hayas llegado á mi casa de campo en donde vas á encerrarte , y podrás hacer despues todo el oro que te diere la gana .

— No quiero volver á hacer esa pocion , dijo el alquimista con resolucion .

— Pues te ahorcarémos , dijo Varney , por la que has hecho ya , y de ese modo el gran secreto será cosa perdida para el universo . No hagas á la humanidad un daño tan irreparable , hermanuco : escucha , somete á la suerte , compon una onza ó dos de esa droga , que solo puede perjudicar á una ó dos personas , á fin de prolongar tu vida lo que sea nece-

sario para descubrir el remedio universal que nos librárá al momento de todas las enfermedades . Pero no te enfades , ¡ ó tú el mas grave , el mas sabio y el mas solícito de cuantos locos hay en el mundo ! ¿ No me has dicho que una pequeña dosis de este maná no puede causar sino efectos agradables y nada peligrosos en el cuerpo humano ; que produce solamente un abatimiento general , nauseas , y una repugnancia muy grande á moverse ; en fin una disposicion parecida á la que impediria á un pájaro volar , aunque le dejasen la jaula abierta ?

— Lo he dicho , y es la verdad , respondió el alquimista : tal es el efecto que produce , y el pájaro que la tome en esa proporcion permanecerá todo un verano empollado y lánguido , sin pensar en el cielo azulado ni en el verde bosque tan agradable , por mas que al salir el sol pinte el cielo con sus rayos , y resuenen los bosques con el concierto alegre de todos sus emplumados habitantes .

— ¿ Y sin que se arriesgue su vida ? dijo Varney .

— Sí , con tal que no sea escesiva la dosis , y que alguno que conoce la naturaleza de este maná observe los síntomas y administre el antidoto en caso necesario .

— Tú mismo lo arreglarás todo , dijo Var-

ney, y recibirás una magnífica recompensa, si tomas todas las medidas necesarias para que nada tenga ella que temer por su salud; de otra suerte no te escaparías del mas terrible castigo.

— ¡Que nada tenga ella que temer! repitió Alasco: ¡segun eso, tengo que mostrar con una muger mi habilidad!

— No, loco, replicó Varney; ¿no te he dicho que es un pájaro, una avecilla capaz de enternecer al halcon que se lanzase sobre ella? Te se alegran los ojos, y sé muy bien que tu barba no seria tan blanca sin el auxilio del arte. He ahí por lo menos una cosa que has podido cambiar en plata; pero escucha, no la guardamos para tí. La tal avecilla enjaulada pertenece á un sugeto que no sufriria ningun rival, y mucho menos de tu estampa y catadura. Debes cuidar de su vida sobre todo. De un dia á otro podrá recibir la órden de ir á las fiestas de Kenilworth, y es muy conveniente, muy importante, muy necesario que no ponga allí los piés. Es preciso que ignore todas estas órdenes y sus causas; y debe creerse que sus propios deseos la impedirian escuehar cuantas razones pudieran darsele para que se quedase en Cumnor.

— Eso es natural, dijo el alquimista con una estraña sonrisa.

— Es verdad, respondió Varney; tú conoces las mugeres, aunque quizá hace mucho tiempo que no te rozas con ellas. En efecto, no conviene contrariarla, y sin embargo no es posible permitirle que haga lo que le diere la gana. Enterate bien de lo que te digo: una ligera indisposicion, la que baste para que no tenga ganas de fiestas, y para que los miembros de la sabia cofradía (que podrán ser llamados para visitarla) la obliguen á que no salga de casa por espacio de algunos dias. Este es el servicio que te se pide, servicio que será estimado, y por consiguiente grandemente recompensado.

— ¿No se trata de desmoronar el edificio de la vida? dijo el quimico.

— Nada menos que eso: al contrario, te costaria el pellejo, replicó Varney.

— ¿Y tendré, dijo Alasco, proporcion de hacer lo necesario, y ademas, si se viniese á descubrir, la facilidad de huir ó de ocultarme?

— Todo lo que quieras, incrédulo de los demonios, escepto para las imposibles de la alquimia. ¡Como, viejo hechicero! ¿qué concepto tienes formado de mí?

El astrólogo se levantó, y cogiendo una luz se dirigió al otro lado del cuarto, en que habia una puerta que conducia á la alcoba en donde debia pasar la noche. Al acer-

carse á la puerta, se detuvo y repitió muy despacio, ántes de responder á ella, la pregunta que le habia hecho Varney:

— ¿Que concepto tengo formado de tí? A fé mia, Varney, creo que eres mucho mas pícaro que yo. Pero me tienes preso y amarrado, y es preciso que te sirva hasta que se haya cumplido el plazo.

— Muy bien, dijo Varney impaciente; levántate al amanecer. Quizá no necesitarémos de tu remedio. No hagas nada hasta mi llegada á Cumnor, Lambourne te conducirá á tu destino.

Apénas hubo notado Varney que el químico, despues de haber cerrado la puerta, la habia asegurado por dentro, como hombre prudente, con cerrojos; se acercó, la cerró por fuera con las mismas precauciones, y quitó la llave diciendo:

— ¡Mas pícaro que tú, charlatan maldito, brujo, emponzoñador! ¡tú, que de buena gana hubieras hecho pacto con el diablo, si él hubiese querido criado semejante! Yo soy hombre frágil, y procuro por los medios humanos satisfacer mis gustos y pasiones, y mi ambicion. Pero tú eres un vasallo del infierno mismo. ¡Holá, Lambourne! dijo asomándose á otra puerta. — Miguel se presentó achispado y soñoliento.

— ¡Estás borracho, bribon! le dijo Varney.

— Un poco alegre, noble señor, respondió Miguel sin intimidarse: hemos brindado en forma á la fortuna de este feliz dia, al noble lord Leicester, y á su primer caballerizo. ¡Cuerpo de Cristo! el que rehusase una docena de brindis en semejante ocasion seria un traidor, un pendejo, y mereceria treinta puñaladas.

— Escuchame, bribon, dijo Varney, serenate al momento; yo te lo mando. Yo sé que puedes, cuando te da la gana, echar á un lado tus borracheras, como quien arroja una gorra: vamos, pronto.

Lambourne bajó la cabeza, salió del cuarto, y volvió á entrar poco despues sereno el rostro, compuesto el cabello y acabado de vestir, tan diferente al fin del que era poco ántes, como si hubiera cambiado completamente.

— ¿Estás ahora en tu juicio cabal? dijo Varney con seriedad.

Lambourne le aseguró que sí.

— Es preciso que salgas al punto para la abadía de Cumnor con el respetable doctor que duerme ahí en ese cuarto pequeño. He aquí la llave para despertarle, cuando sea tiempo de hacerlo y partir. Que te siga otro compañero seguro. Trataréis al doctor con todo respeto, sin perderle de vista. Si quisiese

escaparse, pegale un tiro, y aquí estoy yo. Te daré carta para Foster. Será preciso alojarse al doctor en el piso bajo, del lado del este, y podrá servirse del laboratorio antiguo y de lo que contiene. No se le permitirá tener con la dama del castillo mas comunicacion que la que autorizaré y prevendré yo mismo, á no ser que quiera divertirse con sus tonterías filosóficas. Aguardarás en Cumnor mis órdenes ulteriores; ¡y cuidado con ella! ¡cuidado con las tabernas y los frascos de aguardiente! Nada de cuanto se pasa en el castillo debe transpirar afuera, ni aun el aire que allí se respira.

— Basta, monseñor, quiero decir mi ilustre amo, y pronto, segun espero, mi ilustre caballero y amo. Me ha dado v. m. sus instrucciones y mi libertad; ejecutaré puntualmente las unas, y no abusaré de la otra. Partirémos al rayar el dia.

— Cumple con tu deber, para merecer mis elogios. Aguarda; ántes de irte, échame de beber. Y como Lambourne se dispusiese á darle el vino que habia dejado Alasco, No, dijo Varney, ve á buscar otro.

Obedeció Lambourne, y Varney, despues de haberse mojado bien la boca, bebió un vaso lleno, y dijo al retirarse á su cuarto:

— ¡Cosa rara! nadie menos iluso que yo,

y sin embargo no puedo hablar un minuto con el tal Alasco sin que mi boca y mis pulmones se resientan de los vapores del arsénico calcinado..... ¡Bah!!!

Al decir esto salió del cuarto, y Lambourne quedó para probar el vino que habia traído. — Es de *San Johnsberg*, dijo contemplando el que habia echado en el vaso para saborearse con el olor, tiene el verdadero perfume de violeta; pero es preciso privarme hoy de él, para poder beber otro dia á mis anchuras. Bebió un gran vaso de agua para apagar el calor del vino del Rin, y se retiró poco á poco ácia la puerta, hizo una pausa, y no pudiendo resistir á la tentacion, volvió de pronto, empinó el frasco, y se echó al colete un buen trago sin necesidad de vaso.

— Si no tuviese yo este maldito vicio, dijo, podría subir tan alto como el mismo Varney; pero ¡quien puede subir cuando el cuarto en que uno se halla da vueltas como un trompo? Quisiera que la distancia que hay entre mi mano y mi boca fuera mayor, y el camino mas penoso; pero mañana no beberé mas que agua, ¡sí, agua pura!

CAPITULO XIX.

PISTOL. « Y yo traigo mensajes de fe-
» licidad y de alegría, noticias
» preciosas.

ALERE FATSTAFF. » Te ruego nos las cuentas
» como á gentes de este mundo.

PISTOL. » ¡ Que se vaya al diablo el
» mundo y los mentecatos que
» le habitan! Hablo del Africa y
» de sus tesoros. »

ENRIQUE IV, segunda parte.

LA sala pública de la posada famosa del *Oso negro* en *Cumnor*, adonde nos conduce nuestra historia, podía lisonjearse de contener, la noche de que hablamos, una concurrencia digna de atención. Había habido una feria en las cercanías: el mercader petimetre de *Abingdon*, y otros muchos personajes que hemos presentado ya al lector como amigos y parroquianos de *Gil Gosling*, habían formado al rededor del fuego el corro acostumbrado, y hablaban de las noticias del día.

Un hombre alegre y despejado, que según todas las apariencias ejercía el oficio de *Autóyco*, llamó grandemente la atención de los

circunstantes, y contribuyó mucho á la diversion de aquella velada. Es de advertir que los tenderos ambulantes de aquel tiempo eran sujetos mas importantes que los del día. Estos mercaderes peripatéticos eran los que abastecían el comercio de las aldeas, y vendían telas mas ó menos finas, de las que se vestían las mugeres. Y si un tendero de estos era rico lo bastante para poder llevar sus fardos sobre un caballo, era un gran personaje, y podía hombrearse con los arrendatarios mas acomodados que encontraba en sus viages.

Este mercader extranjero de que hablamos, tomaba una parte activa en las diversiones que proporcionaba el concurso del *Oso negro* de *Cumnor*. Se sonreía con la linda *Cicily*, se reía á carcajadas con el bueno del posadero, y se mofaba del pisaverde *Goldthred*, que sin quererlo servía generalmente de juguete á los demas. El tendero ambulante y él trabáron una grande disputa sobre la preferencia que los tejidos de España merecían sobre los de Gascuña; y el posadero había hecho del ojo á los demas como diciendoles: Van vms. á reirse de buena gana, cuando se oyéron en el patio las pisadas de algunos caballos. Y llamáron al mismo tiempo al mozo de cuadra con los juramentos mas enérgicos que estaban en uso en aquella época.

Al instante salieron, precipitándose los unos sobre los otros, Will el palafrenero, Juan el mozo de cuadra, y todos los demas criados del *Oso negro*, que habian abandonado sus puestos por oír las conversaciones de unos y de otros. El posadero bajó tambien al patio para dar á los reciénvenidos la acogida que mereciesen, y entró poco despues introduciendo á su digno sobrino Miguel Lambourne, que se hallaba entre dos vinos y acompañaba al astrólogo. Alasco parecia siempre un viejecillo; pero como se habia vestido de caballero, cortandose las barbas y las cejas, se habia quitado veinte años de encima al parecer, y presentaba el aspecto de un hombre fresco todavía, y que no podia aun tener sesenta años cumplidos. Se hallaba inquieto: habia rogado á Lambourne no entrar en la posada pública, sino ir en derecha á su destino; pero Lambourne se hizo el sordo.

— Por vida del Cancer y del Capricornio, dijo, y de todos los ejércitos celestes, sin contar las estrellas que he visto en el cielo del mediodia, en cuya comparacion las nuestras apagadas del norte parecen cándiles, ninguna consideracion me impedirá ser buen pariente. Deme vm., tío, el mejor vino que tenga, y le beberémos á la salud del noble

conde de Leicester. ¡Que! ¿no brindarémos juntos para renovar nuestra antigua amistad? ¿no brindarémos juntos?

— De buena gana, sobrino, dijo el posadero que trataba de librarse de él; pero ¿te encargas de pagar todo el gasto?

Semejante pregunta ha solido intimidar á mas de cuatro, pero no hizo cambiar las disposiciones de Lambourne.

— ¿Piensa vm. que no tengo dinero, mi amado tío? dijo sacando de la faltriquera un puñado de monedas de plata y oro. ¡Dude vm. de Méjico y del Perú! ¡dude vm. del tesorero de la reina! ¡Que viva su magestad! ¡que viva la buena señora de mi buen señor!

— Pues bien, sobrino, dijo el posadero, á eso estamos aquí, á vender vino á todo el que lo pague; así, Juan, cumple con tu deber. Pero quisiera yo saber ganar el dinero con tanta facilidad como tú, Miguel.

— Tío mio, dijo Lambourne, voy á confiarle un secreto. ¿Ves ese viejecito, tan arrugado y tan seco como está ya? Pues bien, tío, aquí para entre los dos, tiene las minas del Potosí dentro de su cabeza. ¡Cuerpo de Cristo! mas fácil es para él hacer pesetas, que para mí el beber un vaso de vino.

— Que se las guarde y que buen provecho le hagan, Miguel, dijo el posadero: bien sé

yo en que vienen á parar los monederos falsos.

— Eres un borrico, tío, á pesar de tus años. No me tires de la casaca, doctor; tú tambien eres un cuadrúpedo. Asi siendo los dos tan animales.... estoy hablando ahora por metáfora.

— ¿Está vm. loco? dijo el viejo: ¿tiene vm. el diablo en el cuerpo? ¿que necesidad hay de llamar sobre nosotros la atencion de todo el mundo?

— Te engañas, dijo Lambourne, nadie te verá si yo no lo permito. Juro á los cielos, señores, que si alguno de vms. tuviese la audacia de mirar á este buen viejo, le daré de puñaladas. Asi pues, sientate aquí, mi camarada, y no hay que entristecerte. Todas estas gentes son amigos antiguos, incapaces de hacer una traicion.

— ¿No haríais mejor en subir á un cuarto los dos, Miguel? dijo Gil Gosling: hablais de cosas estrañas, y hay aquí muchos que escuchan.

— ¿Y que se me da á mí de eso? dijo el magnánimo Lambourne. Yo estoy al servicio del noble conde de Leicester. Aquí hay vino, ea, ¡ vamos bebiendo todos á la salud de la flor de Inglaterra, del noble conde de Leicester! ¡ del noble conde de Leicester! ¿ Estamos? El que no quisiere hacerme la razon, es un co-

chino de Sussex, y tendrá que ponerse aquí de rodillas miéntas brindemos los demas, ó le cortaré las piernas.

Nadie rehusó un brándis propuesto de aquella manera, y Miguel Lambourne, aumentando asi su borrachera, prosiguió en las mismas estravagancias, renovando su amistad con los que conocia, y recibiendo de ellos una acogida favorable por condescendencia y por temor; porque el mas mínimo criado del conde favorito, y sobre todo un hombre tal como Lambourne, escitaba naturalmente las dos cosas.

Al mismo tiempo Alasco, viendo á su compañero con disposiciones semejantes, tomó su partido, y sentandose en un rincon pidió un poco de vino de Canarias, que le causaba al parecer sueño, deseando evitar de ese modo las miradas de los concurrentes, y no hacer cosa alguna que pudiese recordar á Lambourne que se hallaba allí, miéntas conversaba este con su antiguo compañero Goldthred de Abingdon.

— Yo te aseguro, mi querido amigo Miguel, dijo el tendero, que me da tanto gusto el volver á verte, como pudiera darmelo el recibir una buena suma de dinero de un parroquiano en mi tienda. Sé que puedes dar á un amigo un buen sitio para ver un baile ú

otra cosa semejante, y que puedes decir á monseñor al oído, cuando su gracia viene á este país, y tiene necesidad de algunas cosas, puedes decirle al oído: Aquí vive uno de mis antiguos amigos, Lorenzo Goldthred de Abingdon, que tiene un soberbio surtido de telas, lienzos, gazas, batistas, y es además de eso tan lindo muchacho como se pudiera encontrar en todo el condado de Berk, y que de buena gana se sacrificaría por vuestra señoría. Puedes añadir también....

— Puedo añadir otras muchas mentiras, ¿no es esto, tenderillo? respondió Lambourne; pero ¿que! no hay que pararse en pelillos cuando se trata de servir á un amigo.

— A tu salud, Miguel, dijo el tendero, y puedes decir también cuales son las modas del día. Había aquí hace un momento un bribon de tendero ambulante que daba la preferencia á los tejidos de España sobre los de Gascuña: aquellos ya no son de moda, y además puedes juzgar si las medias francesas hacen lucir la pierna y la rodilla con las charreteras de cintas de colores y la guarnición correspondiente.

— ¡Soberbio! dijo Lambourne, ¡soberbio! En efecto, veo que tienes muchísima razón.

— ¿No lo decía yo? dijo el tendero que iba

también perdiendo los estribos con los repetidos tragos. ¿En donde está ese bribon de tendero? Aquí estaba hace un momento. ¿Adonde ha podido irse ese tendero ambulante?

— Está donde deben estar los hombres cuerdos, replicó Gil Gosling; está encerrado en su cuarto, ajustando la cuenta de lo que ha vendido hoy, y preparándose para proseguir vendiendo mañana.

— ¡Si pudiera cargar con él el diablo, dijo el tendero, y con sus mercaderías! Esos pícaros vagamundos recorren todo el país causando la ruina de los que pagamos la patente al gobierno. Pero no faltan todavía hombres de puños en el condado de Berk, y ese bribon podrá encontrar quien....

— Sí, respondió riéndose el posadero, y el que le encuentre topará con la horma de su zapato. Es terrible.

— ¿Cierto? dijo Goldthred.

— Sí, por cierto, dijo el posadero, y es sin duda alguna el mismo de quien habla aquella copla sobre Robin Hood:

Salió Robin sable en mano;
Y lo mismo hizo el tendero,
Y dió tal zurra á Robin,
Que le dejó medio muerto.

— Pues bien, dijo el tendero de Abingdon,

siendo así, que se vaya: ningún provecho se puede sacar de un hombre semejante. Y dime ahora, Miguel, mi amigo Miguel, ¿el lienzo que me ganaste te hace buen servicio? ¿has hecho con él buenas camisas?

— Aquí lo puedes ver, respondió Miguel.

— No volverás á ganar una apuesta semejante, Miguel, dijo el tendero, porque el insolente Tony Foster echa pestes contra tí, y dice que no volverás á poner los piés en su casa, pues bastan tus maldiciones para hacer temblar sus cimientos.

— ¿Eso dice ese hipócrita cobarde, ese avaro miserable? dijo Lambourne. Pues bien, quiero que venga á recibir mis órdenes aquí esta misma noche en casa de mi tío, y voy á echarle una peluca tal que durante un mes temblará con solo oír el sonido de mi voz.

— Vaya, vaya, está visto que te se ha subido el vino á la cabeza, dijo Goldthred: ¡Tony Foster obedecer tus órdenes! ¡Pobre Miguel! vete á dormir la mona.

— Escucha, mentecato, dijo enfadado Lambourne, te apuesto cincuenta escudos contra veinte á que obligo á Tony Foster á venir á esta posada al momento.

— No quiero apostar tanto; pero apostaré, si tú quieres, cinco escudos contra tí á que Tony Foster no abandona su casa por venir

después de oraciones á hablar en una taberna, ni contigo ni con el más estirado.

— Toca la mano, dijo Lambourne. Venga vm. aquí, tío, sea vm. el depositario, y envíe vm. algún muchacho á Cumnor, con esta carta para Foster, y que le diga que su camarada Miguel Lambourne le aguarda en el castillo de su tío aquí presente, para conferenciar con él sobre un asunto del mayor interés. Corre, corre, hijo mío, es ya casi de noche, y el miserable se acuesta como las gallinas para ahorrar la luz.

El corto intervalo que se pasó entre la ida y vuelta del muchacho, lo pasaron bebiendo y riendo. Y trajo la respuesta de que Tony Foster iba á venir al momento.

— Yo he ganado, yo he ganado, dijo Lambourne.

— Todavía no, dijo el tendero; es preciso aguardar á que llegue.

— ¡Que diablo! ahí está á la entrada de la puerta, dijo Miguel. ¿Que te ha dicho, muchacho?

— Yo se lo diré á vm., respondió el muchacho. Se ha asomado con un fusil á la ventana, y cuando le he dado el recado, que lo he hecho temblando de miedo, me ha respondido con una cara de vinagre y de pocos amigos, que se vaya vm. al infierno.

— Sí, al infierno, dijo Lambourne, yo lo creo, allí envía él á todos los que no son de su congregacion.

— ¿Y que mas ha dicho?

— Me ha llamado, y me ha dicho que si tiene vm. que hablarle, puede vm. tomarse el trabajo de ir hasta allí.

— ¿Y despues? dijo Lambourne.

— Despues ha leído la carta que le ha dado mucho en que pensar, y me ha preguntado si está vm. borracho. Yo le he respondido que hablaba vm. un poquito el español, como una persona que ha vivido en Canarias.

— ¡Como, bribon! ¿no quieres beber ni medio vaso? dijo Lambourne: veamos despues.

— ¡Oh! despues ha refunfuñado, diciendo entre dientes que si él no venia, vm. descubriria lo que debia estar oculto; y asi ha cogido su gorra y su casaca pelada azul, y, segun tengo dicho, va á llegar al momento.

— Es cierto lo que dice, replicó Lambourne entre sí mismo. Mi maldita cabeza me ha.... Pero, valor; que venga: despues de haber corrido tanto mundo, no hay que tener miedo de Tony Foster, en cualquier estado en que uno se halle, borracho ó sereno. Dadme un frasco de agua fresca, para que pueda bautizar el vino.

Miéntras Lambourne reconocia su situacion ántes que llegase Foster, y se preparaba á recibirle, Gil Gosling subió calladito al cuarto del tendero ambulante. Le encontró paseandose de un lado á otro muy inquieto.

— Se ha retirado vm. á su cuarto repentinamente, le dijo el posadero.

— Y con harta razon, porque el diablo ha venido á sentarse entre vms.

— No hace vm. bien en dar á mi sobrino semejante epíteto, y en calidad de pariente no debiera contestar á vm. Pero no es sino harto cierto que se le puede considerar en algun modo á Miguel como á un miembro de Satanás.

— ¡Bah! yo no hablo del borracho, replicó el tendero ambulante, sino del otro que, sabiendo yo.... Pero ¿cuando se van? ¿cual es el objeto de su viage?

— A la verdad, dijo el posadero, yo no sabré responder á esas preguntas. Pero escuche vm., señor mio, vm. me ha traído un recuerdo del digno señor Tresilian. Es un bonito diamante. Cogió el anillo, y le miró con complacencia, y añadió despues que era una recompensa superior á lo que podia él hacer por el que le hacia semejante regalo. Era posadero, y le convenia menos que á

ningun otro mezclarse en los negocios ajenos. Habia dicho ya que solo habia podido saber que la tal dama permanecia siempre en el castillo de Cumnor, en el mas completo retiro; y que los que por alguna casualidad la habian visto, estaban unánimes en asegurar que estaba triste y harta de reclusion. Ahora, si quiere vm., añadió, servir á su amo, tiene vm. la mejor ocasion que podrá ofrecerse en mucho tiempo. Tony Foster va á venir aquí, y nos basta presentar á Lambourne otro frasco de vino, para estar seguros de que todas las órdenes de la reina no bastarian á arrancarle del banco en que se halla sentado. Asi pues tiene vm. una ó dos horas seguras; si quiere vm. presentarse como tendero ambulante, lo que seguramente será la mejor escusa, podrá vm. lograr de la vieja, en la ausencia de su amo, que le permita vender algunas bagatelas á su ama; y entónces podrá vm. saber de ella mucho mas de lo que pudiéramos decirle yo ú otro cualquiera.

— ¡Es cierto, ciertísimo! respondió Wayland, pues era él; ¡escelente medio! pero le creo peligroso, pues si acaso vuelve Foster al momento....

— Eso es muy posible, dijo el posadero.

— O si la dama no se encuentra muy reconocida á mis servicios....

— Lo que no deja de ser probable, dijo Gil Gosling. Me admiro de que el señor Tresilian se quiebre asi la cabeza por quien no se interesa por él.

— En ámbos casos he recibido una triste comision, dijo Wayland, y por tanto, bien pensado todo, no me agrada ese proyecto.

— En cuanto á eso, dijo el posadero, ese es asunto de vm. y no mio; vm. debe saber cuales son los peligros que hay que temer, y hasta que punto se halla vm. dispuesto á arriesgarse. Pero no puede vm. esperar que se espongan otros en su lugar.

— Cierto, cierto, dijo Wayland, pero dígame vm. una cosa: ¿ese viejo que ha llegado viene destinado á Cumnor?

— Sin duda, dijo el posadero, su criado ha dicho que tenia orden de llevar allí el equipage; pero la ale ha hecho en él el mismo efecto que en Miguel el vino de las islas.

— Basta, dijo Wayland con resolucion, confundiré los proyectos de ese viejo maldito. El temor que me ha causado siempre se ha convertido ya en odio. Ayudeme vm. á cargar mis mercancías, patron; ¡y tú, viejo Albuazar, cuidado contigo! hay en tu horóscopo una influencia maligna que viene de la constelacion de la grande Osa.

Al decir esto, Wayland se echó á cuestras su tienda portátil, y salió, guiado por el posadero, por una puerta trasera, para dirigirse con el mayor disimulo á Cumnor.



CAPITULO XX.

Hay algunos tenderos ambulantes que son mas de lo que piensas, hermana.

Cuento de invierno, Acto IV.

TONY Foster, ya por seguir con celo y á la letra las instrucciones que el conde le habia dado varias veces, ya por seguir su humor insociable y por su avaricia, habia procurado en su casa mas bien el evitar el gasto y el lujo, que ponerse al abrigo de la curiosidad de los vecinos. Por esta razon, en lugar de tener muchos criados para guardar su depósito y defender su casa, habia chasqueado á los observadores, reduciendo el número de sirvientes; y así, si no llegaba á Cumnor alguno acompañando á Varney ó al conde, estaba reducida la familia á un criado antiguo y dos viejas que barrían la casa y hacían las camas. Una de estas viejas fué la que abrió la puerta cuando llamó Wayland; y queriendo este entrar para vender algunas cosas de moda á las damas de la casa, le echó la

Al decir esto, Wayland se echó á cuestras su tienda portátil, y salió, guiado por el posadero, por una puerta trasera, para dirigirse con el mayor disimulo á Cumnor.



CAPITULO XX.

Hay algunos tenderos ambulantes que son mas de lo que piensas, hermana.

Cuento de invierno, Acto IV.

TONY Foster, ya por seguir con celo y á la letra las instrucciones que el conde le habia dado varias veces, ya por seguir su humor insociable y por su avaricia, habia procurado en su casa mas bien el evitar el gasto y el lujo, que ponerse al abrigo de la curiosidad de los vecinos. Por esta razon, en lugar de tener muchos criados para guardar su depósito y defender su casa, habia chasqueado á los observadores, reduciendo el número de sirvientes; y así, si no llegaba á Cumnor alguno acompañando á Varney ó al conde, estaba reducida la familia á un criado antiguo y dos viejas que barrían la casa y hacían las camas. Una de estas viejas fué la que abrió la puerta cuando llamó Wayland; y queriendo este entrar para vender algunas cosas de moda á las damas de la casa, le echó la

vieja con cajas destempladas; pero se humanizó habiendole el tendero untado las manos, prometiendole además la tela necesaria para un vestido, si su señora compraba alguna cosa que valiese la pena.

— Que Dios te bendiga, tendero, pues el vestido que tengo está hecho guiñapos. Entra en la huerta, y la encontrarás paseándose. Al decir esto, le guió hasta donde estaba Amy, y le dijo: Ahí está, pasa adelante; sin duda te comprará algunas cosas, si las encuentra de su gusto.

— Me deja aquí, decía Wayland viendo que la vieja había cerrado la puerta de la huerta, y sabe Dios como podré salir. Pero no me molerán á palos por tan poca cosa, y mucho menos estando tan hermosa la noche. Vamos allá; adelante: ningun buen general pensó jamás en retirarse hasta despues de haber sido vencido. Allí descubro dos mugeres; ¿pero como podré introducirme á hablarles? Veamos. William Shakespeare, acude á socorrerme en este lance. Voy á encajarles un trozo de Autólyco. Entónces con una voz firme y resuelta cantó la conocida copla:

Linon mas blanco que la nieve, randas mas negras que un cuervo, guantes tan suaves como las rosas de Damasco, máscaras para la cara ó las narices.

— ¿Que es lo que hoy nos envía la suerte, Juanita? dijo la dama.

— Señora, respondió Juanita, es uno de esos mercaderes de modas ambulantes, que venden mil fruslerías, y estraño mucho que Dorcas le haya dejado pasar.

— En eso no hay nada perdido, dijo la condesa; pasamos aquí una vida tan retirada y triste, que no debemos perder esta ocasion de divertirnos un rato.

— ¡Ah! sí, señora, es verdad, dijo Juanita; pero mi padre...

— No es el mio, Juanita, ni mi amo tampoco, respondió la dama; y así, que venga aquí ese hombre, necesito comprar mil cosas.

— Siendo eso así, replicó Juanita, no tiene vm. mas que decirlo en su primera carta, y si lo que vm. necesita puede encontrarse en Inglaterra, puede vm. estar segura de que se lo enviarán sin falta. Temo que suceda alguna cosa. Per Dios, señora, dejeme vm. decir á ese hombre que se vaya al momento de aquí.

— Quiero que le digas precisamente todo lo contrario, que se venga aquí, dijo la condesa; pero no, detente, hija mia, iré yo misma á decirselo, para que no te puedan reñir.

— ¡Ah! señora, ¡si no hubiera que temer

mas que eso! dijo Juanita mientras la condesa decia á Wayland: — Ven aquí, tendero, abre tus paquetes; si tienes cosas de gusto, no dejaremos de comprarlas nosotras dos.

— ¿Que es lo que necesita vuestra señoría? dijo Wayland desplegando todo con tanta destreza como si hubiera sido mercader desde su infancia: verdad es que lo habia sido varias veces en el curso de su vida vagamunda. Empezó á hacer elogios de sus mercancías, como es de regla en tales casos, y se mostró diestro en el gran arte de fijar los precios.

— ¿Que es lo que necesito? dijo la dama; como en seis meses mortales no he comprado para mí una vara de linon ó de batista, ni la menor cosa, lo que debe preguntarse es: ¿Que es lo que tú traes? Separa á un lado ese fichú y esas mangas de batista, esas franjas de oro y esos encajes; ¿y esa capa corta color escarlata no es de muy buen gusto, Juanita?

— Si quiere vm. saber mi opinion, dijo Juanita, me parece que es demasiado rica.

— ¿Que sabes tú de eso, Juanita? dijo la condesa: llevarás tú misma esa capa en penitencia, y los botones de oro macizo consolarán á tu padre y le harán aprobar el fondo de escarlata; pero cuidado con que no los

arranque para enviarlos á acompañar á los ángeles que tiene cautivos en su baul.

— ¡No trate vm. así á mi pobre padre! dijo Juanita.

— ¡Cierto que es un cuitado tu pobre padre! replicó la condesa. Pero vamos al asunto: necesito esta guarnicion de cabeza, y este alfiler de plata con perlas. Juanita, toma lo necesario para dos vestidos de esta tela fuerte para Doreas y Alizon, á fin de que las pobres mugeres tengan con que abrigarse este invierno. Y dime, tendero, ¿no tienes perfumes ni aguas de olor?

— Si fuera un mercader verdadero, podría hacer mi negocio, dijo entre sí Wayland respondiendo á las demandas que ella le hacia una tras otra, con el ardor de una jóven que se ha visto privada por largo tiempo de una ocupacion tan agradable. Mostrandole entónces su surtido de esencias y perfumes, fijó al pronto su atencion haciendole observar que aquellos objetos habian doblado casi de precio, por los magníficos preparativos que hacia el conde de Leicester para recibir á la reina y su corte en el soberbio castillo de Kenilworth.

— ¡Ah! dijo con viveza la condesa: ¿es cierta, segun eso, esa noticia?

— Sí, señora, respondió Wayland, y me

admiro mucho de que no haya llegado á oídos de vuestra señoría. La reina de Inglaterra pasará una semana este verano en casa del conde entre fiestas y convites : muchos dicen que nuestro país va á tener un rey, é Isabel de Inglaterra, Dios la bendiga, un esposo ántes de concluirse la fiesta.

— Mienten los que lo dicen, dijo la condesa muy impaciente.

— Por el amor de Dios, señora, contengase vm., dijo Juanita temblando. ¿ Quien hace caso de las noticias de estos vagamundos ?

— Sí, Juanita, dijo la condesa, tienes razon de reprenderme. Esos rumores tratan de manchar la reputacion del mas brillante, del mas noble par de Inglaterra, y solo pueden propagarse entre las gentes viles é infames.

— ¡ El diablo me lleve, señora, dijo Wayland Smith que observaba que su cólera iba á estrellarse contra él ; el diablo me lleve, si yo he dicho ni hecho cosa alguna que merezca tal repreusion ! Solo he repetido lo que dicen las gentes por ahí.

Al mismo tiempo la condesa recobraba su tranquilidad, y procuraba encubrir su mal humor. Sentiria mucho, tendero, que nuestra reina renunciase á su título de virgen que agrada tanto á sus súbditos : bien puedes

creer que no habrá nada ; y queriendo despues cambiar de conversacion, dijo, mientras examinaba el interior de una cajita en que habia drogas y perfumes colocados con separacion : ¿ Que composicion es la que se halla tan bien guardada en esta caja de plata ?

— Es, señora, un remedio contra una enfermedad que creo no padecerá vm. jamas. Una dosis de esta pomada del tamaño de una arveja de Turquía, tomada ocho dias seguidos, fortifica el corazon contra los vapores negros que engendran la soledad, la tristeza, una pasion desgraciada, una desesperacion.

— ¿ Es vm. loco ? dijo con viveza la condesa ; ¿ cree vm. que porque he tenido la bondad de comprar tantas cosas á precios exorbitantes, podrá hacerme creer cuanto le dé la gana de contarme ? ¿ Quien ha oido decir jamas que los afectos del corazon son capaces de ceder á los remedios aplicados al cuerpo ?

— Lo que puedo asegurar á vm. es, dijo Wayland, que soy hombre de bien, y que he vendido mis mercancías á precios moderados. En cuanto al precioso remedio, al ponderar su virtud, no he propuesto á vm. que me le compre. No digo yo que puede curar una enfermedad de ánimo muy arraigada ; solo Dios y el tiempo pueden hacerlo. Pero sostengo que este bálsamo disipa los

vapores negros que nacen en el cuerpo, y la tristeza que abate el alma. He curado á muchas personas con ese remedio, en la corte y en la ciudad, y últimamente á un tal Edmundo Tresilian, noble caballero de Cornouailles, á quien los desprecios de la persona á la que habia consagrado todos sus afectos habian, segun me han dicho, reducido á un estado de tristeza que le llevaba en posta á la sepultura.

Se detuvo, y la dama, despues de haber callado un rato, preguntó con un tono que manifestaba su inquietud: — ¿La persona de quien vm. habla, se ha restablecido enteramente?

— Yo creo que sí, señora, dijo Wayland; por lo menos no se queja ya como solía quejarse.

— Quiero probar ese remedio, Juanita, dijo la condesa; yo tambien suelo padecer esa melancolía negra que oscurece el cerebro.

— No, señora, no por cierto, dijo Juanita: ¿quien asegura á vm. que las drogas de este hombre no son peligrosas?

— Yo saldré fiador de mi buena fé, dijo Wayland; y tomando una porcion del remedio, le tragó delante de ellas. La condesa compró lo restante, y las observaciones de

Juanita la impeliéron á ejecutar su designio. Aun hizo mas, cogió desde luego la primera dosis y la tragó, asegurando poco despues que sentia ya mas alegre y aliviado su corazon, resultado que es probable existiese tan solo en la imaginacion. Rennió entonces lo que habia comprado, dió su bolsillo á Juanita para que pagase al tendero, y mostrandose como fastidiada de la conversacion, le dió las buenas noches, y entró en el castillo, quitando asi á Wayland la esperanza de hablarle en particular. Procuró él sin embargo esplicarse un poco con la Juanita.

— Muchacha, dijo, tu cara está diciendo que amas mucho á tu señora, que necesita por cierto de criados fieles.

— Y merece tenerlos, replicó Juanita; pero ¿que quiere eso decir?

— Muchacha, yo no soy lo que parezco, dijo Wayland bajando la voz.

— Doble razon para creer que no eres hombre de bien, dijo Juanita.

— Doble razon, dijo Wayland, para creerme tal, pues no soy tendero.

— Vete de aquí al momento, dijo Juanita, ó voy á pedir socorro: mi padre debe estar ya de vuelta.

— No hagas semejante locura, dijo Wayland, si no quieres arrepentirte. Soy uno de

los amigos de tu señora, necesita grangearse otros, y no perder por su culpa aquellos con quienes puede contar.

— ¿Que pruebas tengo yo de eso? dijo Juanita.

— Mirame cara á cara, dijo Wayland, y leerás en mis facciones que soy un hombre de bien.

Y efectivamente, aunque no era nuestro artista hermoso, tenia en su fisonomía la expresion penetrante de un genio inventivo, lo que reunido á unos ojos vivos y brillantes, á una boca bien formada y una sonrisa graciosa, da muchas veces valor é interes á unas facciones poco regulares.

Juanita le fijó un rato con las miradas astutas de su sexo, y respondió:

— A pesar de la buena fé de que te jactas, amigo mio, y aunque no estoy acostumbrada á leer y juzgar los libros de la clase de los que acabas de poner á mi disposicion, creo descubrir en tí sin embargo alguna cosa así como de tenderillo, y al mismo tiempo de correvedile.

— Alguna cosilla tal vez, dijo Wayland riendose; pero escucha: esta noche ó mañana por la mañana vendrá aquí un viejo con tu padre. Tiene el paso ligero del gato, los ojos vivos y penetrantes del raton, las lisonjas

viles del perro perdiguero, y la ferocidad natural del dogo. Guardate bien de él por tu interes y el de tu señora. Guardate muy bien de él, Juanita, pues oculta el veneno de la serpiente bajo la fingida inocencia de la paloma. No sé cual es precisamente el crimen que medita, pero es el precursor de las enfermedades y de la muerte. No digas nada de esto á tu ama. Conozco muy bien que en el estado en que se encuentra, el temor de un mal puede serle tan funesto como el mal mismo. Cuida de que tu ama haga uso de ese específico que le he dado. Y bajando la voz añadió con gravedad: Pues es un antídoto contra el veneno. Escuchemos, creo que entran en la huerta.

Efectivamente distinguianse los acentos de una algazara y una conversacion muy animada. Wayland se ocultó desde luego en lo interior de un bosque espeso, y Juanita se retiró por otro lado, para no ser vista, y poder esconder por el pronto lo que habian comprado al tendero supuesto ambulante.

Juanita no tenia motivo alguno de temer nada. Su padre, el portero antiguo de lord Leicester, y el astrólogo entraron en la huerta muy ocupados. De ningun modo podian apaciguar á Lambourne que habia bebido con mucho esceso. Tenia la desgracia de ser uno

de aquellos hombres que estando achispados no dan en dormir, como suelen hacerlo los borrachos, sino que permanecen largo tiempo alborotados é inquietos, hasta que á fuerza de tragos y mas tragos caen aletargados y sin sentido. Lambourne no era uno de aquellos borrachos que se quedan mudos é inmóviles: al contrario, hablaba estando borracho con mas énfasis y con mayor facilidad, y contaba lo que estando en su acuerdo hubiera querido tener secreto.

— ¡Que! decia Miguel á grito tendido, ¿no quieren vms. darme la bienvenida y convidarme, trayendoles como les traigo la fortuna á este rincón, en la figura de un primo del diablo, que puede convertir el cascajo en pesos duros españoles? Ven acá, Tony Botafuego, papista, puritano, hipócrita, avaro, libertino, diablo compuesto de todos los pecados de los hombres; ven acá, y ponte de rodillas delante de aquel que te ha traído el Mamon que tú adoras.

— Por amor de Dios, dijo Foster, habla en voz baja: ven á casa, te daré vino y todo lo que quieras.

— No, viejo grosero, yo lo quiero aquí, gritaba el espadachin, aquí, *al fresco*, como dicen los Italianos. No, no quiero beber entre

dos paredes con ese emponzoñador del diablo, para que me sofoquen los vapores de arsénico ó de azogue. Varney me ha enseñado á desconfiar de él.

— Por vida del diablo, dele vm. vino, dijo el alquimista.

— ¡Ah! ¡ah! y tú querrás condimentarle, ¿no es así, viejo carroña? Sí, un poco de eléboro, de vitriolo, agua fuerte, y otros veinte ingredientes diabólicos que fermentarian en mi pobre cabeza, como el filtro que una vieja hechicera hace hervir en su caldera para hacer que venga el diablo. Dame el frasco tú mismo, Tony Botafuego, y que sea fresco el vino; no quiero que le calienten en las fogatas en que fuéron quemados aquí los obispos. O espera. Que Leicester sea rey, si quiere. ¡Bueno! Y Varney, Varney el malvado, gran visir. ¡Escelente á fé mia! ¿Y que seré yo? Emperador; sí, el emperador Lambourne. Veré esta divina hermosura que han encerrado aquí para sus placeres secretos. Quiero que venga esta noche á echarme de beber y á ponerme el gorro. ¿Que puede hacer un hombre con dos mugeres, aunque fuese veinte veces conde? Respondeme á esto, Tony amigo, perro viejo, hipócrita, escomulgado, que ha borrado Dios del libro de la vida, pero que estás atormentado sin cesar por el deseo de

ser repuesto, viejo fanático, blasfemo, perseguidor de obispos, respondeme á esto.

— Voy á darle una puñalada, dijo Foster en voz baja y colérico.

— Por el amor de Dios, dijo el astrólogo, nada de violencia, nos costaría cara. Vamos, Lambourne, ¿quieres brindar conmigo á la salud del noble conde de Leicester y de Ricardo Varney?

— Seguramente que sí, mi Albumazar, seguramente, emponzoñador. Te abrazaría, mi honrado infractor de la ley Julia (como dicen en Leiden), si no tuvieses tan abominable olor de azufre y otras drogas infernales de esa especie. Vamos, estoy pronto. ¡A la salud de Varney y Leicester! dos hombres mas noblemente ambiciosos, dos incrédulos mas profundos, mas secretos, mas elevados, mas maliciosos, y mas.... Bueno. No digo mas; pero al que rehuse hacerme la razon, le atravesaré el corazon á puñaladas. ¡Vamos, amigos!

Al decir esto, Lambourne acabó de beber el vaso que el astrólogo le habia llenado de un licor subido: empezó un juramento, dejó caer el vaso, echó mano á su sable y no tuvo bastante fuerza para desenvainarle, titubeó, y cayó sin movimiento y sin sentido entre los brazos de los criados que le llevaron á su cuarto á dormir la mona.

Entre la confusion general, Juanita pudo subir al cuarto de su ama sin que la notasen, temblando toda, pero determinada á ocultar á la condesa las sospechas terribles que los discursos de Lambourne le habian inspirado. Sus temores estaban de acuerdo con lo que habia dicho el tendero ambulante, y aconsejó á su ama tomar el remedio de Wayland, lo que no hubiera hecho seguramente sin lo que acababa de pasar en presencia suya.

Wayland, que habia tambien oido los discursos de Lambourne y podia comprenderlos mejor que Juanita, se compadeció mucho de ver que una muger tan interesante como la condesa, á la que habia conocido de antemano en el seno de la felicidad doméstica, estaba entregada á las intrigas de semejante cáfila de pícaros. La voz de su antiguo amo, que detestaba y temia, habia despertado en él todo su odio y su temor. Pero tenia al mismo tiempo bastante confianza en su ingenio y sus recursos, y formó el proyecto de penetrar el fondo de este misterio, y de socorrer á la desgraciada condesa, si estaba aun á tiempo, por mas peligros que necesitase vencer para conseguirlo. Algunas espresiones que se le escapáron á Lambourne en su delirio hicieron dudar á Wayland que Varney hubiese obrado enteramente por su propia cuenta al enamorar

á esta jóven hermosa, y al ganar todo su afecto. Corrian algunos rumores que hacian sospechar que este servidor celoso habia ayudado á su amo en otras intrigas amorosas, y ocurrió á Wayland la idea de que Leicester podria ser muy bien la parte mas interesada en este asunto. No podia suponer que la hija del caballero Robsart estuviese casada con el conde; pero una intriga pasajera con una dama del rango de Amy era ya un secreto de la mayor importancia, y su descubrimiento podia ser fatal al favorito de Isabel.

— Aun cuando Leicester vacilase en ahogar tales rumores por medios violentos, decia entre sí mismo, está rodeado de gentes capaces de servirle en eso sin necesidad de su consentimiento previo. Si quiero meterme en esta danza, debo hacer lo que hace mi antiguo amo y maestro para componer su maná de Satanás, ponerme una máscara. Saldré mañana de casa de Gil Gosling, y cambiaré de albergue como un zorro viejo acosado por los cazadores. Quisiera tambien volver á ver á esta jóven puritana: es muy linda y despejada para ser hija de semejante picaronazo como el tal Tony Botafuego.

Gil Gosling recibió la despedida de Wayland mas bien con gusto que con pesar. El honrado publicano veia tanto peligro en con-

tradicir la voluntad del favorito del conde de Leicester, que apénas bastaba su virtud para sostenerle en semejante prueba. Sin embargo repitió que estaba siempre pronto y bien dispuesto á dar en caso necesario á Tresilian ó á su emisario todos los auxilios que pudiesen ser compatibles con su estado de publicano.



CAPITULO XXI.

La ambicion, queriendo subir demasiado pronto, cae del otro lado.

SHAKESPEARE.

EN toda la Inglaterra no se hablaba de otra cosa que de la magnificencia con que iban á celebrarse las fiestas en Kenilworth. Se habia reunido en el pais, ó se habia traído del continente todo lo que podía contribuir á que la reina encontrase todos los placeres imaginables en el castillo de su favorito mas querido. Leicester entretanto hacia al parecer nuevos progresos en el favor de la reina. A su lado siempre en sus consejos, escuchado con gusto en las horas dedicadas á las distracciones de la corte, gozando de la mas grande intimidad, era Leicester la esperanza de los que tenian que pedir alguna gracia, estaba buscado por los ministros estrangeros que le prodigaban en el nombre de sus soberanos las mas lisonjeras protestas de respeto; en fin, segun todas las apariencias, era el *alter ego* de la or-

gullosa Isabel, que se suponía generalmente aguardaba el momento favorable de asociarle al poder supremo dandole su mano.

En medio de tantas prosperidades, el favorito de la fortuna y de la reina era probablemente el hombre mas desdichado de este reino que estaba al parecer á su disposicion. Tenia sobre sus amigos y sobre sus criaturas la superioridad del rey de los genios, y veía muchas cosas que ellos no penetraban. Conocía perfectamente el carácter de su ama; el estudio particular que habia hecho de sus rarezas igualmente que de sus virtudes, en union con los poderosos resortes de su ingenio, y la ventaja de sus perfecciones esterioras, le habia elevado al alto grado de favor; este mismo conocimiento del carácter de Isabel le hacia temer á cada paso alguna desgracia inesperada y terrible. Leicester se asemejaba á un piloto que tiene un mapa en el que estan trazadas todas las particularidades de su rumbo, pero que le manifiesta al mismo tiempo tan grande número de bajíos, escollos y rocas á flor del agua, que toda la ventaja que de él sacan sus ojos inquietos es la de persuadirle que solo puede salvarse por milagro de tantos peligros.

Efectivamente la reina Isabel tenia un carácter compuesto, del modo mas estraño, de

una alma varonil y fuerte, y de aquellas debilidades que son por lo general inherentes á su sexo. Sus súbditos se aprovechaban enteramente de sus virtudes que eran muy superiores á sus defectos; pero sus cortesanos y los que la rodeaban estaban continuamente espuestos á sus caprichos y á las violencias de un carácter naturalmente zeloso y despótico.

Tierna madre de sus súbditos, era tambien hija verdadera de Enrique VIII; y aunque los trabajos de su juventud y una educacion excelente habian reprimido y moderado sus disposiciones hereditarias, no las habian arrancado de raiz.

« Su ánimo, dice su ahijado sir John Harrington, que habia alternativamente conocido sus sonrisas y sufrido el mal humor de que habla, su ánimo era continuamente como el viento ligero que viene del occidente en una mañana de verano; era dulce y fresco para los que la rodeaban; sus discursos ganaban todos los corazones; pero otras veces, cuando le faltaban en algo á la obediencia ó respeto, se esplicaba de modo que manifestaba claramente que era hija de su padre. Eran sus sonrisas como el calor dulce del sol, de que querian todos disfrutar; pero venia luego una borrasca precedida de nubes oscuras, y caía

entonces el rayo sobre todos sin distincion (1). »

Esta variedad de carácter (como lo sabia bien Leicester) era temible sobre todo para los queridos de la reina, que dependian mas bien de la inclinacion que ellos le inspiraban, que de los servicios indispensables que podian hacer á su corona. El favor de Burleigh ó de Walsingham, sin ser tan grande como el que él gozaba, era sin duda alguna efecto del discernimiento de Isabel, y no de su capricho, y no dependia de la inconstancia á que estaban siempre espuestos los que no tenian otro mérito que su bella presencia.

Estos grandes y sabios ministros eran juzgados de Isabel por las medidas que proponian y las razones en que fundaban sus opiniones en el consejo; pero el éxito de los designios de Leicester dependia de todos estos vientos ligeros é inconstantes de capricho ó mal humor, que contradicen ó favorecen los progresos de un amante en los favores de su querida: en Isabel se encontraba ademas una querida que temia siempre olvidarse de su dignidad y comprometer el poder de la reina escuchando los afectos de su sexo.

Leicester conocia perfectamente todas las

(1) *Nugæ antiquæ*. Vol. I, pág. 355.

dificultades que rodeaban su favor; y cuando buscaba inquieto los medios de mantenerse en una situacion tan precaria, ó reflexionaba sobre el camino que debia seguir para bajar sin peligro, tenia poca esperanza de conseguirlo, sea cual fuese el partido que adoptase.

En estos momentos pensaba en su casamiento secreto y los resultados que podia tener. Acusabase con una especie de amargura contra sí mismo, sino contra la infeliz condesa, de haberse puesto en la imposibilidad de establecer su poder sobre una base sólida, por un casamiento inconsiderado, atribuyendo aun á lo que llamaba entónces una pasion necia el peligro de su próxima caída. Asi hablaba á sus solas.

— Todos dicen que pudiera casarme con Isabel, y llegar á ser rey de Inglaterra; todo parece que lo anuncia. Este casamiento es celebrado en las coplas, que escucha alegre el pueblo aguardandole. Se habla de él en las escuelas. Unos á otros se lo dicen al oido. Los oradores sagrados lo han recomendado en los púlpitos. Piden á Dios su cumplimiento las iglesias calvinistas del continente; nuestros hombres de estado han empezado tambien á hablar de él en el consejo. Estas atrevidas insinuaciones no han sido reprobadas

ni reprendidas todavia. Apénas ha respondido á ellas Isabel con su protesta ordinaria de querer vivir y morir virgen.

Ella sabe bien que se esparcen estos rumores, y sus palabras son mas afables cada vez, sus acciones mas graciosas, sus miradas mas halagüeñas. Nada parece que me falta para llegar á ser rey de Inglaterra, y ponerme al abrigo de la inconstancia de las cortes, sino estender la mano para coger esta corona, la gloria del universo. ; Y cuando pudiera yo adelantar esta mano con mas arrojo, se halla encadenada con un nudo secreto indisoluble! He aquí, decia enfadado, cartas de Amy que me persigue hasta que la reconozca abiertamente, para hacerle justicia á ella y á mí mismo, y no sé cuantas cosas mas. Me parece que he hecho ya demasiado. Y me habla como si Isabel estuviese dispuesta á recibir esta noticia con el placer de una madre que va á ver casado uno de sus hijos mas queridos. Ella, la hija de aquel Enrique que no perdonó á ningun hombre en su cólera, ni á ninguna muger en sus deseos: Isabel, engañada por una pasion fingida, en terminos de confesarse enamorada de un súbdito, ; podria ver casado este hombre! ; Isabel llegaria á saber que se han burlado de ella, como se burla un cortesano de una pobre aldeana!

¡Entonces sí que veríamos que es lo que puede una muger irritada! (1)

Deteniase en esto, y llamaba á Varney á quien pedia consejos con mas frecuencia que nunca, por las objeciones que el conde se acordaba haberle oido poner á su casamiento secreto. Concluían siempre sus conversaciones, consultandose sobre el modo de presentar la condesa en Kenilworth. Habian resuelto durante algun tiempo dilatar la partida de la reina de día en día; pero al fin fué necesario resolverse definitivamente.

— Isabel no estará contenta hasta haberla visto, dijo el conde. No sé si ha concebido algunas sospechas, lo que me temo mucho, ó si Sussex ó algun otro de mis enemigos secretos le recuerdan sin cesar el memorial de Tresilian; pero en medio de las espresiones llenas de bondad con que me honra, saca á colacion con frecuencia la historia de Amy Robsart. Creo que es Amy el esclavo colocado cerca de mi carro por mi mala suerte, para confundir mi triunfo en el momento mas glorioso. Dame, Varney, algun medio para sacarme de estos apuros. He hecho, para dilatar estas malditas fiestas, las objeciones que podia sin faltar á la decencia; pero la

(1) *Furens quid femina possit.*

conversacion de esta mañana no me permite esperar nada bueno sino de la casualidad. Isabel me ha dicho con dulzura y en un tono absoluto: No queremos daros mas tiempo para vuestros preparativos, señor conde, temiendo que os arruineis enteramente con los gastos. Sábado nueve de julio estaremos en vuestra casa de Kenilworth. Os suplicamos no olvidar ninguno de los huéspedes que os hemos pedido, y sobre todo aquella mudable y linda Amy Robsart: deseamos ver la muger que ha podido preferir al poeta Tresilian vuestro servidor Ricardo Varney. Asi, Varney, recurre á tu imaginacion fecunda, que otras veces nos ha sido tan útil; pues, como soy Dudley, los peligros que anunciaba mi horóscopo empiezan al fin á amenazarme.

— ¿No se podria de ningun modo persuadir á milady representar por algunos momentos el papel oscuro que le imponen las circunstancias? dijo Varney despues de haber vacilado un momento.

— ¡Como, bribon! ¿mi condesa habia de pasar por tu muger! eso no puede conciliarse ni con mi honor ni con el suyo.

— ¡Ah! milord, respondió Varney, sin embargo Isabel la conoce en calidad de tal, y el desengañarla seria esponerse á descubrirlo todo.

— Imagina algun otro medio, Varney, dijo el conde muy agitado, ese no puede servir. Aunque yo lo consintiese, ella no lo permitiría; pues has de saber, Varney, si acaso no lo sabes ya, que Isabel misma en su trono no es mas orgullosa que esa hija de un caballero oscuro del condado de Devon. Es dócil y flexible en las circunstancias ordinarias: pero si llega á creer su honor comprometido, su carácter es tan pronto y terrible como un rayo.

— Tenemos pruebas de ello, monseñor; sin esa petulancia no nos encontraríamos en este apuro, dijo Varney. No sé de que otra invencion podré ya echar mano. Me parece que la que es causa de un peligro debiera contribuir, en cuanto está de su parte, á salir de él.

— Es imposible, dijo el conde. No conozco ni autoridad ni príncipe alguno capaz de decidirla á hacer el papel de tu muger durante una hora.

— Es cosa terrible sin embargo, dijo Varney con un tono seco. Y sin detenerse sobre este asunto, añadió: ¿No podríamos escoger alguna otra persona que la reemplazase? Semejantes escenas han pasado delante de algunos monarcas tan perspicaces como Isabel.

— Eso es una locura, Varney, respondió

el conde: la supuesta Amy seria confrontada con Tresilian, y todo se descubriría.

— Fácil cosa seria alejar á Tresilian de la corte, dijo Varney sin vacilar.

— ¿ Con que medios ?

— Hay infinitos, dijo Varney; y un hombre de estado en semejante situacion puede servirse de ellos para alejar de la escena al que espía sus secretos y le hace una oposicion peligrosa.

— No me hables de semejante política, Varney, dijo el conde; y por otra parte, en el presente caso de nada serviría. En la corte puede haber otras muchas personas que hayan visto á Amy, y en la ausencia de Tresilian harian venir al punto á su padre ó algunos de sus amigos. Busca otro medio en tu imaginacion.

— Monseñor, yo no sé que medios se puedan proponer, dijo Varney; pero si me encontrase en un apuro semejante, volaria á Cumnor, y obligaria á mi esposa á dar su consentimiento para tomar las medidas que exigiesen su seguridad y la mia.

— Varney, yo no puedo estrecharla sobre una cosa tan repugnaute á la nobleza de su carácter. Seria pagar muy mal el amor que me profesa.

— Pues bien, monseñor, repuso Varney, es vm. un hombre prudente, un hombre de honor; pero esa delicadeza y esos escrúpulos romancescos solo son moneda corriente en Arcadia, como lo escribe su sobrino de vm. el poeta Sidney. Yo soy servidor humilde de vm., y un hombre de este mundo, y he tenido la dicha de servir á vuestra señoría valiendome de la esperiencia que en él he adquirido. Ahora quisiera yo saber si en esta union dichosa la obligacion se encuentra de su lado de vm. ó del de madama, y cual de los dos tiene mas motivos de manifestar complacencia, y tomar en consideracion los deseos, la conveniencia y la seguridad del otro.

— Vuelvo á decirte, Varney, dijo el conde, que todo lo que me ha sido posible darla no solamente era merecido, sino aun mas que pagado por su virtud y su hermosura; pues jamas recayó la grandeza en una criatura mas digna de adornarla y de embellecerla.

— Es gran dicha, monseñor, repuso Varney con su sonrisa sardónica que no siempre podía reprimir su respeto, es gran dicha que se halle vm. tan satisfecho. Tendrá vm. harto tiempo de gozar de una sociedad tan deliciosa, es decir, cuando se acabe la prision que podrá parecer proporcionada al crimen de chasquear los afectos de Isabel Tudor,

porque pienso que no espera vm. salir mejor librado.

— ¡ Maldito demonio! ¿ te atreves á burlarte de mi desdicha? respondió Leicester: compon todo eso como mejor te parezca.

— Si habla vm. de veras, monseñor, es preciso partir para Cumnor al punto, replicó Varney.

— Vete tú, Varney. El diablo te ha dado esta clase de elocuencia que hace mas efecto en una mala causa. Mi frente manifestaria la bajeza de mi alma, si me atreviese á proponer semejante engaño. Vete, pues, vete; ¿ será preciso rogarte para que me deshonres?

— No, milord, dijo Varney; pero si vm. quiere seriamente encargarme el cuidado de hacer adoptar esta medida que es de absoluta necesidad, es preciso darme una carta de crédito para mi noble ama, y apoyaré este proyecto con toda mi elocuencia. Es tal la opinion que yo tengo del amor de mi ama, y de su deseo de hacer todo lo que puede contribuir á agradar á vm., que estoy seguro de que consentirá en adoptar por unos dias un apellido tan humilde como el mio, y mucho mas no cediendo en nada por otra parte en antigüedad al de su familia.

Leicester tomó lo que necesitaba para escribir, y empezó dos ó tres cartas á la con-

desa, que despedazó sin concluir las. Al fin escribió algunos renglones sin orden ni consecuencia, en los que conjuraba á Amy, por motivos secretos que interesaban su vida y su honor, consintiese en adoptar el apellido de Varney durante las fiestas de Kenilworth. Añadía que Varney le comunicaría las razones que hacían esta decepción indispensable; y habiendo firmado y sellado estos pliegos, los arrojó por encima de la mesa á Varney, con un gesto que le intimaba la orden de partir al instante, gesto que su consejero comprendió al momento.

Leicester quedó hecho un mármol hasta que oyó el galope de los caballos; pues Varney, sin perder un momento en cambiar de traje, montó al instante, y partió acompañado de un criado en toda diligencia para el condado de Berk. Al oír el ruido, se levantó el conde precipitadamente, y corrió ácia la ventana con la intención momentánea de revocar el indigno mensaje que acababa de confiar á un hombre de quien solía decir que no conocía en él virtud alguna, excepto su afecto para con su protector. Pero Varney estaba ya bastante lejos, y el aspecto del firmamento estrellado, que aquel siglo miraba como el libro de los destinos, alejó al conde de una resolución mas digna de él.

— Helos prosiguiendo su curso silencioso, dijo el conde mirando al rededor de sí, he los esos astros cuya influencia poderosa se hace sentir de todos los habitantes de nuestro planeta. Si los astrólogos no son unos embusteros, he aquí la crisis de mis destinos. La hora se acerca, acercase la hora que debo yo temer y desear al mismo tiempo, según me han dicho. *Rey* era la palabra. ¿ Pero como? ¿ la corona de Isabel? toda mi esperanza por ese lado se ha desvanecido. Pues bien, renuncio á ella: las ricas provincias de los Países-Bajos me piden por su gefe, y si Isabel consintiese en ello, me darían su corona. ¿ Y no tengo yo derecho á la diadema... aun en el reino? Si Isabel no existiese; yo soy de la familia de Huntingdon.... Pero no quiero profundizar mas estos misterios importantes, es preciso que durante algun tiempo todavía continúe mi carrera en el silencio y la oscuridad como un río subterráneo; vendrá tiempo en que me presentaré con toda mi fuerza, y arrostraré cuanto se oponga á mi curso rápido.

Mientras procuraba Leicester acallar su conciencia escusándose con una supuesta necesidad política, y se estraviaba en los sueños lisoujeros de la ambición, su agente había dejado la corte y la ciudad para ir en toda

diligencia á su destino. Varney tenia tambien grandes esperanzas : habia conducido á Leicester al punto que queria ; el conde le descubria los secretos mas ocultos de su corazon , y se servia de él para todas sus relaciones las mas confidenciales con su esposa ; veia que en adelante su protector no podria menos de valerse de sus servicios , ni rehusarle sus pretensiones , por irracionales que fuesen ; y si esta desdeñosa dama , como llamaba á la condesa , accedia á la demanda de Leicester , Varney , su supuesto marido , se hallaria colocado de un modo tan extraño para con ella , que no veia nada que pudiese contener su audacia..... aun quizá esperaba obtener un triunfo en el que pensaba con una mezcla de sentimientos diabólicos , entre los cuales tenia el primer lugar el deseo de vengarse de los antiguos desdenes. Contaba tambien con la alternativa de encontrarla enteramente intratable , y de no poder decidirla á representar el papel que le estaba señalado en el drama de Kenilworth.

— Alasco haria entónces de las suyas , dijo ; la enfermedad será la excusa que se dará á su magestad de la negligencia de madama Varney en ofrecerle sus homenajes. Sí , y será probablemente larga y peligrosa la tal enfermedad , si la reina continua mirando al

lord Leicester con ojos tan favorables. No renunciaré yo á dos tirones á llegar á ser el favorito de un monarca. Adelante , mi jaco ; la ambicion , la esperanza de gozar y de vengarme , hieren mi corazon con sus agujones como clavo yo mi espuela en tus hijares : adelante , caballito , adelante : anda con todos los diablos.

CAPITULO XXII.

¿Por que desprecias ahora
La que te fué tan querida?
Dejarasme con mi padre
De quien era las delicias.

Quejarme sería en vano;
Y pues de mí te desvías
Con tan dilatada ausencia,
Ya ni me quieres ni estimas.

El castillo de Cunnor, por W. JULIUS MICKLE.

NUESTRAS elegantes del día deben convenir en que la jóven y hermosa condesa de Leicester tenia, ademas de su hermosura y juventud, dos calidades capaces de colocarla con justo título en el número de las mugeres de distincion. La hemos visto desplegar en su conversacion con el tendero ambulante un grande ahinco en hacer compras inútiles, solo por el gusto de adquirir aquellas vistosas chucherías que dejan de agradar desde que se poseen. Tenia tambien una verdadera inclinacion á pasar cada día un tiempo considerable en adornarse, aunque la rica variedad de sus trages y adornos no podia atraerle sino

los elogios medio satíricos de la escrupulosa Juanita, ó una mirada de aprobacion de aquellos hermosos ojos que veian su resplandor reflejado en el espejo. La condesa Amy podia encontrar una excusa de la frivolidad de sus gustos; la educacion que se daba á las señoritas en aquel tiempo no habia podido hacer gran cosa en un ánimo ligero naturalmente y enemigo del estudio. Si no hubiera gustado de adornarse, habria podido hacer tapices ó bordados, y guarnecer con las obras de sus manos las paredes y los muebles del castillo de Lidcote, ó distraerse de estos trabajos preparando un puding enorme para cuando volviese de la caza sir Hugo Robsart; pero Amy no tenia naturalmente ingenio ni para bordar, ni para coser, ni para el estudio de ninguna clase. Era muy niña aun cuando perdió su madre; su padre no la contradecia en nada jamas; y Tresilian, que era el único que hubiera podido cultivar su ánimo, habia perdido no poco en la opinion por haber aceptado con demasiado anhelo el empleo de su preceptor: asi es que esta señorita cuya vivacidad é indolencia jamas halláron oposicion, le miraba con algun temor y con mucho respeto; pero no sintió jamas por él aquel afecto mas dulce y tierno que hubiera querido él inspirarla. En semejante situacion el cora-

zon de Amy estaba muy espuesto, y Leicester cautivó fácilmente su imaginacion con su noble exterior, sus modales graciosos y sus lisonjas, aun ántes de que ella le conociese como el favorito de la riqueza y del poder.

Las frecuentes visitas de Leicester á Cumnor, en los primeros tiempos de su union, habian hecho soportables á la condesa la soledad y el retiro á que se hallaba condenada. Pero cuando las visitas fuéron haciendose muy raras, y solo recibia cartas llenas de escusas, que no siempre eran la espresion de un afecto tierno, y lacónicas por lo regular, el descontento y las sospechas empezáron á introducirse en aquellas habitaciones espléndidas que el amor habia preparado á la hermosura. Las respuestas que ella dirigia á Leicester dejaban ver demasiado sus sentimientos; le estrechaba con mas franqueza que prudencia para que la librase al fin de aquel oscuro retiro, haciendo público su casamiento; y disponiendo sus argumentos y razones lo mejor que ella podia, se fiaba principalmente en las súplicas con que las apoyaba. Y algunas veces tambien se aventuraba en mezclar quejas de las que Leicester creía poder enfadarse con razon.

—La he hecho condesa, decia á Varney: me parece que podria bien aguardar, para tomar

el título y las armas, á que este paso estuviere de acuerdo con mi voluntad y conveniencia.

La condesa Amy veia las cosas bajo un punto de vista muy diferente.

—¿De que me sirve, decia, tener en realidad el rango y los honores, si debo vivir aquí presa, sin sociedad alguna, y tolerando que las malas lenguas ataquen cada dia mi reputacion? De poco me sirven esas perlas que entrelazas en mis trenzas, Juanita. En el castillo de Lidcote bastaba que me pusiese en la cabeza una rosa fresca, para que mi padre me llamase y la contemplase de mas cerca, se sonriese el señor cura, y hablase Mumblazen del blason. Ahora que estoy adornada de oro y de piedras preciosas como una reliquia, nadie me vé mas que tú, Juanita. Tambien estaba allí el pobre Tresilian....; pero es inútil ya tomarle en boca tan solamente.

—En efecto, señora, es inútil, respondió su prudente compañera, y por cierto que algunas veces desearia no oír á vm. hablar de eso con tanta frecuencia y con tan poco seso: perdoneme vm. que se lo diga.

—Tus amonestaciones no vienen al caso, Juanita; he nacido libre, aunque estoy ahora aherrojada como una esclava estrangera, y no como la esposa de un señor inglés. He soportado todo con alegría y con gusto cuando

estaba segura del amor de mi marido; pero ahora, aunque tengan mi cuerpo en la esclavitud, mi corazón y mi lengua serán libres. Lo repetiré, Juanita: amo á mi esposo, le amaré mientras me dure la vida, ni pudiera dejar de amarle aunque quisiera, y si él dejase de amarme.... Sabe Dios si podré soportar semejante desdicha. Pero es preciso que yo lo diga, habria sido mas feliz si hubiese permanecido con mi padre en Lidcote, aun cuando hubiera dado mi mano al pobre Tressilian, el de los ojos tristes, que tenia en su cabeza tantos conocimientos de los que no hacia yo el menor caso. Decíame que si queria leer sus libros predilectos y escogidos, llegaria el tiempo en que me alegraria de haber seguido sus consejos.... Este tiempo ha llegado ya.

— Señora, dijo Juanita, he comprado á vm. algunos libros que vendia un cojo en la plaza del mercado: el tal cojo me ha echado unas miradas.... bien atrevidas, yo se lo aseguro á vm.

— Veamos esos libros, Juanita, dijo la condesa; pero no los quiero si son vuestros libros puritanos.... ¿Que son estos, mi devota criada? *un par de despabiladeras para un candelero de oro; un puñado de mirra y de hisopo para purgar una alma enferma; un vaso de*

agua del valle de Baca; los raposos y las antorchas. ¿Como llamas tú este batiburrillo, hija mia?

— ¡Ah! señora, dijo Juanita, era mi deber poner desde luego la gracia delante de vm.; pero si vm. la desecha, aquí hay comedias, y libros, segun pienso, de poesía.

La condesa empezó con indolencia á examinarlos, abriendo muchos libros raros que serian capaces de enriquecer en el dia á veinte mercaderes de libros viejos: habia entre ellos un *libro de cocina, impreso por Ricardo Lant; el pasatiempo del pueblo; el castillo de la ciencia*, etc.; pero tampoco este género de literatura era del gusto de Amy, cuando de repente se oyó en el patio ruido de caballos; la condesa se levantó alborozada, dejó su fastidiosa ocupacion de hojear libros viejos, y dejandolos caer por tierra, corrió á la ventana gritando: — ¡Es Leicester! ¡es mi noble conde! ¡es mi querido Dudley! cada paso que da su caballo resuena como el sonido mas armonioso.

Saliéron todos á ver lo que era, y Foster entró á ver á la condesa con su mal gesto, diciendola que el señor Ricardo Varney llegaba con órdenes de monseñor, despues de haber corrido toda la noche, y queria hablar al punto á milady.

— ¿Varney? ¿y quiere hablarme? Pero viene con noticias de Leicester, y así que entre al momento.

Varney entró en el cuarto en donde estaba Amy sentada y adornada con todas sus gracias naturales, y con todo lo que habia podido añadir el esmero de Juanita, con un traje rico y elegante. Pero su principal adorno era su hermoso cabello, que rodeaba con graciosos rizos un cuello blanco como el de un cisne, y un seno agitado con la sorpresa que habia encendido todas sus facciones.

Presentóse á ella Varney con el propio vestido que tenia acompañando á su amo á la corte en aquel mismo día, y cuyo esplendor formaba un extraño contraste con el desorden ocasionado por un viage repentino en una noche oscura y con malos caminos. Estaban estampadas en su frente la inquietud y dificultad que tiene un hombre que se halla encargado de anunciar cosas que cree serán mal acogidas, y á quien la necesidad de comunicarlas ha obligado á hacer toda diligencia. La condesa se sobresaltó al punto, y le dijo:

— ¿Me trae vm. noticias de milord, Varney? ¿Que hay pues?... ¿Dios mio! ¿está acaso enfermo?

— No, señora, gracias á Dios, dijo Var-

ney; tranquilicese vm., permitiendome respirar ántes de comunicarle mi mensaje.

— No haya dilaciones, señor, replicó la condesa, no hay que andar en rodeos; ya que ha podido vm. respirar hasta llegar aquí, bien podrá contarme desde luego lo que tiene que decirme, al menos por encima y con brevedad.

— Señora, respondió Varney, no estamos solos, y el mensaje de monseñor es para vm. sola.

— Dejanos, Juanita, y vm. tambien, señor Foster, dijo la condesa, y quedad en ese cuarto inmediato.

Foster y su hija se retiraron, segun las órdenes de lady Leicester, al cuarto mas cercano, que era un vestibulo. Entónces cerraron la puerta del cuarto con llave y con cerrojo, y el padre y la hija quedaron, el primero con una atencion feroz y recelosa, y Juanita con las manos juntas y deseando conocer la suerte de su ama, dirigia súplicas al cielo por su seguridad. Como si hubiera tenido Tony Foster alguna idea de lo que se pasaba en el ánimo de su hija, atravesó el cuarto, y le dijo cogiendole la mano:

— Tienes razon: reza, Juanita, reza; todos tenemos necesidad de oraciones, y algunos de entre nosotros mas que los demas; tam-

bien yo rezaria, pero quiero escuchar lo que se pasa ahí dentro: alguna desgracia se prepara, hija mia; alguna desgracia va á llegar. Dios nos perdone nuestros pecados; la llegada repentina de Varney no anuncia nada de bueno.

Esta era la vez primera que escitaba á Juanita su padre á prestar atencion á lo que se pasaba en aquella morada del misterio. Resonaba su voz en su oido como la de la funesta corneja que anuncia el luto y las desgracias. Volvió temerosa sus ojos ácia la puerta, como si aguardase oír sonidos de horror ó algun espectáculo espantoso.

Sin embargo estaba todo enteramente tranquilo, y los que conversaban en el cuarto próximo hablaban tan bajo que no podian ser oídas sus palabras. Oyóseles de repente despues hablar con precipitacion, y luego la condesa gritó con el acento de la indignacion mas violenta: — ¡Abra vm. la puerta, señor, yo se lo ordeno! ¡abra vm. la puerta! ¡no hay que replicarme! continuó, cubriendo con sus gritos la voz apagada de Varney que se oia de cuando en cuando. ¡Como! salga vm. al momento: ¡Juanita, pide socorro! Foster, rompa vm. la puerta. Estoy encerrada aquí por un traidor infame. Con alguna hacha,

con alguna palanca, señor Foster: yo respondo de todo.

— Nada de eso será necesario, señora, dijo al fin Varney, de modo que pudiesen todos oírle. Si quiere vm. manifestar los secretos importantes de monseñor y los suyos delante de todo el mundo, yo no lo impediré en manera alguna.

En esto se abrió la puerta, y Juanita y su padre entraron con precipitacion en el cuarto deseando saber la causa de tan reiteradas exclamaciones.

Cuando ellos entraron, estaba Varney en pié junto á la puerta, rechinando los dientes, y manifestando en su semblante al mismo tiempo la rabia, la vergüenza y el temor. La condesa estaba en medio del cuarto, como una jóven pitonisa entusiasmada con el fuego profético. Las venas azules de su hermosa frente se habian hinchado con la violencia que habia empleado en gritar. Su garganta y sus mejillas estaban encarnadas como escarlata; sus ojos resplandecian como los de una águila encerrada que no puede herir á sus enemigos con sus garras. A ser posible que una de las gracias fuese agitada por una furia, no podria reunir mas atractivos con tanto odio, desprecio, orgullo y cólera. Los gestos de Amy y su postura correspondian con su

voz y sus miradas, y presentaban un aspecto terrible y que no carecia de hermosura, porque la energía de la pasión había añadido sublimidad á las gracias naturales de la condesa Amy. Luego que estuvo abierta la puerta, corrió Juanita ácia su ama, y Foster con mas lentitud que su hija, pero mas pronto sin embargo que de ordinario, se acercó á Ricardo Varney.

— Digame vm. por Dios, ¿ que ha sucedido, señora? dijo Juanita.

— Hombre de Satanás, ¿ que ha hecho *m.? dijo Foster á su amigo.

— ¿ Quien, yo? nada, respondió Varney con la cabeza baja y de muy mal humor. He debido comunicar á madama las órdenes de su esposo, y si no quiere conformarse con ellas, sabe mejor que yo que es lo que debe responder.

— Juanita, pongo al cielo por testigo, dijo la condesa, de que miente en cuanto ha dicho el traidor; miente y remiente, pues lo que dice ultraja el honor de mi noble esposo; miente mil veces, pues habla solo por lograr un objeto imposible, execrable.

— Ha comprendido vm. mal, señora, dijo Varney con cierta sumision; dejemos esta conversacion, basta que se haya pasado ese

enojo. Entónces satisfaré á vm. sobre todos los puntos.

— Jamas tendrás ocasion de hacerlo, dijo ella á Varney: mirale, Juanita, está bien vestido, tiene la facha de un caballero, y ha venido aquí sin embargo con una comision infame. Quiere persuadirme que es la voluntad de mi señor, ó mas bien la órden de mi legítimo esposo, que yo parta con él para Kenilworth, y que allí delante de la reina y los nobles, en presencia de mi esposo, le reconozcayo á él, á él que está aquí, á este hombre que escobilla los vestidos y limpia las botas, á él digo, el lacayo de monseñor, que yo le reconozca por mi señor y mi marido. ¡ Santo Dios! ¡ daré yo pues las armas que servirán contra mí cuando quiera reclamar mis derechos y mi rango! ¡ renunciaré á mi reputacion de muger honrada! ¡ renunciaré á colocarme entre las respetables damas de la nobleza inglesa!

— Vm. la oye, Foster, y vm., muchacha, oigala, dijo Varney aprovechandose de un corto silencio. Vms. la escuchan en su cólera, solo me echa en cara el plan de conducta que mi buen señor sugiere en su carta que ella tiene ahora en la mano, hallandose en la necesidad de guardar cierto secreto.

Foster procuró en esto intervenir con un

aire de autoridad que creia convenia al puesto que le habian confiado.

— Sí, señora, debo confesar que es vm. demasiado pronta en esta circunstancia. Un engaño semejante no es enteramente condenable, cuando se hace con un objeto piadoso. De este modo fingió el patriarca Abraham que Sara era su hermana cuando fuéron á Egipto.

— Si, señor, dijo la condesa; pero Dios reprobó esta impostura aun en el padre de su pueblo por la boca del pagano Faraon. Avergüencese vm. de no leer las Escrituras sino para citar las cosas que estan allí propuestas, no como ejemplos sino como avisos (1).

— Pero Sara no se opuso á la voluntad de su esposo, disimule vm., dijo Foster; hizo lo que Abraham ordenó, tomando el nombre de su hermana por el interes de su esposo, y á fin de que su alma pudiese vivir á causa de su hermosura.

(1) Aquí estrañarán muchos piadosos lectores que una linda condesita maneje las santas Escrituras, lo que en España está reservado *solis presbiteris*, porque está prohibida la Biblia en castellano. En los países protestantes, todas las personas de ámbos sexos leen en lengua vulgar la Biblia, la estudian, y la llevan al templo para rezar en ella; ¿pero adonde irán á parar al fin? á la caldera de Pedro Botero, sin remedio.

(El Traductor español.)

— Ahora, que el cielo me perdone mi despecho inútil, dijo la condesa, eres un hipócrita atrevido, como ese otro es un embustero impudente. Jamas podré yo creer que el noble Dudley ha dado su aprobacion á un designio tan deshonoroso. Asi es como pisoteo yo su infame.... Si la ha podido escribir, destruiré asi para siempre su memoria.

Al decir esto, rompió la carta de Leicester, y la pisó en el exceso de su impaciencia, como queriendo aniquilar todos sus pedazos.

— Sean vms. testigos, dijo Varney recordando su serenidad, sean vms. testigos de que ha despedazado la carta de monseñor, para imputarme el proyecto que él mismo ha imaginado. Quisiera que yo solo fuese el culpable, siendo asi que ningun interes personal tengo en este asunto.

— ¡Mientes, detestable pícaro, embustero! dijo la condesa, á pesar de los esfuerzos que hacia Juanita para hacerla guardar silencio, creyendo con razon que su violencia serviria solo á dar armas contra sí misma. Mientes, continuó; dejame, Juanita. Aunque estuviese espirando, diria que miente ese bribon. Ha querido llegar á su objeto abominable, y aun lo hubiera hecho mas á las claras, si me hubiese permitido mi enojo guardar el silencio

que al principio le habia animado á descubrir sus viles proyectos.

— Señora, dijo Varney confundido á despecho de su desfachatez é impudencia, suplico á vm. crea que se halla equivocada.

— ¡Primero creeria que es ahora de noche! ¿Me he olvidado yo de lo que ha sucedido? ¿No me acuerdo de cosas que, á ser conocidas por Leicester, te hubiesen valido el patibulo en lugar de su intimidación? ¿Si fuera hombre durante cinco minutos! me bastaria ese tiempo para arrancar de un cobarde como tú la confesion de su perfidia. ¡Pero vete! ¡sal al punto de aquí! y dirás á tu amo que, cuando siga el vergonzoso camino en que me conduciria precisamente la impostura que me aconsejas en su nombre, le daré un rival algo mas digno de ese título. No será reemplazado por un lacayo ignominioso, cuya mayor dicha es atrapar los vestidos de su amo ántes que esten muy raidos, y que solo es bueno para seducir á alguna mozueta con el brillo de un lazo añadido á los zapatos viejos desechados por el amo. ¡Vete, vete! ¡sal pronto de aquí! te desprecio tanto, que me avergüenzo de enojarme contra un sugeto tan miserable y vil.

Varney salió del cuarto manifestando una rabia que no pudo reprimir. Siguióle Foster

que, aunque no se asustaba tan fácilmente, estaba por decirlo así aturrullado al ver el torrente de indignacion que salia impetuosa de los labios de una señora que se habia manifestado hasta entónces bastante dulce, y demasiado indolente para encolerizarse de semejante modo.

Persiguió Foster á Varney de cuarto en cuarto, haciendole preguntas á las que el otro no respondió hasta que llegaron á la antigua biblioteca que conoce ya nuestro benévolo lector. Allí se volvió Varney ácia el viejo puritano, y respondió al fin con cierta serenidad, pues habian bastado algunos instantes á un hombre habituado á reprimir sus ímpetus y emociones, para calmarse y volver en sí.

— Tony, le dijo con su acostumbrada ironía, no puedo negarlo, la muger y el diablo que, como podrá confirmartelo tu oráculo Holdforth, engañaron al hombre en el principio del mundo, han triunfado hoy de mi discrecion. Aquella bonita furia estaba tan hermosa, tan hechicera y tentadora, ha tenido tal destreza en contenerse mientras le comunicaba el mensaje de monseñor, que, vamos claros, he creido poder echar mi cuarto á espadas, y decirle mi atrevido pensamiento sin rodeos ni disfraces. Piensa ella sin

duda haberme atortolado, pero se equivoca mucho. ¿En donde está el doctor Alasco?

— En su laboratorio, dijo Foster, y no es posible hablarle ahora. Es preciso aguardar hasta despues del mediodia, para no interrumpirle en sus importantes, ; que digo importantes! en sus divinos estudios.

— Si, en efecto, estudia la divinidad del diablo, dijo Varney; pero cuando yo le quiero hablar, todas las horas son á propósito para ello. Vamos á su *pandemonium*.

Así dijo Varney, y con pasos apresurados é inciertos siguió á Foster que le condujo, atravesando corredores que amenazaban ruina, á la habitacion subterránea que ocupaba el químico Alasco. Aquí es donde en otro tiempo cierto abad de Abingdon, apasionado por las ciencias ocultas, no sin grande escándalo de los frailes, habia establecido un laboratorio en el cual, como otros muchos mentecatos de aquel siglo, habia consumido muchísimo tiempo, gastando ademas muchísimas sumas de dinero en busca del gran secreto.

Tony Foster se detuvo en el umbral de la puerta que estaba bien cerrada por dentro, y no se atrevió á llamar. Pero Varney se quitó de cuentos, y á fuerza de puñadas y de gritos repetidos, arrancó al sabio de enmedio de sus tareas. Alasco abrió la puerta poco á poco y

de mala gana; sus ojos estaban inflamados y oscurecidos con el calor y los vapores del alambique sobre el que meditaba: el interior de su celda ofrecia á la vista un confuso batiburrillo de sustancias heterogéneas y cachivaches extraordinarios. Salió refunfuñando impaciente:

— ¿No me será permitido ocuparme exclusivamente en los asuntos del cielo, dejando á un lado los de la tierra?

— ¡Los del infierno! dijo Varney, pues es aquel tu elemento. Foster, necesitamos de tí en nuestra conferencia.

Foster entró blandamente en el cuarto; Varney, que le siguió, cerró la puerta, y empezaron á deliberar en secreto.

Entretanto la condesa se paseaba en su cuarto, y la vergüenza y el temor estaban estampados en su hermoso semblante.

— ¡Malvado, decia, traidor, cobarde intrigante! Pero le he quitado la máscara, Juanita, he aguardado á que la culebra desenrollase delante de mí todas sus roscas, y se presentase arrastrandose con toda su fealdad. He suspendido mi enojo haciendome mucha violencia, hasta que descubriese el corazón que es mas negro que el abismo mas oscuro del infierno. Y tú, Leicester, ¿has podido ordenarme negar ni un solo instante los derechos legítimos que tengo sobre tí, ó cederlos tú

mismo á otro? Eso es imposible. El malvado ha mentido en todo cuanto ha dicho. Juanita, no quiero permanecer aquí mas largo tiempo. Temo á Varney, temo á tu padre. Sí, Juanita, siento decirlo, temo á tu padre, y sobre todo á ese detestable Varney. Quiero escaparme de Cumnor.

— ¡Ah! señora, ¿adonde podrá vm. huir? ¿y que medios tiene vm. de escaparse de aquí?

— Yo no sé, Juanita, dijo la desdichada Amy mirando al cielo y juntando las manos, yo no sé adonde huiré, ni con que medios podré evadirme; pero estoy segura de que no me abandonará Dios en una crisis tan terrible, porque estoy entre las manos de los malvados.

— No piense vm. en eso, señora mia, dijo Juanita, mi padre es de un carácter áspero, ejecuta rigidamente las órdenes que ha recibido; pero sin embargo....

En esto Antonio Foster entró en el cuarto con una copita de cristal en la mano y una botellita; se presentó de un modo muy notable. Aunque jamas se acercaba á la condesa sino con el respeto debido á su rango, habia dejado ver hasta entónces ó no habia podido menos de descubrir la natural dureza de su carácter. En esta ocasion, de ningun modo manifestaba aquel tono de autoridad que so-

lia ocultar con una afectacion poco diestra de civilidad y complacencia, del mismo modo que esconde un ladron su garrote y su par de pistolas debajo de los guñapos de su mala capa. Al mismo tiempo su sonrisa parecia mas bien efecto del temor que de algun otro afecto: instó á la condesa para que tomase un cordial precioso, decia él, que calmase su ánimo despues del mal rato que habia pasado; pero sus miradas denotaban que era cómplice de algun designio siniestro contra ella. Temblaban su mano y su voz, y todo anunciaba en él alguna cosa tan sospechosa, que su hija Juanita, despues de haberle mirado con admiracion, parecia prepararse de repente á ejecutar algun proyecto atrevido. Levantó la cabeza, y con un aire de resolucion y autoridad, poniendose entre su padre y su ama, quiso quitarle la taza, y dijo con tono firme y decidido:

— Yo llenaré la copa á mi noble señora cuando fuere de su agrado.

— No, hija mia, dijo Foster con viveza y con inquietud, no, hija mia, no serás tú quien sirva esta bebida á la condesa.

— ¿Y por que no, dígamelo vm., si es preciso que la noble dama guste ese cordial?

— ¡Por que! ¡por que! dijo el malvado vacilando al principio, y enfadandose luego por

ahorrarse de otras razones; ¡por que! porque así lo quiero yo, hija mia. Vete al oficio de la tarde.

— Yo le aseguro á vm., dijo Juanita, que no saldré de casa hasta estar asegurada de la suerte de mi ama. Deme vm. ese frasco, padre; y le cogió, á pesar de él, de su mano que se abrió como por efecto del remordimiento: lo que debe hacer mucho bien á mi señora no podrá hacerme ningun daño. A la salud de vm., padre.

Foster, sin decir una palabra, se adelantó ácia su hija, y le arrancó el frasco de entre sus manos. Despues como turbado con lo que acababa de hacer, y enteramente incapaz de decidir sobre lo que haria, quedó en pié con el frasco entre sus manos, y los piés separados, echando á su hija una mirada en que la rabia, el temor y la maldad formaban una union horrorosa.

— Es bien extraño, padre mio, dijo Juanita echando sobre Foster aquella mirada con la que se dice que los loqueros someten á los infelices locos á su voluntad: ¿no me permitirá vm. ni servir á mi ama, ni beber á su salud?

El valor de la condesa la sostuvo durante esta escena terrible, conservando su natural indolencia; y aunque al principio perdió el color, la miró con calma y aun con desprecio.

— ¿Quiere vm. probar este cordial precioso, señor Foster? Quizá no me negará vm. condescender con mi deseo, aunque no lo permita vm. á Juanita. Beba vm., beba vm.

— No quiero, dijo Foster.

— ¿Para quien pues está reservado este brebaje raro? dijo la condesa.

— Para el diablo que le ha compuesto, repuso Foster; y volviendø la espalda, salió del cuarto.

Juanita miró á su ama con un semblante en que estaban estampados el bochorno, el pesar y el dolor.

— No llores por mi causa, Juanita, dijo la condesa con agrado.

— No, señora, replicó su compañera con una voz que cubrian los sollozos. No lloro por vm. sino por mí misma y por ese desventurado. Los que son deshonorados delante de los hombres, los que son condenados por Dios, esos deben llorar, pero no los que se hallan inocentes. A dios, señora, dijo cogiendo de prisa el traje que solia llevar cuando iba á los oficios divinos.

— ¿Me dejas, Juanita? dijo la condesa, ¿me abandonas en una posición tan crítica?

— ¡Abandonar á vm., señora! dijo Juanita corriendo ácia su ama y cubriendo de besos su mano; ¡abandonar á vm. ¡ántes me

abandone la esperanza de salvarme, que tal cosa suceda! No, señora, vm. me ha dicho con muchísima razon que no la abandonará Dios en una ocasion tan terrible: hay un medio de evadirse; he rezado de dia y de noche para salir de dudas; estaba indecisa entre la obediencia que debo á ese desventurado que acaba de dejarnos, y la que debo á vm.; pero he salido de dudas de un modo severo y terrible, y no debo cerrar la puerta de salvacion que abre á vm. Dios mismo. Nada me pregunte vm., luego estaré de vuelta.

Al decir esto se acabó de vestir, y diciendo á la vieja que encontró en la antecámara que iba al oficio de la tarde, salió.

Al mismo tiempo estaba de vuelta su padre en el laboratorio, donde encontró á los cómplices del crimen que no habia osado cometer.

— ¡Ha bebido el pajarito? dijo Varney con cierta sonrisa, y el astrólogo aguardó en silencio la respuesta.

— No, dijo Foster, y no será el hijo de mi madre el que la presente el veneno. ¿Quiere vm. que cometa yo un homicidio delante de mi hija?

— ¡Picaro cobarde! ¿no te han dicho ya, replicó Varney enfadado, no te han dicho ya que no se trata aquí de homicidio, como tú le llamas todo asustado y temblando? ¿No te han dicho ya que solo le causará una leve in-

disposicion, como las que suelen ellas fingir á cada paso, sin consecuencia, para poder repantigarse las holgazanas sobre un canapé, en vez de desempeñar sus tareas domésticas? He aquí un sabio que te lo jurará, si es preciso, por la llave del castillo de la Sabiduría.

— Juro, dijo Alasco, que el elixir que contiene la botellita que tienes en la mano no puede quitar á nadie la vida. Lo juro por la inmortal é indestructible quintaesencia de oro que está contenida en todas las sustancias de la naturaleza, aunque su existencia secreta no pueda ser descubierta sino por á quien Trimegistro cede la llave de la ciencia cabalística.

— ¡Ese sí que es juramento! dijo Varney. Foster, serias peor que un pagano, si permanecieses incrédulo. Y tambien me crearás á mí, que te afirmo bajo mi palabra de honor, que si continuas haciendo la mula, no tienes que esperar que cambiemos tu escritura en una acta de propiedad. Alasco no te cambiará tu estaño en oro; y por lo que á mí toca, mi amigo Tony, tenga vm. buenas noches.

— Yo no sé, señores, dijo Foster, cual es el objeto que vms. se proponen; pero no daré mi brazo á torcer. Sea de esto lo que fuere, quiero tener alguno que rece por mí, y será mi hija. He vivido mal, he sido demasiado

apegado á los negocios del mundo; pero mi Juanita es tan inocente como cuando jugaba sobre las rodillas de su madre; al menos mi hija tendrá su asiento en aquella ciudad dichosa cuyas paredes serán de oro macizo, y de piedras preciosas sus fundamentos.

— ¡Ojo al Cristo que es de plata! dijo Varney; por cierto, Tony, que sería ese un paraíso hecho á la medida de tu deseo; prosigan vms. tan rica materia, doctor Alasco; al instante vuelvo. Y al decir esto, se levantó Varney, cogió el frasco que estaba sobre la mesa, y salió del cuarto.

— Hijo mio, dijo Alasco á Foster luego que salió Varney, yo te protesto que por mas que diga este bufon atrevido é impío de la ciencia soberana, en la cual, gracias al cielo, me he aventajado tanto, no hay artista alguno de cuantos existen á quien reconozca por mi maestro. A mi lado todos son unos zascandiles. A pesar de todas las blasfemias que este réprobo se atreve á proferir sobre cosas demasiado santas para poder ser comprendidas por hombres que solo piensan segun la carne, yo te protesto que la ciudad que vió San Juan en la vision brillante del Apocalipsis, aquella nueva Jerusalem á la que todos los cristianos esperan llegar, anuncia en estilo figurado el descubrimiento del gran secreto,

con el cual las mas preciosas y las mas perfectas creaciones de la naturaleza serán extraídas de sus producciones las mas viles y las mas groseras; del mismo modo que la mariposa de alas ligeras y resplandecientes, el mas hermoso de los hijos de la primavera, se escapa del encierro de una informe crisálida.

— El señor Holdforth no ha hablado de esa version, dijo Foster, y por otra parte, doctor Alasco, la Escritura nos enseña que el oro y las piedras preciosas de la ciudad santa no son de modo alguno para los que cometen la abominacion ó fabrican la mentira.

— Pues bien, hijo mio, dijo el doctor, ¿que se sigue de ahí?

— Que los que destilan los venenos, dijo Foster, ó los que los dan secretamente, no pueden tener parte en aquellas inefables riquezas.

— Distingo, hijo mio, replicó el alquimista; una cosa es lo necesariamente malo en sus medios y en su fin, y otra lo que, aun siendo injusto, puede sin embargo producir un bien. Si la muerte de un individuo puede atecer á nosotros el tiempo en que se obtendrá, con el deseo solo, el cumplimiento de todo lo que es bien, y la privacion de todo lo que es mal; en que la enfermedad, los dolores, el pesar, obedecerán como esclavos á

la ciencia humana, y huirán á la menor insinuacion de un sabio; en que todo lo que hay ahora mas precioso y mas rico estará al alcance de todos los que escuchen la voz de la sabiduría; en que el arte de curar será completamente reemplazado por el remedio universal; en que los sabios serán los monarcas de la tierra, y en que la muerte misma obedecerá á su poder; si en fin esta dichosa consumacion de todas las cosas puede ser adelantada con un accidente tan poco importante como es la pérdida de un cuerpo débil formado de polvo, que debiendo seguir necesariamente la ley comun, es depositado en la sepultura algunos instantes ántes que lo hubieran ordenado las leyes de la naturaleza: ¿que es un sacrificio semejante, lo repito, para acelerar el Milenio ó Millar santo?

— Milenio es el reinado de los santos, dijo Foster.

— Di que es el reinado de los sabios, hijo mio, respondió Alasco, ó mas bien el reinado de la sabiduría.

— He tocado esta cuestion con el señor Holdforth en la última conferencia, dijo Foster, y sostiene que esa doctrina es heterodoxa, y esa esplicacion falsa y diabólica.

— El está enfangado en la ignorancia, hijo mio, respondió Alasco; está todavía que-

mando ladrillos en Egipto, ó á lo sumo errante en el árido desierto de Sinaï. Has hecho mal en hablar de cosas semejantes con un tal hombre. Entretanto te daré pronto una prueba que se guardará bien de refutar ese teólogo adusto con todas sus campanillas, aunque luchase contra mí como los mágicos lucharon contra Moises delante del rey Faraon. Obraré la proyeccion en tu presencia, hijo mio, sí, en tu presencia, y tus ojos serán testigos de la verdad.

— Dale con esa, sabio filósofo, dijo Varney que entró en aquel punto: puede negar el testimonio de tu boca, pero ¿como podrá negar el de sus propios ojos?

— ¡Varney, dijo el químico, Varney, de vuelta ya! ¿Has....? y se detuvo.

— ¿Has ejecutado tu comision? quieres decir, replicó Varney. Sí, y tú, añadió manifestando mayor emocion que lo habia hecho hasta entónces, ¿estás tú seguro de no haber puesto ni mas ni menos que la medida exacta?

— Sí, replicó Alasco, tan seguro como puede estarlo un hombre en proporciones tan delicadas, pues hay constituciones diferentes unas de otras.

— Entónces, dijo Varney, estoy tranquilo. Yo sé que no darás tú un paso de mas ácia el infierno sino á fuerza de dinero. Te han pa-

gado por una enfermedad, y te parecería una prodigalidad tonta cometer un homicidio por el mismo precio. Vamos, retiremonos á nuestros cuartos, y verémos mañana el resultado.

— ¿Que le has hecho tú para obligarla á obedecerte? dijo Foster temblando.

— Nada, respondió Varney; le he echado solamente una de aquellas miradas que doman á los locos, á las mugeres y á los niños. Me han dicho en el hospital de San Lucas (1), que tengo yo precisamente las miradas que son capaces de someter á los locos rematados. Los loqueros me pusieron en las nubes, y así, cuando me falte el favor de la corte, sé el modo de ganar un bocado de pan.

— ¿Y no temes, dijo Foster, que la dósis pueda ser desproporcionada?

— En tal caso, dijo Varney, su sueño será mas profundo, y este temor no es capaz de perturbar mi sosiego. A dios, amigos míos.

Tony Foster suspiró levantando los ojos y las manos ácia el cielo. El alquimista dijo que iba á continuar aquella noche una esperiencia de grande importancia, y Foster y Varney se separaron para entregarse al reposo.

(1) Hospital de los locos en Londres.

CAPITULO XXIII.

« Ahora; que Dios me ayude en esta cruel peregrinacion! He desechado léjos de mí la esperanza de todo socorro humano. ¡Oh! ¿quien pudiera desear ser muger.... esa criatura lamentable, desolada, tierna y fiel? La muger se vé tratada con dureza por aquellos mismos á cuya ternura tiene mas derecho, y todas sus bondades no sirven sino para hacer á los hombres ingratos. »

La Peregrinación de amor.

ACABABA el dia; y temiendo, si difería su ausencia, escitar investigaciones en una casa tan recelosa como el castillo de Cumnor, Juanita se dió prisa en volver, y subió al cuarto en que habia dejado á la condesa. Hallóla apoyada la cabeza en los brazos cruzados sobre una mesa, y entró Juanita sin que ella levantara los ojos ni hiciese el menor movimiento.

Esta fiel criada corrió ácia su ama como un relámpago, y sacandola de su abatimiento la preguntó que era lo que la habia puesto

gado por una enfermedad, y te parecería una prodigalidad tonta cometer un homicidio por el mismo precio. Vamos, retiremonos á nuestros cuartos, y verémos mañana el resultado.

— ¿Que le has hecho tú para obligarla á obedecerte? dijo Foster temblando.

— Nada, respondió Varney; le he echado solamente una de aquellas miradas que doman á los locos, á las mugeres y á los niños. Me han dicho en el hospital de San Lucas (1), que tengo yo precisamente las miradas que son capaces de someter á los locos rematados. Los loqueros me pusieron en las nubes, y así, cuando me falte el favor de la corte, sé el modo de ganar un bocado de pan.

— ¿Y no temes, dijo Foster, que la dósis pueda ser desproporcionada?

— En tal caso, dijo Varney, su sueño será mas profundo, y este temor no es capaz de perturbar mi sosiego. A dios, amigos míos.

Tony Foster suspiró levantando los ojos y las manos ácia el cielo. El alquimista dijo que iba á continuar aquella noche una esperiencia de grande importancia, y Foster y Varney se separaron para entregarse al reposo.

(1) Hospital de los locos en Londres.

CAPITULO XXIII.

« Ahora; que Dios me ayude en esta cruel peregrinacion! He desechado léjos de mí la esperanza de todo socorro humano. ¡Oh! ¿quien pudiera desear ser muger.... esa criatura lamentable, desolada, tierna y fiel? La muger se vé tratada con dureza por aquellos mismos á cuya ternura tiene mas derecho, y todas sus bondades no sirven sino para hacer á los hombres ingratos. »

La Peregrinacion de amor.

ACABABA el dia; y temiendo, si diferia su ausencia, escitar investigaciones en una casa tan recelosa como el castillo de Cumnor, Juanita se dió prisa en volver, y subió al cuarto en que habia dejado á la condesa. Hallóla apoyada la cabeza en los brazos cruzados sobre una mesa, y entró Juanita sin que ella levantara los ojos ni hiciese el menor movimiento.

Esta fiel criada corrió ácia su ama como un relámpago, y sacandola de su abatimiento la preguntó que era lo que la habia puesto

en aquel estado. La infeliz Amy levantó la cabeza, y mirando á su compañera con gran tristeza la dijo: — Juanita, ya la he bebido.

— ¡Bendito sea Dios! dijo Juanita. Quiero decir que bendito sea Dios, porque nada ha sucedido. La bebida no puede hacer á vm. mal. Levantese vm., y sacuda ese letargo que entorpece sus miembros: no hay que desesperar.

— Dejame en paz, Juanita, dijo la condesa, dejame morir con tranquilidad. Estoy envenenada.

— No lo está vm., señora mia, no, replicó la muchacha, no lo está vm. Lo que ha bebido vm. no puede causarle daño, y he venido corriendo á toda prisa para decir á vm. que puede huir de aquí cuando guste.

— ¡Huir! dijo la desgraciada condesa levantandose de su silla, al paso que sus ojos recobraban su brillo y sus mejillas su color. Pero ¡ah! Juanita, es ya tarde.

— No, señora, no. Levantese vm., y demos cuatro pasos en el cuarto. Evite vm. que su imaginacion produzca el efecto que produciria el veneno. ¿No nota vm. haber recobrado el libre uso de todos sus miembros?

— Mi decaimiento es ya mucho menor, dijo la condesa paseándose en el cuarto, apoyada en el brazo de Juanita. Pero ¿es verdad

lo que dices? ¿no es un veneno lo que he bebido? Varney ha venido aquí luego que tú has salido, y echandome unas miradas en las que he leído mi destino, me ha ordenado beber aquella droga horrible. ¡O Juanita! ¡debe ser sin duda funesta! Jamas una bebida inocente ha sido presentada por semejante copero.

— No la creia tal vez inocente, replicó la muchacha; pero Dios confunde los designios de los malvados. Creame vm., lo juro por el santo Evangelio que nos colma de esperanzas, la vida de vm. está segura contra todos sus venenos.... Pero ¿no ha procurado vm. hacer ninguna resistencia?

— Todo estaba en silencio; faltabas tú, estaba él solo en mi cuarto, y es capaz de todos los crímenes. A condicion de que se quitase de mi presencia, he bebido lo que me ha presentado. Pero me has hablado de escaparme, Juanita: ¿podré ser acaso tan feliz?.....

— ¿Se cree vm. con fuerzas de decidirse y echar á andar?

— ¡Con fuerzas! respondió la condesa: pregunta á la cierva si, cuando los dientes del perro estan cerca de morderla, es bastante fuerte para saltar un precipicio. Tengo el ánimo suficiente para escaparme de aquí.

— Escucheme vm., dijo Juanita. Un hombre que creo firmemente que es uno de los amigos fieles de vm., se me ha presentado con diferentes disfraces, y ha procurado hablarme. Pero como me hallaba todavía dudosa, no he querido escucharle. Es aquel tendero ambulante que ha vendido á vm. varias cosas, el cojo fingido que me ha vendido los libros viejos. Siempre que salía estaba segura de tropezar con él, y los sucesos de esta tarde me han determinado á hablarle como convenia. Aguarda á vm. en la puerta secreta del parque, y se halla provisto de todo lo que es necesario para efectuar la evasion. ¿Pero se halla vm. con bastantes fuerzas y resolucion para huir?

— La que huye de la muerte sabe sacar fuerzas de flaqueza, y la que se escapa de la infamia lo hace siempre con valor. Solo el pensar que huyo del malvado que me quiere arrebatar la vida y la honra, bastaria para levantarme de mi cama hallandome en la última agonía.

— Entónces, señora, dijo Juanita, en el nombre de Dios debo dejar á vm., y confiarla á su santa guardia.

— ¿No quieres tú venir conmigo, Juanita? dijo la condesa con turbacion. ¿Vas á dejarme? ¿es esa tu fidelidad?

— Huiria con vm., señora mia, de tan buena gana como un pájaro que se escapa de la jaula, pero seria dar lugar á que se descubriese todo al momento, y á que nos siguiesen el alcance. Es preciso al contrario que yo me quede para ocultar la verdad. ¡Dios me perdone la mentira, por ser tan necesaria en esta ocasion!

— ¿Y tendré que viajar sola con un hombre que no conozco? dijo Amy. Piensalo bien, Juanita. ¿No podria ser esta alguna otra intriga mas negra y mejor calculada para separarme de tí, que eres mi única amiga y todo mi consuelo?

— No, señora, no lo crea vm., respondió Juanita con viveza. Ese jóven es sincero, es amigo del señor Tresilian, y ha venido aquí por su mandato.

— Si es amigo del señor Tresilian, dijo la condesa, me fiaré en su proteccion como en la de un ángel enviado del cielo, pues jamas ha podido echar en cara ninguno á Tresilian la bajeza ni el egoismo. Olvidabase al revés de sí mismo cuando podia servir á los otros. ¡Ah! ¡y como ha sido recompensado!

Reuniéron á toda prisa las pocas cosas indispensables que convenia que la condesa llevase consigo. Juanita hizo con todo, diestra

y prontamente, un atadito en el que no se descuidó de incluir todas las alhajas que encontró, y sobre todo los diamantes, que juzgó con razon podian ser muy del caso para salir de apuros. La condesa de Leicester cambió despues sus vestidos con los que Juanita solia llevar cuando hacia algun corto viage; porque les pareció necesario dar de mano á todo lo que pudiera hacerla notar. Mientras se hacian estos preparativos, habia salido la luna, y todos los habitantes de aquella casa estaban durmiendo, ó por lo menos se habian retirado á sus respectivos cuartos. Ningun obstáculo presentaba por otra parte la salida de la casa y de la huerta, con tal que la ejecutasen en silencio. Tony Foster se habia acostumbrado á mirar á su hija, como un pecador á quien remuerde su conciencia miraria al ángel de su guarda que continnase en protegerle á pesar de sus maldades. Su confianza en ella no tenia límites: Juanita era dueña de todas sus acciones durante el dia, tenia una llave de la puerta trasera del parque, de modo que podia ir al pueblo cuando queria, ya para los asuntos domésticos de qué estaba encargada, ya para cumplir con los deberes piadosos de su secta. Verdad es que la hija de Foster gozaba de toda esa libertad con espresa condicion de no abusar de ella

jamás para dejar salir á la condesa, porque se habian concebido en esta parte algunos temores, desde que manifestó su impaciencia con motivo de las restricciones y cortapisas que la habian impuesto. Las horribles sospechas escitadas por la escena de la tarde apenas bastaron á decidir á Juanita á violar su palabra, ó á frustrar la confianza de su padre. Pero despues de lo que habia visto, se encontraba no solamente disculpada, sino forzosamente impelida á emplear todo su poder en poner en salvo á su señora, dando de mano á toda consideracion.

La condesa fugitiva y su criada atravesaron corriendo una senda que unas veces quedaba á oscuras por las ramas de los árboles que se entrelazaban sobre sus cabezas, y otras recibia una luz incierta y engañosa de los rayos de la luna por los claros que habia entre los árboles. Se hallaba el camino interceptado á cada paso por los árboles que habia abatidos, ó por las grandes ramas que habian quedado allí esparcidas, hasta que pudiesen reunir las para el consumo diario de la casa.

La fatiga y las sensaciones penosas de la esperanza y del temor debilitaron de tal modo las fuerzas de la condesa, que se vió precisada Juanita á rogarla que se detuviese un rato á descansar. Sentáronse las dos al pié de una

antigua encina, y volviéron naturalmente los ojos ácia el castillo que dejaban á la espalda. Su espaciosa fachada se distinguia á pesar de la oscuridad y la distancia; las chimeneas, las torres y el relox se elevaban sobre los tejados, y se dibujaban sobre el azul oscuro del cielo. Una sola luz brillaba en medio de las tinieblas. Estaba tan baja, que mas bien parecia salir de un sótano que de alguna ventana. Asustóse la condesa.

— Nos siguen, dijo, mostrando á Juanita la claridad que habia causado su inquietud.

Menos asustada que su ama, observó Juanita que la luz permanecia inmóvil, y dijo luego que aquella claridad salia de la celda en que el alquimista hacia sus esperiencias secretas, añadiendo: — Es de aquellos que se levantan y velan la noche para cometer la iniquidad. Un azar funesto envió aquí á un hombre que, mezclando en todos sus discursos la esperanza de los tesoros de la tierra con las ideas de una ciencia sobrenatural, reúne cuanto basta para seducir á mi padre. El buen señor Holdforth tenia razon en decir (pienso que lo decia para que algunas personas de nuestra casa se aprovecharan de la leccion): — Hay gentes que prefieren como el malvado Acab dar oidos á los sueños del falso profeta Zedequias, en lugar de escuchar las pa-

labras de aquellos por medio de los cuales ha hablado el Señor. Insistia sobre eso añadiendo: — ¡ Ah! hermanos míos, hay entre vosotros muchos Zedequias, hombres que os prometen las luces de su ciencia carnal, si quereis abandonar la razon que viene del cielo. ¿ Valen acaso mas que el tirano Naas, que pedia el ojo derecho de cada uno de cuantos estaban sometidos á él?...

¿ Quien sabe hasta que término y punto la memoria hubiera podido asistir á la linda puritana en la recapitulacion del discurso del señor Holdforth, si la condesa no la hubiera interrumpido para asegurarla que se hallaba ya en disposicion de caminar hasta llegar á la puerta del parque, sin necesidad de detenerse alguna otra vez?

Continuáron pues huyendo con mas resolucion. Juanita se atrevió á preguntar por la primera vez á su ama ácia que lado pensaba dirigir sus pasos. No recibiendo al pronto ninguna respuesta, porque quizá entre la confusion de sus ideas este objeto importante de deliberacion no le habia ocurrido aun á la condesa, Juanita añadió: — Probablemente ácia la casa paterna, en donde está vm. cierta de encontrar seguridad y proteccion.

— No, Juanita, dijo triste la dama, he dejado el castillo de Lidcote con un corazon

feliz y un nombre honroso. No volveré á él sino cuando el permiso de mi esposo y la publicacion de mi matrimonio me restituyan á mi familia y á los lugares que me viéron nacer, con todos los honores y todas las distinciones de que me ha colmado.

— ¿Adonde irá vm. pues, señora? dijo Juanita.

— A Kenilworth, hija mia, dijo la condesa con resolucion; iré á ver esas fiestas, esas magnificencias reales, cuyos preparativos meten tanto ruido en el mundo. Me parece que cuando la reina de Inglaterra está festejada en el palacio de mi marido, la condesa de Leicester no debe ser un huésped importuno.

— Ruego á Dios que sea vm. muy bien recibida, dijo Juanita.

— Abusas de mi situacion, Juanita, y pierdes de vista la tuya, dijo la condesa muy enfadada.

— ¡Ah! respondió triste la muchacha, ¿se ha olvidado vm. de que el noble conde ha dado las órdenes mas severas de ocultar su casamiento, para conservar su favor en la corte? ¿Puede vm. creer que su repentina aparicion en su castillo, en tales circunstancias y delante de tales testigos, le ha de ser agradable?

— Tú piensas que no le haré honor, dijo la condesa; suelta mi brazo, puedo andar sin socorro y obrar sin tus consejos.

— No se enfade vm. conmigo, dijo Juanita, y permitame vm. que la sostenga todavía: es áspero el camino, y no está vm. acostumbrada á andar á oscuras.

— De ese modo, dijo la condesa enfadada todavía, supones que el conde de Leicester es capaz de favorecer y quizá de haber ordenado los atentados horribles de tu padre y de Varney, de que hablaré al noble conde.

— Por el amor de Dios, señora, no culpe vm. á mi padre en su relacion, dijo Juanita; que sirvan de espiacion mis servicios, aunque son tan limitados.

— Cometeria la mayor injusticia si pudiese obrar de otra manera, mi querida Juanita, dijo la condesa que recobró de repente su tono ordinario. Sí, Juanita, jamas diré una palabra que pueda perjudicar á tu padre; pero bien ves, hija mia, que mi único deseo es el de abandonarme á la proteccion de mi esposo. La perversidad de las personas que me rodeaban me ha obligado á huir de la habitacion que él me habia destinado; pero en esto solo dejaré de obedecerle. No quiero apelar sino á él; solo por él quiero ser guardada y protegida. Yo no he manifestado á

alma viviente, ni lo haré jamas sin su permiso, los nudos secretos que unen nuestros corazones y nuestra suerte. Quiero verle y recibir de su misma boea las reglas é instrucciones de mi conducta futura. No te empeñes en combatir mi determinacion, Juanita, pues será tiempo perdido, y machacar en hierro frio. Si he de decirte la verdad, estoy decidida á saber cual es mi suerte, sin mas dilaciones, de los labios mismos de mi esposo. Quiero ir á buscarle á Kenilworth; este es el medio mas seguro de cumplir mi designio.

Juanita, calculando en su mente las dificultades y la incertidumbre inseparables de la posicion de su infeliz señora, se inclinaba á la opinion contraria á la que acababa de manifestar. Empezaba por tanto á pensar que, bien considerado todo, el primer deber de la condesa, abandonando la habitacion que su esposo la habia destinado, era ir á encontrarle para disculpar su conducta.

Conocia quanto importaba al conde que su casamiento permaneciese secreto, y que haciendo sin su consentimiento alguna cosa que podia hacerle público, la condesa se esponia á escitar toda la indignacion de su esposo. Si volvía á casa de su padre sin manifestar su rango, semejante situacion causaria necesariamente en su honor los mas funestos efec-

tos; y si le manifestaba, podria seguirse inmediatamente entre Leicester y ella una desunion completa. Por otra parte, en Kenilworth podia defender su propia causa; y aunque no tenia en él tanta confianza como la condesa, no le creia tampoco capaz de tener parte alguna en los proyectos criminales de sus hechuras. La condesa se escapaba de entre sus manos, y Juanita sabia que todos los medios les serian buenos para ahogar sus justas quejas. Pero aun pensando lo peor que pudiera suceder, y suponiendo que la rehúsase el conde toda justicia y proteccion, sin embargo en Kenilworth tendria siempre, para poder hacer pública la injusticia que se le hacia, á Tresilian por abogado, y á la reina por juez; pues Juanita habia aprendido todo esto en la corta conferencia que tuvo con Wayland. Asi es que aprobó que fuese su señora á Kenilworth, y la recomendó no obstante la mayor prudencia para hacer saber á su esposo su llegada.

— ¿Y has tomado tú misma todas tus medidas, Juanita? dijo la condesa: ¿este guia á quien me voy á confiar, sabe cual es mi situacion? ®

— De mí no ha podido saber nada, dijo Juanita, y no creo que sepa mas que lo que generalmente piensan todos los demas.

— ¿Que piensan pues? preguntó Amy.

— Que ha abandonado vm. la casa de su padre; pero volverá vm. á enfadarse contra mí, si continuo, dijo Juanita interrumpiéndose.

— No, continua, dijo la condesa, preciso es que yo aprenda á oír los rumores vagos que ha ocasionado mi imprudencia. Piensan tal vez que he abandonado la casa de mi padre por seguir á un amante á quien me unan lazos ilegítimos. Es un error que se desvanecerá luego; sí, pronto se desengañarán, porque estoy resuelta á vivir con una reputacion muy buena, ó á dejar de existir. ¿Piensan segun eso que soy la querida de Leicester?

— Los mas creen que lo es vm. de Varney, dijo Juanita. Sin embargo algunos piensan que no es mas que una cobertera con la que oculta el conde sus placeres. Alguna cosa ha transpirado acerca de los gastos excesivos que ha hecho para amueblar este castillo, y semejante profusion no está al alcance de la fortuna de un Varney; pero esta última opinion no es general. Cuando se trata de un personage tan elevado, nadie se atreve á manifestar su opinion ni sus sospechas, temiendo ser castigado por la *cámara de la Estrella*, por haber calumniado á la nobleza.

— Hacen bien en hablar con sordina, dijo

la condesa, los que puedan creer que el ilustre Dudley es cómplice de un miserable como Varney.... Hemos llegado á la puerta del parque. ¡Ah! ¡Juanita querida, es preciso que me despida de tí! No llores, hija mia, dijo procurando ocultar con una alegría aparente la repugnancia que tenia de separarse de su criada fiel. Y cuando volvamos á vernos, que encuentre yo, Juanita, en lugar de ese fichú sencillo que tienes ahora, un encaje bordado que deje ver tu cuello hermoso. Deja ese corsé, que solo puede ser bueno para una dueña, poniendo en su lugar otro de paño de seda ó de terciopelo. En mi cuarto encontrarás muchas cosas que te regalo de muy buena gana. Es preciso que te vistas y te adornes bien, pues aunque no eres ahora mas que la criada de una dama desgraciada y errante, sin nombre ni reputacion, cuando nos volvamos á ver, ya será otra cosa. Será preciso que tus trages convengan á la que ocupará el primer lugar en la amistad y en la casa de la primera condesa de Inglaterra.

— ¡Dios la escuche á vm., señora mia, y permita, no que me vista yo con mayor lujo, sino que podamos las dos poner nuestros corsés sobre corazones mas tranquilos y contentos!

Durante esta conversacion la cerraja de la

puerta secreta, despues de una vigorosa resistencia, habia cedido á la llave de Juanita, y se encontró la condesa, temblando en su interior, fuera de las paredes que su marido le habia designado como el límite de sus paseos. Wayland las aguardaba con la mayor inquietud, ocultandose detras de los árboles que habia á los lados del camino.

— ¿Está todo pronto? le dijo Juanita cuando se acercó á ellas.

— Todo, respondió él; pero no he podido hallar un caballo para la señora. Gil Gosling, cobarde publicano, no me ha querido dar uno por ningun dinero, temiendo, decia, las resultas. Pero no importa, irá en el mio, y yo la acompañaré á pié hasta que pueda encontrar otro. No podrán perseguirnos, si no se olvida vm. de la leccion, Juanita hermosa.

— No la olvidaré, como no olvidó la viuda de Tekoa las palabras que Joab puso en su boca, respondió Juanita; diré mañana que mi señora no puede levantarse.

— Sí, y que está indispuesta, que tiene dolor de cabeza y agitado el corazon, y u e quiere que la dejen sola. Nada temas; al instante caerán en lo que es, y no te preguntarán nada, porque conocen la enfermedad.

— Pero descubrirán pronto mi ausencia,

dijo la condesa, y matarán á Juanita por vengarse. Mas quiero volverme atras que dejarla en semejante riesgo.

— No se inquiete vm. por eso, respondió Juanita. ¡Ojalá estuviese vm. tan segura de ser bien recibida por aquellos á quienes debe dirigirse, como lo estoy yo que mi padre, por mas enfadado que esté contra mí, no permitirá que me hagan el menor mal!

Colocó Wayland á la condesa sobre su caballo, poniendo su capa al rededor de la silla para que formase un asiento cómodo.

— ¡A dios, y que la bendicion del cielo acompañe á vms.! dijo Juanita volviendo á besar la mano á la condesa, que le contestó con cariño. En fin se separaron, y Juanita, volviendose ácia Wayland, dijo: ¡Que trate á vm. el cielo, cuando le implore en sus necesidades, del mismo modo que trate vm. á esta dama tan injustamente perseguida y tan desprovista de socorros!

— ¡Así sea, hermosa Juanita! dijo Wayland. Creame vm., corresponderé á su confianza de un modo que merezca que esos lindos ojos, con ser tan devotos, me miren con mas agrado cuando nos volvamos á ver.

Las últimas palabras de esta despedida fueron pronunciadas en voz baja. Juanita no

dió una respuesta directa; pero sus miradas, dirigidas sin duda por su deseo de contribuir cuanto podia á la seguridad de su señora, eran tiernas, y no debieron destruir las esperanzas que anunciaba el discurso de Wayland. Entró por la puerta secreta, y la cerró por dentro. Wayland cogió la brida del caballo, y la condesa y él diéron principio en silencio á su viage.

Por mas diligencia que quiso hacer Wayland, era sin embargo tan lenta aquella manera de caminar, que cuando empezó á amanecer, aun no se habian alejado mas que diez millas de Cumnor.

— ¡Que cargue el diablo con todos los posaderos pródigos de buenas palabras! dijo el artista no pudiendo ocultar mas largo tiempo su despecho y su inquietud. Si ese traidor Gil Gosling me hubiese redondamente dicho hace dos dias que no contase con él, hubiera hecho diligencias por otro lado; pero tienen tal costumbre de prometer cuanto les piden, que puntualmente cuando es preciso herrar el caballo, dicen que no tienen herraduras. A haber sabido esto, me hubiera yo compuesto de treinta maneras. Para una ocasion semejante no habria tenido reparo alguno en echar mano de un caballo del pueblo vecino, y con devolverle inmediatamente al

alcalde de barrio, era un asunto concluido. ¡Maldito sea quien ponga los piés en la tal posada de *el Oso negro!*

Procuraba la dama tranquilizar á su guia, diciendole que, cuando hubiese amanecido, podrian caminar mas á prisa.

— Es cierto, señora, respondió él; pero con la claridad del dia podrán notarnos otras personas, lo que puede ser muy incómodo al empezar nuestro viage. Poco me importaria eso si nos hallásemos mas léjos; pero el condado de Berk, desde que conozco el pais, está cubierto de genios malignos que se acuestan tarde y se levantan temprano, con solo el objeto de observar las acciones de todo el mundo: esa raza maldita me ha puesto en peligro muchísimas veces. Pero no se asuste vm., bella señora, añadió; el ingenio, por poco que le favorezca la ocasion, sale siempre con felicidad de cualquier mal paso.

Los recelos de Wayland hicieron en la condesa mas impresion que los consuelos que juzgó conveniente añadir. Miraba á todos lados recelosa é inquieta, y segun iba el horizonte arbolando el oriente con mas vivo colorido y anunciando la salida del sol, se imaginaba á cada paso que la claridad del dia los entregaria á la venganza de sus persegui-

dores, ó que su viage iba á ser interrumpido por algun obstáculo insuperable.

Wayland Smith, notando sus temores, y sintiendo haberlos causado, empezó á caminar delante de ella, manifestandose de buen humor. Unas veces hablaba á su caballo como quien sabia el idioma de las caballerizas, otras solfeaba en voz baja retazos de letrillas; aseguraba despues á la dama que no habia peligro ninguno, y al mismo tiempo miraba por todos lados para descubrir si habia á la vista alguna cosa que pudiese desmentir sus palabras en el momento mismo en que las pronunciaba. Continuaron caminando de este modo, hasta que una rara casualidad les ofreció los medios de seguir su viage de una manera mas cómoda y con mayor celeridad.

CAPITULO XXIV.

RICARDO. ¡Un caballo! ¡un caballo!
¡mi reino por un caballo!

CATESBY. Milord, voy á dar á vñ. un
caballo.

RICARDO III.

PASABAN nuestros viageros por una grande arboleda que se hallaba al borde del camino, cuando se ofreció á su vista la primera alma viviente que encontraron desde su salida de Cumnor. Era un muchacho rústico, tonto al parecer y criado de algun labrador. Tenia la cabeza descubierta, un vestido ceniciento, caídas las calcetas, y unos zapatos enormes. Tenia por la brida lo que mas necesitaban en el mundo, es decir un caballo con silla de muger, y las demas cosas necesarias. El patañ se acercó á Wayland preguntandole: ¿Señor, son vñs.?

— Si por cierto, nosotros somos, amigo mio, respondió Wayland sin vacilar un solo instante. Preciso es confesar que cualquiera otro mas escrupuloso que el ex-brujo hubiera caido en la tentacion. Al decir esto, cogió la brida del caballo de las manos del muchacho,

dores, ó que su viage iba á ser interrumpido por algun obstáculo insuperable.

Wayland Smith, notando sus temores, y sintiendo haberlos causado, empezó á caminar delante de ella, manifestandose de buen humor. Unas veces hablaba á su caballo como quien sabia el idioma de las caballerizas, otras solfeaba en voz baja retazos de letrillas; aseguraba despues á la dama que no habia peligro ninguno, y al mismo tiempo miraba por todos lados para descubrir si habia á la vista alguna cosa que pudiese desmentir sus palabras en el momento mismo en que las pronunciaba. Continuaron caminando de este modo, hasta que una rara casualidad les ofreció los medios de seguir su viage de una manera mas cómoda y con mayor celeridad.

CAPITULO XXIV.

RICARDO. ¡Un caballo! ¡un caballo!
¡mi reino por un caballo!

CATESBY. Milord, voy á dar á vñ. un
caballo.

RICARDO III.

PASABAN nuestros viajeros por una grande arboleda que se hallaba al borde del camino, cuando se ofreció á su vista la primera alma viviente que encontraron desde su salida de Cumnor. Era un muchacho rústico, tonto al parecer y criado de algun labrador. Tenia la cabeza descubierta, un vestido ceniciento, caidas las calcetas, y unos zapatos enormes. Tenia por la brida lo que mas necesitaban en el mundo, es decir un caballo con silla de muger, y las demas cosas necesarias. El patañ se acercó á Wayland preguntandole: ¿Señor, son vñs.?

— Si por cierto, nosotros somos, amigo mio, respondió Wayland sin vacilar un solo instante. Preciso es confesar que cualquiera otro mas escrupuloso que el ex-brujo hubiera caido en la tentacion. Al decir esto, cogió la brida del caballo de las manos del muchacho,

y casi en el mismo momento ayudó á la condesa á apearse de su caballo y subir sobre el que la ofrecia la casualidad. En fin todo se pasó de un modo tan natural, que la condesa, segun despues se supo, de ningun modo dudó que este caballo hubiese sido traído allí por la precaucion de su guía ó de alguno de sus conocidos.

Al mismo tiempo el pobre tonto, que se veía desembarazado tan pronto de su depósito, empezó á morderse los labios y á rascarse la cabeza, sintiendo algun remordimiento de abandonar el caballo sin una esplicación suficiente.

— Estoy seguro de que son ellos, decia entre dientes; pero debieras haber dicho *Haba*, ¿no es verdad?

— Sí, sí, dijo Wayland á tientas, y tú *Jamon*, ¿no es cierto?

— No, no, veamos: *Arveja* debia yo decir.

— Pues bien, dijo Wayland, que sea enhorabuena *Arveja*, si tú quieres, aunque *Jamon* hubiera sido mejor contraseña.

Hallandose entónces á caballo, tomó la brida de las manos del patan, que dudaba aun si debia entregarla, y arrojándole una moneda de plata, procuró reparar el tiempo perdido corriendo á galope, y quitandose de cuentos. El muchacho quedó á la bajada

de la cuesta que subian nuestros viajeros, y Wayland observó que permanecia inmóvil como un poste, con las manos en la cabeza, y con la vista vuelta ácia ellos. Al fin al acabar de subir la cuesta, le vió bajarse á recoger la moneda que le habia dejado.

— Esta es una fortuna loca, dijo Wayland, el caballito va muy bien, y podrá seguir hasta que pueda yo lograr otro tan bueno. Entónces le enviaremos para evitar que le reclamen.

Pero se equivocaba grandemente en sus cálculos, y el destino, que les pareció desde luego tan favorable, les dió despues motivo de temer que el incidente de que Wayland se gloriaba así, podia acarrearles una ruina completa.

Apénas habian andado una milla despues del encuentro con el muchacho, cuando oyéron á sus espaldas á un hombre que se desgañitaba gritando:

— ¡Al ladron! ¡detente, ladron! y otras exclamaciones semejantes. Como le remordia á Wayland la conciencia, con facilidad sospechó que eran estas las resultas de la aventura que acababa de sucederle.

— Mas cuenta me hubiera tenido, decia, andar en pernetas toda mi vida; nos persiguen de muerte, y no hay remedio, soy un hombre perdido. ¡Ah! ¡Wayland! ¡pobre

Wayland! mas de cuatro veces te ha pronosticado tu padre que los caballos te conducirian algun dia á la horca. Si vuelvo alguna vez á encontrarme sano y salvo entre los tratantes de caballos de Smithfield ó de Sumball-Street, que me ahorquen tan alto como el campanario de San Pablo, si me mezclare jamas de los asuntos de los grandes, los caballeros ó las damas.

En medio de tan tristes reflexiones volvió la cabeza á ver quien le perseguia, y se encontró muy consolado al ver que era solo un hombre á caballo; se acercaba con una rapidez que no les permitia pensar en escaparse, aun cuando la condesa se hubiera hallado en disposicion de continuar á carrera tendida.

— Las fuerzas son iguales por ámbos lados, decia entre sí Wayland, pues somos uno contra otro, y el que nos persigue mas parece un mico que un caballero. Si llegase el caso, pronto le derribaria por tierra. Pero creo que su mismo caballo va á ahorrarme ese trabajo, pues viene desbocado. ¿Y por que demonios inquietarme? dijo reconociendole de repente: es el tenderillo de Abingdon.

Asi era la verdad; no se habia equivocado Wayland, á pesar de la lejanía. El caballo del buen tendero, que era vigoroso, habiendo sentido la espuela y notando dos caballos

que iban al parecer aprisa con alguna distancia, echó á correr con una rapidez que rompió enteramente el equilibrio del ginete. Este no solamente alcanzó sino pasó á carrera á los que perseguia, sin cesar de tirar la brida y gritar: — ¡Detente, detente! exclamacion que mas bien parecia dirigida á su caballo que á los que dejaba á la espalda. Con la misma prontitud anduvo casi media milla ántes de poder detenerle: en fin volvió ácia nuestros viageros, componiendo lo mejor que podia su vestido, y procurando disimular, mostrandose audaz y enfadado, la confusion y el pesar que se habian estampado en su semblante durante su carrera imprevista.

Wayland previno á la condesa que no se asustase, añadiendo: — Este es un mentecato, y le trataré como tal.

Luego que el tendero recobró su aliento y su valor para presentarse delante de ellos, ordenó á Wayland, amenazandole, le entregase su caballo.

— ¡Como es eso! dijo Wayland con énfasis y en un tono trágico, ¿nos detienen y nos piden nuestra hacienda en un camino real? Vamos, sal de tu vaina, mi Excalibar, y haz ver á ese bravo caballero que la fuerza de las armas decidirá esta contienda.

— ¡Alto ahí! ¡socorro! ¡que me socorran

los hombres de bien! Me quieren privar de lo que legítimamente me pertenece.

— ¡En vano invocas tus dioses, pagano infame! quiero cumplir mi designio á riesgo de perecer. Has de saber sin embargo, tenderrillo de morondanga, que soy el tendero ambulante á quien te has jactado de querer robar sus efectos en la llanura de Maiden Castle; y así prepárate al punto al combate.

— Lo dije solamente chanceandome, dijo Goldthred: soy un ciudadano honrado, un mercader, y no soy capaz de asaltar á nadie en un camino.

— En tal caso, á fé mia, tendero terrible, siento haber hecho voto de coger tu caballo la primera vez que te encontrase, y de regalarle á mi querida, á no ser que quieras recobrarle con las armas en la mano; pero está ya echado el fallo, y todo lo que puedo hacer en tu favor es dejar el caballo en Donnington en la primera posada.

— Pero aseguro á vm., dijo el tendero, que es el caballo sobre el que debía llevar hoy mismo á Juana Hackam de Shottesbroock á la iglesia parroquial, cerca de aquí, para cambiar su apellido por el de madama Goldthred. Ha saltado por la ventanita del granero de Gaffer Thackam, y está en el sitio en que debía encontrar el caballo, con su capa

de camelote, y su látigo con mango de marfil, tan chasqueada como la muger de Loth. Suplico á vm. por Dios que me vuelva mi caballo.

— Lo siento, dijo Wayland, por la bella señorita y por tí, mercader ilustre, pero es preciso que se cumplan los hados: encontrarás tu caballo en Donnington, en la posada de *el Angel*; es cuanto en conciencia puedo hacer en tu favor.

— ¡Maldita sea tu conciencia! dijo el tendero afligido: ¿quieres que la novia vaya á pié hasta la iglesia?

— Ponla á las ancas, sir Goldthred, respondió Wayland; con eso se le calmarán los fuegos á tu caballo.

— Sí, ¿y si no dejase vm. mi caballo, según su intencion? preguntó Goldthred que iba ya acobardandose demasiado.

— Mis fardos quedan en rehenes en casa de Gil Gosling, en el cuarto que yo habitaba, y contienen terciopelos, tafetanes, damascos, rasolisos, encajes.....

— ¡Basta! ¡basta! dijo el tendero, el diablo me lleve si hay la mitad de lo que vas ensartando; pero en mi vida volveré á dejar mi pobre Bayardo en manos de ningun palurdo.

— Como vm. quiera, señor Goldthred, y con esto quedese vm. con Dios. Buen viage,

añadió continuando á andar con la condesa, mientras el tendero aturrullado se iba mucho mas despacio de lo que habia venido, buscando excusas que poder dar á su triste novia que aguardaba á su animoso amante en medio del camino real.

— Me parece, dijo la dama, que el original de que acabamos de separarnos me miraba como si me hubiese visto ántes de ahora, y sin embargo me he cubierto la cara lo mejor que he podido.

— Si pudiera pensarlo, dijo Wayland, volveria atras para romperle los cascos, y no temeria trastornarle el seso, porque no tiene ninguno. Pero es lo mejor seguir nuestro camino: dejáremos en Donnington el caballo de ese necio, para quitarle la gana de perseguirnos, y cambiáremos de trages para mayor seguridad.

Los viageros llegaron á Donnington sin ningun contratiempo, y era necesario que la condesa pasase allí algunas horas de reposo. En este intervalo se dispuso Wayland con prontitud y destreza á tomar las medidas capaces de asegurar el buen éxito de su viage.

Despues de haber cambiado su capa por un sobretodo, llevó el caballo de Goldthred á la posada de *el Angel*, que estaba al otro lado del pueblo. Por la mañana, mientras

hacia otras diligencias, vió que se llevaba el caballo el tendero mismo, que habia acudido al frente de unos cuantos hombres que habia armado contra los ladrones para reconquistar su hacienda á la fuerza. Se le entregaron sin que le costase mas que una buena cantidad de ale, que bebiéron sus auxiliares, que debian tener buena sed despues de la marcha, y sobre cuyo precio sostuvo Goldthred una disputa con el alcalde de barrio que habia llamado en su socorro para poner en marcha las gentes del condado.

Habiendo hecho esta restitucion justa y prudente, compró Wayland para la dama y para él dos vestidos completos con que disfrazarse. Resolviéron ademas que durante el viage pasaria la condesa por hermana de su guia.

Un buen caballo muy manso, que podia correr parejas con el de Wayland, completó los preparativos del viage. Wayland los pagó de los fondos que Tresilian le habia dado con este objeto. De este modo, habiendo descansado la condesa algunas horas, prosiguieron su camino, cerca del mediodia, con ánimo de ir á Kenilworth con la prontitud posible por Coventry y Warwick; pero no debian ir muy léjos sin encontrar nuevos motivos de inquietud.

Es preciso decir aquí á nuestro bondadoso lector, que el posadero de Donnington habia informado á nuestros fugitivos de que una compañía alegre que debia, á su parecer, representar algunos de los disfraces ó comedias que hacian parte de las diversiones que se ofrecian ordinariamente á la reina en los viages de la corte, habia salido de Donnington, una ó dos horas ántes, para ir á Kenilworth. Con este aviso habia imaginado Wayland que reuniendose, si era posible, á aquella compañía, luego que la alcanzasen en el camino, serian notados mucho menos que continuando solos su viage.

Comunicó esta idea á la condesa, la que deseando solo llegar á Kenilworth sin interrupcion, dejó á su arbitrio el adoptar los medios de conseguirlo. Picáron las espuelas para alcanzar á los cómicos y caminar con ellos. Acababan de descubrir la caravana, compuesta de gente de á pié y á caballo, que llegaba á la cima de una montaña que distaba de allí media milla, cuando Wayland, que observaba con la mayor atencion por todas partes, notó que venia un hombre por detras á caballo: le acompañaba un criado, que no pudiendo seguir el trote largo del caballo de su amo, se veia precisado á galopar con el suyo. No fué nada agradable á Wayland este

encuentro; volvió á mirar turbado ácia atras, y dijo asustado á la condesa:

— Es el famoso troton de Ricardo Varney, le reconoceria entre mil caballos. Peor es esto que encontrar al tenderillo de Abingdon.

— Desenvaine vm., le dijo Amy, y atravieseme las entrañas mas bien que dejarme entre sus manos.

— Las tuyas ó las mias atravesaria primero, contestó Wayland; pero á decir verdad tengo por mas conveniente no batirme, aunque sé tan bien como cualquier otro manejar la espada en llegando el caso. Pues seguramente mi espada (camine vm. mas aprisa por Dios) no vale un demonio, y la suya es una de las mejores que han salido de Toledo. Tiene consigo tambien un criado, y debe de ser sin duda el bribon de Lambourne; cabalga sobre el mismo caballo que montaba, segun dicen (por Dios un poco mas aprisa), cuando robó á un rico tratante de caballos del oeste. No quiere decir esto que tenga yo miedo de Varney ni de Lambourne (el caballo de vm. puede ir mas aprisa todavia); pero (¡ ah! no le deje vm. galopar, para que no conozcan que los tememos, y nos persigan; que vaya á trote largo), pero aunque yo no los temo, me alegraré verme libre de ellos, mas bien por astucia que por violencia. Si pudiésemos

alcanzar á los cómicos que van delante, nos podríamos reunir á ellos y desfilar sin ser notados, á no ser que Varney venga con intencion de perseguirnos.

Miéntas hablaba de ese modo, unas veces apuraba y otras retenia el caballo, temiendo manifestar que huía, y no queriendo al mismo tiempo ser alcanzado por Varney.

Subiéron de este modo la cuesta de que hemos hablado, y cuando hubiéron llegado á la cima, y viéron con sumo gusto que la caravana habia hecho alto en el centro del valle, cerca de un arroyo á cuyos lados habia dos ó tres cabañas, lo que dió á Wayland la esperanza de reunirse á ellos. Wayland estaba mas inquieto todavía, porque su compañera, aunque no se quejaba ni manifestaba temor alguno, empezó á perder el color, en términos que temia verla caer de un momento á otro del caballo. A pesar de estos síntomas de debilidad, caminó tan aprisa que alcanzaron á los cómicos en el centro del valle, ántes que Varney se descubriese en la cima de la cuesta que acababan de bajar.

Encontráron en el mayor desórden la compañía cómica. Las mugeres, desgrefñadas enteramente y con un aire serio é importante, entraban y salian sin cesar de una de las cabañas; los hombres estaban al rededor, te-

niendo los caballos por la brida, con un aire de indiferencia y estupidez que suelen tener en los asuntos en que no se necesita de ellos.

Nuestros viageros se detuviéron como por curiosidad, y despues poco á poco, sin preguntar ni ser preguntados, se mezcláron entre la compañía, como si hubiesen sido individuos de ella.

Apénas hacia cinco minutos que estaban en el valle, cuidando mucho de estar al lado del camino, de modo que los otros viageros estuviesen entre ellos y Varney, cuando el primer caballero del lord Leicester y Lambourne bajáron con rapidez la cuesta; los hijares de los caballos y las espuelas daban muestras sangrientas de la velocidad con que caminaban. El exterior de las personas detenidas al rededor de las cabañas, sus diferentes trages, el carricoche en que llevaban las decoraciones y los diferentes objetos raros y fantásticos que tenian en las manos, diéron al punto á conocer á los viageros la profesion de la compañía.

— ¿Son vms. cómicos? dijo Varney: ¿van vms. á Kenilworth?

— Sí, caballero, respondió uno de los actores.

— ¿Y como diablos se detienen vms. aquí, dijo Varney, siendo asi que, por mucha

prisa que se den, apénas llegarán á tiempo á Kenilworth? La reina come mañana en Warwick, ¿y se estan vms. con esa cachaza, bribones?

— En verdad, señor, dijo un mocito que tenia una máscara y un sobretodo, dos cuernos colorados, un vestido de jerga negra atado con una cuerda, medias coloradas, y zapatos que imitaban los piés hendidos del diablo; en verdad que ha dado vm. en el hito. Mi padre el diablo se ha sentido con dolores de parto, y ha retardado nuestro viage para aumentar la compañía dando á luz un diablillo de mas.

— ¡Como, el diablo! dijo Varney con una sonrisa cáustica.

— Dice bien el muchacho, añadió el que habia hablado el primero; nuestro diablo capitau, pues este es un vicediablo solamente, se halla en este instante en ese *tugurium* invocando á Lucina.

— ¡Por San Jorge, ó mas bien por el dragon, que probablemente es pariente del diablillo futuro, he aquí un azar de los mas cómicos! dijo Varney. ¿Que te parece, Lambourne? ¿quieres por esta vez servir de padrino? Si el diablo tiene que escoger un padre, te debe dar la preferencia.

— Escepto cuando se hallan presentes mis

superiores, dijo Lambourne con el desenfado respetuoso de un criado que sabe que sus servicios son indispensables, y que le sufren sus chocarrerías.

— ¿Como se llama ese diablo ó esa diabla que ha escogido tan mal el tiempo? dijo Varney. Necesitamos todos nuestros actores.

— *Gaudet nomine Sibyllæ*, dijo el primer interlocutor. Se llama Sibila Laneham, muger de Ricardo Laneham.

— ¿El escribano de cámara del consejo? dijo Varney. ¡Como! no tiene excusa ninguna: con la esperiencia que tiene, pudiera haber tomado mejor sus medidas. Pero ¿quienes eran el hombre y la muger que han subido la cuesta con tal celeridad hace un instante? ¿son de la compañía?

Wayland iba á arriesgarse respondiendo á tan maldita pregunta, y el diablillo volvió á meter su cucharada.

— Si vm. me lo permite, dijo acercandose á Varney, y hablando de modo que no le oyesen sus compañeros, el hombre es nuestro primer diablo, que puede dar quince y falta á Sibila Laneham, y la muger, si vm. me lo permite, es la partera cuyo socorro es necesario en el momento á nuestra compañera.

— ¡Como! ¿tienen vms. aquí la partera? dijo Varney. Bien se veia en la prisa con que

caminaba, que iba adonde tenían gran necesidad de ella. ¿Tienen vms., según eso, otro miembro de Belcebú para reemplazar á mistress Laneham?

— Sí, por cierto, dijo el bribonzuelo: no son tan raros en este mundo como su eminencia podría suponerlo. Ese buen demonio que vé vm. ahí, va, si vm. lo permite, á arrojar algunos millares de chispas, y á vomitar delante de vm. nublados de humo, como si tuviese el Etna en el abdómen.

— No tengo tiempo de detenerme á ver esa maravilla, hijo ilustre del infierno; pero he aquí para beber durante una hora, y como dice la comedia, bendiga Dios vuestros trabajos.

Al decir esto, puso espuelas al caballo y continuó su camino.

Lambourne se detuvo un momento para registrar su faltriquera, y sacó de ella una moneda de plata que dió al diablo parlanchin, diciéndole que era para animarle á proseguir su camino ácia el fuego de las regiones infernales, de las que distinguía algunas chispas que se escapaban ya de sus ojos. Después de recibir las gracias del muchacho, puso también espuelas al caballo, y corrió tras de su amo con la rapidez del viento.

— Y ahora, dijo el diablillo astuto acer-

candose al caballo de Wayland, y dando una cabriola en el aire, que probaba su pretension al parentesco con el príncipe de aquel elemento, ahora que les he dicho quienes son vms., dígame vm. en cambio quien soy yo.

— Flibbertigibbet, ó el hijo del diablo, respondió Wayland.

— Tú estás en lo cierto, dijo Dick Sludge: aquí tienes á tu Flibbertigibbet. Me he escapado de los lazos de mi sabio preceptor, como te decia que lo haria de grado ó por fuerza. Pero ¿que dama tienes ahí contigo? He visto que te encontrabas embarazado para responder, y he acudido á tu socorro; pero es preciso que yo sepa quien es esa dama, Wayland.

— Sabrás otras cincuenta cosas mucho mejores, mi querido, dijo Wayland; pero dejate ahora de preguntas, y supuesto que vais á Kenilworth, os acompañaré por tu bella cara y tu agradable compañía.

— Pero ¿como viajarás tú con nosotros? quiero decir ¿en que calidad?

— Con el papel que tú me has designado sin duda, como jugador de manos; pues ya sabes, dijo Wayland, que lo entiendo un poquito.

— Sí, ¿pero la dama? replicó Flibbertigibbet, pues has de saber que conozco que

es dama, y que estás un si es no es inquieto por su causa.

— *Ella*, dijo Wayland, no es mas que una hermana mia; canta, y toca el laud de modo que los peces saldrian del agua por oirla.

— Quiero oirla al momento, dijo Flibbertigibbet. Me gusta mucho el laud, nada me gusta tanto, aunque no le he oido jamas.

— Siendo eso asi, ¿como te gusta? dijo Wayland.

— Del mismo modo que los caballeros andantes aman á sus queridas, por oidas, por reputacion, por capricho.

— Pues bien, sigue lo mismo por algun tiempo, hasta que mi hermana haya descansado de las fatigas de su viage, dijo Wayland añadiendo entre dientes: ¡Maldita sea la curiosidad de este enano! Pero no conviene descompadrear con él, porque nos costaria muy caro.

Despues de esta conversacion fué á ofrecer al señor Holyday sus talentos personales como juglar, y los de su hermana como cantatriz. Pidiéronle pruebas de su habilidad, y no se hizo de pencas: las dió tan convincentes, que los actores, muy satisfechos de agregar á la compañía un hombre tan útil, se contentaron con las excusas que dió para eximir de otras á su hermana.

Los reciénvenidos fuéron convidados á participar de las provisiones de viveres de la compañía, y con dificultad pudo Wayland hablar á solas á su fingida hermana mientras tomaban un bocado: dijola sin embargo que se olvidase por el momento de sus pesares y de su rango, y condescendiese en asociarse á los que iban á ser sus compañeros de viage, pues era el medio mas seguro de no ser descubiertos.

Conoció la condesa la urgencia del caso, y cuando volviéron á caminar, procuró seguir los consejos de su guia, y dirigiéndose á una cómica que estaba á su lado, manifestó mucho interes por la muger que se veian obligados á abandonar.

— ¡Oh! está bien cuidada, señora, dijo la cómica, que por su humor alegre hubiera podido ser el emblema perfecto de *la muger de Bath* (1). Mi comadre Laneham se chupa los dedos para esas cosas; ántes del noveno dia, si duran las fiestas hasta entónces, se reunirá con nosotros en Kenilworth con su chiquillo acuestas.

Habia en este discurso cierto tono libre que quitó á la condesa de Leicester la gana de se-

(1) Heroína de un cuento de Chancer, rejuvenecido por Pope.

guir la conversacion; pero habia comenzado á hablar la primera, y la dama, que en uno de los entreactos debia representar el papel de Gillian de Croydon, tuvo buen cuidado de impedir que hiciese el silencio demasiado triste el camino. Contó á su compañera muda mil anécdotas de fiestas reales, en que se habia hallado desde el tiempo de Enrique hasta aquel dia; la contó el pormenor de la acogida que habia recibido de los grandes señores, igualmente que los nombres y apellidos de todos los que representaban los principales papeles; y concluía siempre diciendo que todo aquello no valia un pepino en comparacion de las fiestas magnificas que se preparaban en Kenilworth.

— ¿Y cuando llegaremos allí? dijo la condesa con una agitacion que no acertaba á disimular.

— Los que estamos á caballo podemos llegar hoy á Warwick, y Kenilworth está á cuatro ó cinco millas de distancia. Pero será preciso aguardar á los de á pié. Sin embargo es muy probable que mi buen señor de Leicester enviará á su encuentro caballos ó coches, para que no se fatiguen en un viage á pié, que, como puede vm. hacerse cargo, es un maldito preludio para bailar delante de las gentes de la corte. He visto el tiempo en que, con

el favor de Dios, hubiera andado yo cinco leguas por la mañana, sin que eso me impidiese saltar sobre la punta del pié toda aquella noche, como el plato de estaño de un jugador que da vueltas sobre la punta de una aguja. La edad ha calmado algun tanto aquel ardor; pero si tengo buena pareja, y tocan una buena música, puedo bailar una giga tan bien y tan largo tiempo como cualquiera jovencita de Warwick, de las que para escribir su edad tienen que echar mano de un cuatro maldito y de un cero.

Si la condesa se hallaba abrumada por la locuacidad de aquella buena muger, Wayland por su parte tenia harto trabajo para sostener y evitar los diferentes ataques de la curiosidad infatigable de su conocido antiguo Ricardo Sludge. Este enano travieso era naturalmente inclinado á observar y á indagarlo todo. Husmeaba por todas partes, y no podia resistir á la tentacion de mezclarse en los asuntos que ni le iban ni le venian. Todo el dia estuvo atisbando á la condesa, y lo poco que de ella descubria no hacia mas que meter espuelas á su curiosidad, pues decia:

— Esta hermana tuya, Wayland, tiene el cuello muy blanco para haberse criado en una fragua, y unas manecitas harto lindas para haberlas empleado en hilar ó en barrer

la casa. Yo no creeré que sois hermanos, sino cuando vea salir de un huevo de cuervo un cándido cisne.

— Eres un habladorzuelo, dijo Wayland, y merecerias una zurra por tu charlataneria.

— Muy bien, dijo separandose el bribonzuelo. Eso quiere decir que me ocultas un secreto, y á fé de Dick Sludge, no nos quedaremos á deber nada en esa parte.

Esta amenaza y el haberse separado de él Hobgoblin durante el resto del dia, causó á Wayland alguna inquietud. Por esta razon sugirió á su fingida hermana la idea de pedir permiso de detenerse, á pretesto de estar cansada, ántes de llegar á la poblacion de Warwick, prometiendo alcanzar á la compañía el siguiente dia muy de mañana. La posada de un pueblecito les ofreció un asilo para descansar, y se alegró no poco Wayland de ver á los cómicos, incluso Dick Sludge, continuar su camino, despues de haberse despedido de ellos con demostraciones reciprocas de afecto.

— Si á vm. le parece, señora, dijo á su compañera de viage, saldremos mañana tempranito para llegar á Kenilworth ántes que cargue el bullicio de gentes que se agolparán de todas partes.

La condesa aprobó la propuesta de su fiel

conductor, quien estrañó mucho que nadamas le dijese ella sobre este asunto. Esta reserva dejaba á Wayland ignorar si habia formado algun plan para fijarse en lo que debian hacer, y sabia bien que exigia su posicion una conducta circunspecta, aunque no estaba enterado en todas las particularidades y circunstancias. Sin embargo infirió de aquel silencio que sin duda tenia la condesa en el castillo amigos en cuya proteccion podia fiarse, y que él cumplia con acompañarla al referido castillo, segun se lo habia ordenado varias veces.



CAPITULO XXVI.

« ¡Escuche vm. ! las campanas y las trompetas llaman á los convidados; pero la mas bella no responde. Los salones estan llenos de señores y de damas; pero la mas amable se vé forzada á ocultarse. ¿ Como has podido tú, príncipe orgulloso, dejarte engañar por el resplandor de esos brillantes meteoros, y perder aquel tacto juicioso que hace preferir el resplandor de los astros á el de un codo de luz, y la vergüenza del mérito modesto á la insolencia de las cortes? »

El Pantufo de vidrio.

LA desgraciada Amy, condesa de Leicester, habia sido tratada desde niña por los que la rodeaban con demasiado mimo, con una indulgencia ilimitada y perjudicial. La dulzura natural de su carácter la habia preservado del orgullo y de la aspereza. Pero el capricho que habia preferido el hermoso y seductor Leicester á Tresilian, en quien no podia menos de reconocer mucho honor y un afecto inal-

terable; este capricho fatal, que echó por tierra su felicidad, provenia de la ternura mal entendida con que habian omitido dar á sus pocos años la penosa pero indispensable leccion de la sumision y del respeto. Habianla acostumbrado con la misma debilidad á formar y declarar sus deseos, dejando á otros el cuidado de colmarlos; he aquí por que en la edad mas crítica de su vida se encontró incapaz de formar por sí misma un plan de conducta prudente y razonable.

Estas dificultades se aumentaron mas y mas cuando vió acercarse el dia que iba á decidir de su destino. Sin hacer caso de ninguna consideracion, habia deseado únicamente hallarse en Kenilworth en presencia de su esposo; y al hallarse cerca, las dudas y la incertidumbre acudieron á turbar su ánimo con el temor de mil peligros, reales los unos, los otros imaginarios, y todos agravados y exagerados por su posicion, y por la privacion de los consejos que hubiera necesitado indispensablemente.

El no haber dormido una noche la habia debilitado de tal suerte, que se encontró incapaz de contestar á Wayland que fué á llamarla temprano. Este guia fiel empezó á entrar en gran cuidado. Estaba casi decidido á partir solo para Kenilworth en busca de Tre-

silian, cuando á eso de las nueve fué llamado á su cuarto. La encontró dispuesta á seguir el viage, pero tan pálida, que la creyó enferma. Sin embargo le dió orden de aprestar los caballos al momento, y resistió con impaciencia á las instancias que le hizo su guia de tomar algun alimento ántes de salir. Ya me han dado, dijo, un vaso de agua. El infeliz que conducen al suplicio no necesita de otro cordial, y yo debo contentarme con él igualmente. Haga vm. lo que le digo. Wayland permanecia inmóvil, y añadió ella: ¿Que quiere vm.? ¿no me ha comprendido vm. bien?

— Perdone vm., dijo Wayland, y permítame preguntarla cuales son sus designios. Sean los que fueren, me conformaré con ellos. Todo el mundo va á Kenilworth; seria difícil que llegásemos allí, aun cuando tuviésemos los pasaportes que necesitamos. Siendo desconocidos y hallandonos sin apoyo, pudiera sucedernos algun contratiempo. Perdoneme vuestra señoría si me tomo la libertad de decirle lo que pienso. ¿No seria mejor que procurásemos encontrar los cómicos y reunirnos con ellos? Meneó la condesa la cabeza. Vamos, continuó el guia, solo veo ya un remedio.

— Dime lo que piensas, dijo ella deseando

la aconsejase lo que no hubiera osado proponer. Tengote por leal; así, ¿que consejo me das?

— Permitirme que advierta al señor Tresilian que se halla vm. aquí, dijo Wayland. Estoy seguro de que al momento vendrá acompañado de algunos oficiales de la casa de Sussex, y tomará las medidas necesarias á la seguridad de vm.

— ¡Se atreve vm. á aconsejarme que me ponga bajo la proteccion de Sussex, del rival indigno del noble Leicester! dijo la condesa. Despues viendo la sorpresa que aquellas palabras habian causado á Wayland, y temiendo haber manifestado demasiado á las claras su interes por Leicester, añadió: Y en cuanto á Tresilian, eso no puede ser. No pronuncie vm. mi nombre en su presencia; yo se lo mando á vm., porque seria aumentar mis infortunios, y rodearle de peligros de los que no pudiera escaparse. Pero notando que Wayland continuaba mirandola con cierta inquietud que manifestaba las dudas que concebía del estado de su ánimo, se revistió de un aire tranquilo, y le dijo:

— Guiame directamente al castillo de Kenilworth, y habrás hecho cuanto tenias que hacer; allí pensaré yo lo que debo hacer des-

pues. Me has servido hasta aquí con fidelidad; toma alguna cosa en recompensa.

Al decir esto ofreció al artista una sortija con un diamante precioso. Wayland la miró, vaciló un momento, y la devolvió á la condesa. — Señora, la dijo, necesito de los favores de todo el mundo, pues no soy sino un pobre trompeta, y me he visto forzado, Dios lo sabe, á valerme para vivir de medios mas bochorrosos que la generosidad de una señora como vm.; pero mi amo antiguo el albeitar solia decir á sus parroquianos: *Si no hay cura, no hay salario*; aun no hemos llegado al castillo de Kenilworth, y cuando se haya concluido el viage, tendrá vm. tiempo de pagar á su guia. Creo firmemente que está vuestra señoría tan segura de ser bien recibida á su llegada, como puede estarlo de que haré cuanto esté de mi parte por conducirla con seguridad. Voy á buscar los caballos. Permitame vm. entretanto que insista de nuevo en suplicarla, como su guia y tal vez tambien como su médico, tome algun alimento que fortifique su estómago un poco.

— Sí, tomaré alguna cosa, dijo ella con viveza: vaya vm. á disponerlo todo al momento. Es inútil que quiera yo manifestar tranquilidad, añadió cuando quedó sola; este pobre

criado descubre mi desaliento y temor, y conoce mi flaqueza.

Procuró entónces comer algo, siguiendo los consejos de su conductor, pero no pudo conseguirlo. Cuantos esfuerzos hacia para tragarse algun bocado, le causaban una incomodidad. Poco despues, estando prontos los caballos, Amy se colocó en uno de ellos, y encontró, en el aire libre y la mudanza de sitio, el alivio que suele hallarse en semejantes casos.

Sucedió, con no poca ventaja para los designios de la condesa, que como Wayland en el discurso de su vida extraordinaria y vagamunda habia atravesado la Inglaterra en todas direcciones, conocia tan bien los caminos transversales y los atajos, como los directos del rico condado de Warwick; porque la multitud de gentes que iba á Kenilworth á ver la entrada de la reina en aquella residencia magnífica de su primer favorito, era tal que los caminos principales estaban atestados, intransitables, y los viajeros no podian caminar sino dando infinitos rodeos.

Los asentistas de la reina habian recorrido el pais cargando con todas las provisiones de las aldeas y haciendas, que se exigian ordinariamente en todos los viages de la corte, y que se pagaban despues á los propietarios

tarde, mal, ó nunca. Los oficiales de la casa del conde de Leicester habian hecho una requisicion semejante en las cercanías, y muchos de sus amigos y parientes se aprovechaban de esta ocasion para insinuarse en los favores del privado, enviando muchas provisiones de toda especie, muchísimas aves, y barricas de los mejores vinos. Los caminos reales estaban cubiertos de bueyes, de carneros, de terneras y de cerdos, y asimismo de carros muy cargados, cuyos ejes rechinaban bajo su peso. Se veian precisados á hacer alto á cada paso, porque se embarazaban los tales carros unos con otros, y los carreteros, gritando y jurando con la mayor cólera, se disputaban el paso sacudiendose el polvo con sus varas y sus látigos. Estas disputas se acababan generalmente con la intervencion de algun asentista, ó de alguna persona de autoridad, que rompía la cabeza á los dos rivales.

Habia ademas actores, mimos y juglares de toda especie, que seguian en reuniones alegres los caminos que conducian al palacio *del Placer Real*; ese es el nombre que los copleos habian dado á Kenilworth en los versos que habian publicado con anticipacion sobre las fiestas que debian celebrarse. En medio de estas escenas confusas, los mendigos, manifestando sus lacerias verdaderas ó fingidas,

formaban un contraste extraño y comun al mismo tiempo entre las vanidades y los dolores de la vida humana. Una poblacion inmensa, reunida por mera curiosidad, se hallaba tambien en los mismos caminos. Aquí el artesano con su mandil de cuero se rozaba con la dama aseada y elegante: allí los aldeanos con sus zapatos claveteados pisaban los zapatitos de los hombres acomodados ó de los caballeros mas respetables. Y Juana la lechera, con sus pesados pasos y sus brazos encarnados y vigorosos, se abria paso por medio de las bonitas señoritas hijas de los caballeros y nobles.

Toda esta multitud se manifestaba alegre. Iban todos á participar del placer, y se reian de los inconvenientes y molestias que en otras ocasiones les hubieran causado cólera y mal humor. A escepcion de las riñas casuales que se suscitaban, como hemos dicho, entre la clase mal sufrida de los carreteros, todos los acentos confusos que se oian entre el gentío eran alegres. Los músicos templaban sus instrumentos, los copleos ensayaban sus coplas, el gracioso de profesion voceaba sus disparates y chocarrerías, los bailarines tocaban sus campanillas, los aldeanos gritaban y silbaban, las muchachas pegaban chillidos cuando alguna grosera botarga salia de un

lado, como un volante, para ser detenida en el aire y enviada al otro lado del camino por aquel á quien se dirigia.

Nada es quizá mas cruel para una alma abrumada por la tristeza que el verse obligada á asistir á las escenas alegres que estan en abierta oposicion con los sentimientos que prueba. Sin embargo en esta ocasion el tumulto y la confusion de este espectáculo diéron algunas distracciones á la condesa de Leicester, y le hicieron el triste servicio de impedirle pensar en sus desgracias, ó formar anticipadamente ideas terribles de su suerte.

Marchaba como un soñoliento, abandonandose enteramente á la conducta de Wayland que manifestaba la mayor destreza. Unas veces se abria camino por entre la muchedumbre, otras aguardaba un momento favorable de ir adelante, y no pocas dejando el camino directo, iba por sendas tortuosas que le conducian á él, despues de haberle facilitado andar una gran parte del camino con mas comodidad y rapidez.

De esta manera evitó ir á Warwick, en donde Isabel habia reposado la noche anterior en el castillo (este monumento soberbio del esplendor de los siglos de la caballería, que el tiempo ha respetado hasta hoy) en donde debia pasar hasta el medio dia, que era en-

tónces en Inglaterra la hora de comer; despues debia salir para Kenilworth. En todo el camino cada grupo que pasaba decia alguna cosa en alabanza de la reina, pero mezclando un poco de aquella sátira que sazona regularmente el juicio que formamos de nuestro prójimo, especialmente si es nuestro superior.

— ¡ Han oido vms., dijo uno, con que gracia ha hablado al alcalde, al escribano y al buen señor Griffin el ministro, cuando estaban arrodillados bajo la portezuela del coche?

— Sí, y como ella ha dicho al escribanillo: Señor Aglionby, me han querido hacer creer que me tiene vm. miedo; mas en verdad me ha hecho vm. tan bien la enumeracion de las virtudes de un soberano, que veo que soy yo la que debo temer á vm. Y despues, ¡ con que gracia ha cogido la bolsa hermosa en que estaban los veinte soberanos de oro! Parecia que no la queria tocar siquiera, pero al fin la ha tomado.

— Sí, sí, dijo otro; los dedos se han cerrado de buena gana al cogerla, y he notado tambien que la reina la ha tomado al peso, como diciendo: Creo que son de ley.

— Nada tenia que temer su magestad en esa parte, dijo el tercero. Solo cuando la mu-

nicipalidad paga las cuentas de algun pobre jornalero como yo , le despacha dandole monedas mordidas : por fortuna hay un Dios superior á todo. El escribanillo , ya que las cosas van asi , va ahora á verse en zancos.

— Vamos , vamos , vecino , dijo el que habia hablado el primero , no sea vm. mordaz. Isabel es buena reina y muy generosa.... Ha dado al conde de Leicester la bolsa.

— ¡ Yo mordaz! Dios nos guarde y nos asista , dijo el jornalero. Pero pienso que dará pronto todo al conde de Leicester.

— Usted va á desmayarse , señora , dijo Wayland á la condesa , y la aconsejó separarse del camino , y detenerse hasta que se hallase algo mejor. Pero Amy se hizo superior á las emociones que le hicieron probar aquellas palabras y otras semejantes que hiriéron sus oídos , y quiso continuar su viage hasta Kenilworth con toda la celeridad que permitian los infinitos obstáculos que encontraban en el camino. La inquietud de Wayland , viendo su debilidad y desaliento , se aumentaba á cada paso , y empezaba á tener fuertes ganas de verla cuanto ántes , segun ella queria , en el castillo en donde no dudaba estuviere segura de una buena acogida , aunque no queria al parecer confesar en quien fundaba sus esperanzas.

— Si llego á salir de este lance , decia entre sí mismo , ántes de consentir en volver á ser escudero de una señorita andante , permitiré que me rompan la cabeza con mi martillo de herrero.

Ya se descubrió por fin á la vista el magnífico castillo de Kenilworth. En hermosearle y en mejorar los dominios que de él dependian , se dice que habia gastado el conde de Leicester sesenta mil libras esterlinas , que equivalen en el dia á trecientos mil pesos.

Las paredes exteriores de este soberbio y gigantesco edificio encerraban vastísimas caballerizas , huertas , bosques hermosos y jardines llenos de flores , con un gran patio.

El edificio que se hallaba en medio de este recinto espacioso se componia de muchas habitaciones magníficas , que al parecer habian sido hechas en diversas épocas , y que estaban al rededor de un patio interior. El nombre y las armas de cada parte separada renovaban la memoria de señores poderosos muertos en los siglos anteriores , y cuya historia , si hubiese sabido la ambicion darla oídos , hubiera dado una leccion útil al privado orgulloso que habia adquirido y aumentado sus dominios. El vasto torreón que formaba la ciudadela del castillo era antiquísimo , y nada se sabe de positivo sobre la época en que fué edificado.

Le daban el nombre de César, sin duda porque era semejante al de la torre de Londres que se llama lo mismo. Pretendian algunos anticuarios que esta fortaleza habia sido construida por Kenelph, rey sajón, de quien sacaba el nombre el castillo, y otros que habia sido edificado poco tiempo despues de la conquista de los Normandos. Veíase sobre las paredes exteriores el escudo terrible de los Clintones, que las habian fundado en el reinado de Enrique primero, así como el de Simón de Montfort, mas temible todavía, que en las guerras de los barones habia defendido largo tiempo á Kenilworth contra el rey Enrique segundo. Mortimer, conde de Marcha, famoso por su elevacion y su caída, habia dado allí fiestas mientras su soberano destronado, Eduardo segundo, se hallaba en un calabozo. Juan de Gaunt habia aumentado mucho el castillo, construyendo el ala que conserva aun el nombre de edificios ó habitaciones de Lancastre; pero Leicester habia sobrepasado á sus predecesores, con ser tan ricos y poderosos, erigiendo otra fachada inmensa que ha desaparecido bajo sus propias ruinas, monumento de la ambicion de su fundador. El castillo estaba adornado y protegido por un lago, artificial en parte, sobre el cual Leicester habia hecho construir

un puente magnífico, para que Isabel entrase en el castillo por un camino hecho expreso para ella sola. La entrada ordinaria estaba del lado del norte, en donde habian edificado para la defensa del castillo una torre muy alta que existe todavía, y que sobrepasa, por su estension y el estilo de su arquitectura, el castillo de muchos gefes del norte.

Del otro lado del lago habia un bosque inmenso, lleno de gamos, cabras salvages, ciervos, y otros muchos animales. Este bosque abundaba en árboles magestuosos, de enmedio de los cuales la fachada del castillo y sus torres sólidas salian al parecer con toda su magestad. No podemos menos de añadir aquí que este noble palacio, en donde los príncipes recibian fiestas, y que ilustraron los guerreros con asaltos verdaderos y sangrientos, y justas caballerescas en que la hermosura distribuía los premios obtenidos por el valor, es en el dia un desierto. Su lago se ha convertido en un estanque fangoso, y sus ruinas inmensas solo sirven para dar una idea de su antiguo esplendor, y para hacer apreciar mejor al alma cavilosa del viagero la vanidad de las riquezas del hombre, y la felicidad de los que gozan de la medianía con un corazon contento y virtuoso.

Con muy diferentes sentimientos consideró

la infeliz condesa de Leicester estas torres magestuosas, ennegrecidas por el tiempo, cuando las vió la primera vez descollar sobre los bosques frondosos que las rodeaban. La esposa legítima del privado de Isabel, del ídolo de la Inglaterra, se acercaba á la habitacion de su esposo y de su soberana, protegida mas bien que guiada por un pobre juglar; y aunque era la ama de este castillo orgulloso, cuyas pesadas puertas hubieran debido abrirse por sí mismas á la menor señal, no podia ignorar cuales eran los obstáculos y los peligros que se oponian á su recibimiento en el recinto de estas paredes que le pertenecian.

Efectivamente las dificultades se aumentaban al parecer á cada paso, y nuestros viajeros temieron desde luego no poder adelantarse hasta el otro lado de una barrera por donde se iba á una grande arboleda del bosque de que hemos hablado. Este camino, que ofrecia las mas hermosas perspectivas del castillo y del lago, venia á parar al puente construido últimamente, del que dependia, y era el que la reina debia seguir para ir al castillo en aquel dia memorable.

La condesa y Wayland encontraron la barrera que daba al camino de Warwick, guardada por una compañía de soldados de caballería de la guardia de la reina. Estaban

cubiertos de corazas ricamente labradas y doradas, en vez de gorretinas llevaban yelmos, y tenian las culatas de sus carabinas apoyadas en sus muslos. Estos guardias, que hacian el servicio en todos los puestos por donde debia pasar la reina en persona, estaban á las órdenes de un gefe en cuyo uniforme se veian las armas de la casa del conde de Leicester. No dejaba entrar á nadie absolutamente sino á los convidados á la fiesta, y á los que debian hacer parte de los espectáculos y diversiones.

Acudia mucha gente á este puesto, y cada cual alegaba un motivo diferente para poder pasar adelante; pero los guardias se manifestaban inexorables á sus súplicas é instancias, escusandose con las órdenes severas que habian recibido, fundadas en la conocida aversion que tenia la reina á la precipitacion grosera con que acude en tales casos el populacho. Los que no se contentaban con estas razones eran tratados con dureza; los soldados los rechazaban sin ceremonia, maniobrando con sus caballos cubiertos de hierro, ó con las culatas de sus carabinas. Estas maniobras producian entre la multitud vaivenes en los que temia Wayland verse separado de su compañera, y no sabia tampoco que motivo podria alegar para llegar

á obtener el permiso de entrar. Pensando en esto, se devanaba los sesos y se quemaba las cejas, como dicen, cuando el referido gefe, habiendole visto por casualidad, gritó, dejandole admirado: — Soldados, dejad pasar á este hombre de la capa amarilla. Adelante, señor cómico, despachese vm. ¿ Como demonios se ha quedado vm. rezagado? Adelante, digo, con la maleta de su muger.

Mientras el gefe dirigia á Wayland esta orden urgente y poco cortés, los soldados abrieron paso. No hizo mas que advertir á su compañera que se cubriese el rostro, y entró, conduciendo por la brida el caballo de la condesa, con un aire tan humilde, y manifestando tanto miedo y tanta inquietud, que la gentecilla, llena de envidia de aquella preferencia, les dió una grita, é hizo de ellos rechilla y escarmio.

Acogidos asi en el interior del bosque, aunque el recibimiento no fué muy bueno que digamos, Wayland y la condesa pensaban en los obstáculos que tenian todavía que vencer para atravesar el largo paseo guardado á derecha é izquierda por una hilera de gentes armadas de sables y alabardas, muy ricamente vestidas con la librea del conde de Leicester, y con sus escudos de armas.

Estos soldados estaban formados á tres

pasos de distancia uno de otro, para poder cubrir todo el camino desde la entrada del parque hasta el puente: asi es que cuando la condesa vió el aspecto grave del castillo magestuoso con sus troneras, torres y plataformas; las banderas desplegadas sobre las murallas; los penachos brillantes y las plumas; cuando contempló, digo, la reunion de este espectáculo magnífico, su corazon, poco acostumbrado á tanto esplendor, se sorprendió, y se preguntaba á sí misma que es lo que habia podido dar á Leicester para merecer participar con él de esta pompa real. Pero su orgullo y su entusiasmo generoso hicieron resistencia á estas sugerencias que la hubieran sumergido en la desesperacion.

— Le he dado, decia, todo cuanto puede dar una muger: mi apellido, mi reputacion, mi corazon y mi mano. Esto es lo que he dado al pié de los altares al señor de esta magnífica mansion, y la reina de Inglaterra no podia ofrecerle mas. Es mi esposo, soy su muger legítima, y el hombre no ha de separar aquellos á quienes ha unido Dios. Reclamaré mis derechos, con tanta mas seguridad por venir de sorpresa y sin auxilio ninguno. Conozco á mi noble Dudley; se irritará un momento porque le he desobedecido; pero Amy derramará lágrimas, y Dudley la perdonará.

Fuéron estos pensamientos interrumpidos por un grito de sorpresa que dió Wayland, que se vió de repente asido por dos grandes brazos negros y flacos de un individuo que se habia arrojado de las ramas de una encina sobre las ancas de su caballo en medio de las risotadas de los centinelas.

— Solo puede ser el diablo ó Flibbertigibbet, dijo Wayland despues de haber intentado inútilmente desasir y apear al enano que le habia agarrado fuertemente. ¿Son estas las bellotas de las encinas de Kenilworth?

— Sí por cierto, Wayland amigo, y son demasiado duras para que puedas hincarles el diente, si no te digo de que manera las has de morder. ¿Como hubieras podido pasar la primera barrera, si no hubiese dicho yo al gefe que nuestro principal camarada quedaba rezagado? Te he aguardado en un árbol en el que he subido desde nuestro carro, y todos los cómicos deben estar echando pestes, porque los he dejado plantados.

— Vamos, ya estoy viendo que eres hijo del diablo ó de todos los diablos, dijo Wayland; reconozco tu superioridad, enano protector. Ahora falta que nos muestres tanta bondad como puedes y necesitamos en este momento.

Al decir esto llegaron á una torre fuerte,

sita en el estremo meridional del puente de que hemos hablado ya, y que defendia el camino exterior del castillo de Kenilworth.

En tan infelices circunstancias para ella, y con una compañía tan singular, hizo la condesa de Leicester su entrada primera en la residencia magnífica de un esposo igual casi á los príncipes.



CAPITULO XXVII.

SNUG. ¿Ha escrito vm. el papel del leon?
Hagame vm. el favor de dar-mele,
pues necesito mucho tiempo para
aprenderle.

QUINCE. ¡Oh! puede vm. representarle de repente: el asunto se reduce á rugir.

CUANDO llegó la condesa de Leicester á la puerta exterior del castillo de Kenilworth, vió que la torre, debajo de la cual habia un gran portal, se hallaba guarnecida de hombres de un aspecto extraordinario. Veianse en ella centinelas gigantescas con hachas, mazas, y otras armas antiguas. Representaban soldados del rey Arturo, aquellos Bretones de las primeras edades que, segun la tradicion, habian ocupado los primeros el castillo, aunque la historia no hace subir su antigüedad sino al tiempo de la heptarquía. Algunos de aquellos estraños guardias eran en realidad hombres con borceguís y viseras; pero todos los demas maniquines de madera y de carton, que mirados desde el suelo hacian completa ilusion. Un castellano, real y verdadero coloso, colocado en la puerta del

castillo, defendia su entrada. Era tan alto y tan membrudo que podia representar á Colbrand Ascapart, ó á cualquiera otro gigante de las novelas antiguas, sin tener que añadir ni siquiera un tacon de una pulgada. Tenia los brazos y las espaldas desnudas, y en los piés unas sandalias atadas con unas correas encarnadas; un chaleco de terciopelo con cordones de oro y calzones de lo mismo cubrian sus piernas y una parte de su cuerpo, y una piel de oso echada al hombro le servia de capa. Nada mas tenia en la cabeza que unos cabellos negros y espesos que revoloteaban sobre ella. Sus facciones tenian aquel carácter pesado y feroz, que ha hecho atribuir casi siempre á todos los gigantes un ánimo grosero y melancólico. La arma que tenia correspondia á su catadura: era una maza enorme, guarnecida de puntas de acero, que podia suplir por una armadura completa.

El rostro de este Titan moderno, cuando le miró Wayland, manifestaba inquietud é impaciencia: unas veces se sentaba en el enorme banco de piedra que estaba delante de la puerta; otras se levantaba, meneaba su descomunal cabeza, daba algunos pasos ácia adelante, y se volvia á su puesto. En el momento en que el terrible gigante estaba en el umbral de la puerta, Wayland, siguiendo su ca-

mino, se adelantó para entrar en el castillo. — ¡Alto ahí! le gritó el gigante con una voz de trueno, y levantando su maza enorme para hacerse respetar, la dejó caer por tierra tocando casi la cabeza del caballo de Wayland. Con el golpe salieron chispas de las piedras, y retumbó el ruido en las bóvedas.

Aprovechándose entónces Wayland del consejo de Flibbertigibbet, dijo que pertenecía á la compañía cómica, que estaba haciendo falta en el castillo, y que se habia visto precisado á quedarse atras. Pero el guarda fué inexorable, y pronunció á regañadientes algunas palabras que no comprendió Wayland, aunque sacó en limpio que se obstinaba en negarle la entrada. He aquí lo que pudo entender de todo el discurso. (Hablandose á sí mismo): ¡Hay un tumulto! ¡un bullicio! (Dirigiendose á Wayland): Es vm. un rezagado, y no hay entrada. (A sí mismo): ¡Hay un gentío!.... me volverán loco.... (A Wayland): Vamos, á un lado, ó te abollo la tapa de los sesos. (A sí mismo): Hay aquí.... no.... jamas sabré yo mas.

— Aguardate un poquito, dijo Flibbertigibbet, yo bien sé donde le aprieta el zapato; pronto le amansaré.

Bajando entónces del caballo, y acercandose al portero, le tiró de la cola de su piel

de oso para hacerle agachar la cabeza, y le dijo cuatro palabras al oido. Ningun talisman obró jamas prodigio mas pronto. Al acabar de hablarle Flibbertigibbet, se llenó de sumision y respeto, dejó caer su maza, cogió al duendecillo, y le levantó tan alto, que si le hubiera dejado caer despues, se habria hecho pedazos.

— ¡Sí, es eso! gritó con una voz de trueno, ¡es eso mismo, amiguito! pero ¿quien diablos ha podido decirtelo?

— Eso nada te importa, respondió Flibbertigibbet; pero.... Miró entónces á Wayland y á la dama, y pronunció lo que tenia que decir en voz baja, no necesitando hablar en voz alta, pues el gigante por su comodidad le habia levantado hasta su oido. Despues de haberle abrazado, le puso el portero en tierra con tanta precaucion como pudiera una muger de gobierno poner sobre la chimenea un plato quebradizo de porcelana. Llamó á Wayland y á la dama.... Entren vms., entren vms., y cuidado con darse mejor á conocer cuando esté yo de guardia.

— Vamos adelante, dijo Flibbertigibbet, voy á quedarme aquí un poco con mi Goliath de Gath. Pronto nos reuniremos, y penetraré tus secretos á pesar de pesares.

— Puede ser, dijo Wayland, pero creo

que este secreto dejará pronto de serlo, ó no estará á mi cuidado, y entónces poco me importará que lo sepa todo perro cristiano.

La condesa y su guia entraron en esto en el castillo, y atravesaron la primera torre, llamada la torre de la Galería.

El puente que se estendia desde la entrada á otra torre situada en la orilla opuesta del lago, llamada la torre de Mortimer, formaba una vasta barrera recubierta, de cerca de ciento y treinta varas de largo y diez de ancho, con mucha arena, y defendida por ámbos lados con buenas empalizadas. Esta galería estaba destinada para las damas que asistirian á las justas; la atravesaron nuestros viageros para llegar á la torre de Mortimer, situada al otro extremo, por la cual se entraba al interior del castillo.

Esta torre tenia sobre su frontispicio las armas del conde de Marcha, cuya atrevida ambicion echó por tierra el trono de Eduardo II, y aspiró á tener parte en la autoridad soberana con la *Loba de Francia*, esposa de este infeliz monarca.

La puerta, sobre la que se veia este escudo de funesto agüero, estaba guardada por muchos centinelas vestidos de ricas libreas. Dejaron entrar á la condesa y á su guia, porque habiendolos dejado pasar el

portero de la galería, no habia porque detenerlos mas léjos. Adelantáronse los viageros callando en el patio grande, desde donde pudieron ver libremente este vasto y antiguo castillo con sus torres magestuosas. Todas las puertas habian sido abiertas en señal de hospitalidad, y las habitaciones estaban llenas de huéspedes del mas distinguido rango, acompañados de gran número de vasallos, criados, y demas comitiva propia de los festines y regocijos.

Wayland hizo alto mirando á la condesa, para recibir sus órdenes sobre lo que debian hacer habiendo llegado ya al lugar de su destino. La condesa nada le dijo; y entónces Wayland, despues de haber aguardado un minuto ó dos, se determinó á preguntarla que era lo que queria hacer. Echóse Amy la mano á la frente como para reflexionar, y luego respondió con una voz apagada y triste:

— Bien pudiera dar yo algunas órdenes; pero aquí ¿quien me ha de obedecer?

Al decir esto, levantó con orgullo la cabeza, como una persona que va á tomar un partido decisivo, y dirigiendose á un criado muy bien vestido que atravesaba el patio de prisa, le dijo:

— Vaya vm. á decir al conde de Leicester que deseo hablarle.

— ¡Al conde de Leicester! respondió el criado estrañando la pregunta. Y viendo el vestido humilde de la que hablaba con tal autoridad, añadió con arrogancia: ¡Tomate esa! ¿quien es esta escapada de Bedlam, que quiere ver á mi amo en un dia semejante?

— No sea vm. impertinente, dijo la condesa; los asuntos que tengo que comunicar al conde son de la mayor importancia.

— Pues busque vm. algun otro para darle sus encargos, señora hermosa. No quiero tomar á mi cuenta sus asuntos, por mas importantes que sean. ¡Vaya vm. con tal pampirolada á mi amo, y precisamente ahora que está con la reina! ¡No es mala frescura por vida mia! lo menos que me darian en recompensa seria cuarenta ó cincuenta garrotazos muy bien dados.... Lo estraño es que el bueno del portero dé entrada aquí á semejantes muebles; pero ha perdido la chabeta, porque tiene que aprender de memoria una arenga.

Al oirle hablar así, se acercáron otros dos criados; entónces Wayland, zozobroso tanto por sí como por la condesa, se encaminó al que le pareció mas comedido, y poniendole en la mano una moneda, rogóle buscarse un albergue para la señora que él acompañaba. El rogado, que tenia al parecer en el castillo alguna autoridad, echó una peluca al criado

insolente, y le mandó que cuidase de los caballos de aquellos estrangeros, diciendo despues á Wayland que le siguiesen.

Amy tenia bastante serenidad para conocer que no podria ver á Leicester por el pronto; y despreciando los insultos de los lacayos impertinentes y las chocarrerías que decian sobre las lindas aventureras, siguió callando á su guia.

Entráron en el patio interior por una puerta grande que habia entre la principal torre, llamada la torre de César, y una grande habitacion, llamada alojamiento del rey Enrique. Halláronse entónces en el centro de este vasto edificio, cuyas diversas fachadas presentaban modelos soberbios de todos los géneros de arquitectura, desde la conquista hasta el reinado de Isabel.

Atravesáron este patio, y los condujo el guia á una torre pequeña del lado del norte del castillo, cerca de la grande sala, y que la separa del ancho edificio destinado á las cocinas. En los cuartos bajos estaban alojados los oficiales de la casa de Leicester, que hacian su servicio en aquella parte del castillo. En el piso alto, al que se subia por una escalera espiral, habia un cuarto que, estando tan escasos los alojamientos, se habia destinado para algun estrangero. Este cuarto habia que-

dado abandonado por mucho tiempo, y se dijo que un preso, que habia sido encerrado allí en otra época, fué asesinado. Este preso se llamaba Mervyn, y habia dejado su nombre á la torre. Y es en efecto probable que este sitio hubiese servido en otros tiempos de cárcel. Todos los pisos estaban embovedados: las murallas eran espesísimas, y los mayores cuartos de quince piés de estension.

La ventana que le daba luz era muy estrecha, pero daba al sitio llamado *placer*, nombre que designaba un recinto adornado de arcos de triunfo, trofeos, fuentes, estatuas, y otros adornos de arquitectura, y que servia de tránsito para ir al jardín del castillo.

Solo habia en el cuarto en que fué introducida la condesa los muebles mas indispensables; pero ella no hizo alto en eso, y fijó su atencion en el recado de escribir que estaba sobre la mesa (cosa por cierto rara en los tales cuartos en aquel tiempo). Ocurrióle al momento escribir al conde de Leicester, y estar oculta hasta que hubiese recibido la respuesta.

El oficial que les habia servido de guia, preguntó cortesmente á Wayland, porque le habia untado ya las manos, si querian mandarle alguna cosa en que pudiera servirles; y habiendole respondido Wayland que de

buena gana tomarian alguna cosilla por el pronto, condujo á nuestro herrador al sitio en donde se distribuian con profusion comestibles á cuantos llegaban á pedirlos. Wayland escogió algunos alimentos ligeros, propios del paladar delicado de la dama; pero, por su parte, no quiso perder la ocasion de echar mano de algunas cosas mas sólidas y de sustancia, y se encaminó al punto al cuarto de la torre. La condesa habia escrito ya su carta á Leicester, y como no encontrase ni obleas ni seda con que cerrarla, lo habia hecho con un rizo de sus cabellos.

— Leal amigo, dijo á Wayland, tú que el cielo me ha enviado para darme socorro en mis mayores infortunios, te pido, y este será el último favor que necesitará esta desdichada, te pido lveves esta carta al noble conde de Leicester; haz que llegue á sus manos, sea de la manera que fuere. Estas palabras últimas las pronunció con una agitacion mezclada de temor y esperanza. Vete, amigo fiel, ya no tendrás que incomodarte por mí. Tengo muy buenas esperanzas. Si vuelven los días de mi esplendor antiguo, tus servicios serán muy bien recompensados. Entrega esta carta á Leicester en propias manos, y nota sobre todo que demostraciones hace al leerla.

Wayland se encargó desde luego de la co-

mision, pero pidió con instancias á la condesa que comiese alguna cosa. Consintió en ello por complacer á su compañero, á fin de que fuese cuanto ántes á ver al conde. Wayland se fué, encargandola cerrase por dentro la puerta y no moverse de su cuarto, y se encaminó á buscar la ocasion de desempeñar su mensaje, y de ejecutar al mismo tiempo un proyecto que le habian sugerido las circunstancias.

Era el caso que la conducta de Amy, su dilatado silencio, la irresolucion é incertidumbre que manifestó en todos sus pasos, el no pensar, el no obrar por sí misma, hicieron creer á Wayland, con bastante verisimilitud, que los embarazos de su posicion habian de algun modo trastornado su juicio.

Al escaparse de Cumnor, el partido mas razonable para ella hubiera sido sin duda alguna irse á casa de su triste padre, ó á cualquiera otra parte, léjos de los que la habian perseguido. Cuando, por el contrario, habia deseado ir á Kenilworth, Wayland creyó que queria ponerse bajo el amparo y proteccion de Tresilian, ó de la reina por su medio. Pero ahora, en vez de tomar un partido tan natural, le daba una carta para Leicester, el patron de Varney, en cuyo poder (si acaso no era por su órden espresa) le habian hecho

sufrir tanto. Semejante paso le pareció imprudente, desesperado. Tendiendo Wayland arriesgar su seguridad personal y la de Amy si ejecutaba su comision, se decidió á no hacer nada sin estar seguro de tener en caso necesario un protector; resolvió pues, ántes de entregar la carta, ir en busca de Tresilian, darle parte de la llegada de la señora á Kenilworth, y descargarse así de toda responsabilidad, echandola sobre el primero que le habia puesto á su servicio.

— Juzgará mejor que yo, decia entre sí mismo Wayland, si es á propósito satisfacer el deseo que ella tiene de hacer apelacion á lord Leicester, lo que me parece una locura: de este modo pongo el asunto entre sus manos, le doy la carta, recibo lo que quieran darme en recompensa, y echo á correr de Kenilworth como alma que lleva el diablo. Despues de todo lo que me ha sucedido, preveo que no podrá ser este un sitio agradable para mí. Vamos, vamos; mas me acomoda herrar los borricos del último rincón de Inglaterra, que disfrutar de las comidas y fiestas magnificas de los habitantes de este castillo hermoso.

CAPITULO XXVIII.

He visto yo en otra era
 Maravillas: el rapaz
 De Robin era capaz
 De entrar por una gatera.

EN medio del tumulto que llenaba el castillo y sus cercanías, no era cosa fácil encontrar á un sugeto, y Wayland tenia mas dificultad que ningun otro en descubrir á Tresilian, porque viendo el riesgo que corria en dejarse conocer, no se atrevia á dirigirse á las gentes de la casa de Leicester.

Por medio de rodeos y preguntas indirectas supo sin embargo que Tresilian debia hallarse entre los gentileshombres de la comitiva del conde de Sussex, que habian llegado por la mañana á Kenilworth, en donde los habia recibido Leicester con toda suerte de consideracion. Añadió alguno que los dos condes y sus comitivas, y otros muchos señores y caballeros, habian montado á caballo y acababan de salir para Warwick, á fin de escoltar á la reina hasta Kenilworth.

La llegada de su magestad, como sucede

en casos semejantes, se aguardaba con ansia, hasta que al fin llegó un correo sin aliento, anunciando que su magestad se habia detenido, deseando recibir los homenajes de los vasallos que se habian reunido en Warwick, y que por esta razon no llegaria al castillo hasta la tarde. Esta noticia dió un rato de descanso á los que, aguardando de un momento á otro la llegada de la reina, estaban en brasas hasta desempeñar las funciones que les habian designado en las ceremonias del recibimiento.

Habiendo notado Wayland que muchos caballeros se dirigian al castillo, esperaba encontrar entre ellos á Tresilian. Para asegurarse de ello se encaminó al punto al patio principal, cerca de la torre de Mortimer, donde nadie podia entrar ni salir sin que él le viese. Observó el traje y la estatura de cada uno de los que pasaban en varias direcciones, con el mayor cuidado, pero inútilmente.

Miéntas se habia puesto así Wayland de centinela para descubrir á Tresilian que no parecia, se vió tirado por la manga por un sugeto que no le dejaba á sol ni á sombra.

Era Dick Sludge, ó Flibbertigibbet, que estaba siempre como un duende en acecho de los que no se acordaban de él. Aunque fué muy desagradable á Wayland este encuentro,

no quiso manifestar su mal humor, y fingió alegrarse de volver á ver al enano, gritándole:

— ¡ Ah! ¡ eres tú, buena alhaja, duendecillo, ratoncillo!....

— Sí, respondió Dick, el raton que roe una á una las mallas de la red, cuando el leon, que ha caído en ella, está hecho un borrico sin poderse garrear.

— Diablillo travieso, eres una pimienta hoy despues de comer; pero dime, ¿ como has podido bandearte con el gigante cuando te he dejado con él? Me estaba temiendo que iba á dejarte en pelota y á tragarte como quien traga una castaña.

— ¡ Oh! replicó el enano, si así lo hubiese hecho, hubiera tenido mas meollo en su vientre que el que ha tenido en toda su vida en su cabeza. Pero el gigante es un ser muy cortés, y mas reconocido que otras muchas personas á quienes he sacado de algunos apuros, señor Wayland.

— ¡ Flibbertigibbet de todos los diablos! eres mas mordaz que una hoja de espada de Sheffield. Sin embargo quisiera yo saber de que encanto te has valido para domeñar á ese oso.

— Sí, ya te conozco y te veo venir, replicó Dick; piensas engatusarme con pala-

britas melosas: en cuanto á este buen portero, has de saber que cuando llegámos al castillo habia perdido la chabeta con un discurso que han compuesto para él, y que no está á sus alcances, con ser un hombre tan grande (1). Como este discurso elocuente es obra compuesta por mi docto maestro el señor Erasmo Holyday, la he oido repetir tantas veces, que se me ha quedado en lamemoria. Cuando he notado que la de mi Goliath era ingrata y remolona, le he apuntado las especies y las palabras que le traian al retortero. Entónces es cuando él, contento como unas Pascuas, me ha levantado hasta su oido;

(1) Esto recuerda la chistosa décima del P. Isla en *el Dia grande de Navarra*, hablando del diputado Navascues, que era muy alto:

De hombres grandes, sólo yo,
Navarra fecunda es;
Pero como Navascues,
Voto á tantos, eso no.
Por eso se le nombró
Diputado á todo trance,
Porque en latin y en romance
Se podrán hallar doscientos
Que tengan tantos talentos,
Pero no mayor alcance.

(Nota del Traductor español.)

y para que te dejase entrar, le he prometido agazaparme debajo de su piel de oso, y ayudar á su memoria frágil cuando sea preciso recitar su arenga. Acabo de comer un bocado, y vuelvo á su lado al momento.

— ¡Muy bien, muy bien, mi querido Dick! replicó Wayland; corre por el amor de Dios, pues el pobre gigante te estará aguardando como el agua de mayo. Vaya, pasalo bien, Dick.

— ¡Oh! sí, respondió el duendecillo, ¡pasalo bien, Dick! esas gracias te han sacado de tí todo lo que han querido. ¿No quieres contarme la historia de esa dama, que es tan hermana tuya como el hijo de mi padre?

— ¿De que te serviría saberla, duendecillo travieso? dijo Wayland.

— Dejate de cuentos: ya no quiero que me digas nada de esa muger; pero has de saber que sé guardar un secreto, y tambien hacer que se frustren los proyectos que no quieren comunicarme. Buenas noches.

— No te vayas de ese modo, respondió Wayland, que conocia la actividad infatigable de Flibbertigibbet, y la temia con razon. Espera, mi querido Dick; al cabo somos ya amigos antiguos, y te prometo que sabrás algun dia tanto como yo por lo que toca á esta señora.

— Sí, respondió Dick, quizá ese dia no está muy lejos. Pasalo bien, Wayland: voy á buscar á mi gigante; si no tiene el talento que tienen otros, es por lo menos reconocido á los favores que se le hacen; asi, te lo vuelvo á repetir, buenas noches.

Al decir esto pegó un salto y continuó corriendo con su agilidad acostumbrada, de modo que desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

— ¡Ojalá estuviese ya fuera del castillo! dijo Wayland. Si este maldito enano llega á poner manos en el pastel, Satanás mismo no podrá tragarlo. ¡Si pudiese al menos dar con Tresilian!

Mientras aguardaba con tal impaciencia á Tresilian, acababa de entrar este á Kenilworth por un lado opuesto al sitio donde él se hallaba. Habia salido por la mañana del castillo para acompañar á los dos condes á Warwick, como lo habia oido decir Wayland, esperando recibir allí algunas noticias de su emisario. Engañado en estas esperanzas, y notando que Varney, que acompañaba á Leicester, queria acercarse á él al parecer para hablarle, juzgó prudente evitar su conversacion, y salió de la sala mientras el gerif del condado arengaba á su magestad. Volvió á montar á caballo, dió vuelta á Kenilworth por un camino diferente, y entró en el castillo por una

puerta trasera, que le abrieron al punto que dijo ser un oficial de la comitiva del conde de Sussex: por eso Wayland le buscó inútilmente entre los caballeros que pasaba en revista callandito.

Habiendo entregado su caballo á un criado, Tresilian se paseó un rato en el lugar de placer y en los jardines, no tanto por admirar las bellezas de la naturaleza y las obras maestras que Leicester habia reunido allí, como por entregarse libremente á sus cavilaciones. La mayor parte de las personas de distincion habian dejado el castillo por acompañar á los condes: los que quedaran se habian colocado en las troneras, las murallas exteriores y las torres, para ver la magnífica perspectiva de la entrada de la reina. Asi es que miéntras todo el castillo resonaba en gritos y algazara, solo el jardin estaba en silencio y tranquilidad. Unicamente se oia el meneo de las hojas de los árboles, el canto de los dulces pajarillos, y el risueño murmullo de las fuentes.

La imaginacion melancólica de Tresilian cubria con un velo sombrío todos los objetos que le rodeaban. Comparaba las ruinas grandiosas que se desarrollaban á su vista con los espesos bosques y las lagunas desiertas que rodeaban á Lidcote-Hall; la imágen de Amy

Robsart, como una fantasma, se le aparecia en todos los cuadros pintorescos que le dibujaba su imaginacion.

Nada hay quizá tan funesto para la felicidad de los hombres amigos de la reflexion y la soledad, como alimentar desde su juventud una pasion desgraciada; pues echa raices tan profundas, que llega á ser despues el sueño de todas las noches, y el quebradero de cabeza de todos los dias.

Esta angustia del corazon, estos pesares que nos arrastran aun á seguir á una sombra que ha perdido todo el resplandor de sus colores, este recuerdo perenne de un sueño interrumpido con dolor, es muy propio todo esto de un corazon generoso y noble, y tal era el de Tresilian.

Conoció al fin que necesitaba distraerse, y salió del lugar de placer para agregarse al gentío que coronaba las murallas, mirando desde allí los preparativos de la ceremonia. Pero cuando oyó aquel bullicio, aquella música, aquellos alegres gritos que resonaban por todas partes, encontró una repugnancia invencible en reunirse con unas gentes cuyos sentimientos no estaban en armonía con los suyos, y resolvió meterse en su cuarto, y permanecer allí hasta que anunciase la campana del castillo la llegada de Isabel.

Atravesó el pasadizo que separaba las cocinas de la sala grande, y subió al piso tercero de la torre de Mervyn. Empujó la puerta del cuarto que le habian reservado, y estrañó mucho encontrarla cerrada; pero se acordó de que el camarero mayor le habia dado la llave, advirtiendole que en medio de tanta confusion era preciso cuidar de cerrar bien la puerta. Aplicó la llave á la cerraja, y al abrir la puerta vió al punto una muger, vivo retrato de Amy Robsart. Al principio creyó que su imaginacion turbada le presentaba una fantasma vana y engañosa; pero se convenció muy pronto de que la que veia era en efecto Amy, mas pálida en verdad que en los días de felicidad en que reuñia á las formas y á la hermosura de una ninfa del bosque la talla de una silfida, pero no dejaba de ser Amy, ni habian visto jamas sus ojos nada que pudiera igualarsela en atractivos.

No se admiró menos la condesa que Tresilian, aunque su sorpresa fué menos duradera, porque la habia dicho Wayland que estaba en el castillo. Se levantó cuando él entró, y se puso encendida.

— ¡Tresilian! ¿que busca vm. aquí?

— ¡Y vm., Amy, que viene vm. á hacer en este castillo? ¿Busca vm. por ventura un auxilio que no le rehusarán jamas?

Calló un momento, y respondió luego con una voz que manifestaba mas bien el dolor que el enfado: — Tresilian, no imploro el auxilio de ninguno; los que la bondad de vm. pudiera darme, léjos de serme útiles, me perjudicarian mucho. Ha de saber vm. que hay aquí alguno á quien las leyes y el amor obligan á protegerme.

— ¿Al fin ese miserable ha hecho á vm. la triste reparacion que podia? dijo Tresilian. ¿Es vm. muger de Varney?

— ¡Muger de Varney! respondió ella con sumo desprecio. ¿Con que apellido infame se atreve vm. á deshonrar la... la... la...? Se detuvo, balbució, y bajó los ojos confusa y muda, porque se acordó de las fatales consecuencias á que se esponia si hubiese añadido *la condesa de Leicester*. Hubiera sido descubrir el secreto de que dependia la fortuna de su esposo; hubiera sido descubrirle á Tresilian, á Sussex, á la reina, á toda la corte; y jamas, decia entre sí misma, romperé el silencio que he prometido, aunque sepa esponerme á las sospechas mas odiosas.

Llenáronse sus ojos de lágrimas, quedó muda delante de Tresilian; y este, despues de haberla mirado con dolor y compasion, la dijo:

— ¡Ay, Amy! los ojos de vm. desmienten

lo que dice su boca : habla vm. de un protector que puede y quiere defenderla ; pero esas lágrimas me dicen que ha sido vm. chasqueada y abandonada por el desdichado á quien ha entregado vm. su afecto.

Amy le miró con unos ojos en los que brotaba la cólera por entre las lágrimas, y se contentó con repetir con mucho desprecio : *¡el menguado!*

— *¡Si, el menguado!* dijo Tresilian, y aun no es decir lo bastante. Pero ¿como se encuentra vm. aquí, sola y en mi cuarto? ¿por que no se han tomado las medidas necesarias para recibir á vm. como corresponde?

— *¡En el cuarto de vm.!* dijo Amy. Voy á salir de él al momento. Corrió entónces ácia la puerta; pero acordandose del abandono en que se hallaba, y deteniendose en el umbral, añadió con dolor y tristeza : *¡Ay! ya no me acordaba, no sé adonde ir.*

— Lo veo, muy bien lo veo, dijo Tresilian corriendo ácia ella y volviendola á colocar en la silla poltrona en la que se dejó caer : necesita vm. de auxilios ; sí, necesita vm. de un protector, aunque vm. no quiere confesarlo ; pero no quedará vm. sin defensa, se apoyará vm. en mi brazo. Representaré á su desgraciado y digno padre de vm. ; irémos juntos al umbral mismo del castillo ; se presentará vm. á Isabel,

y lo primero que hará en Kenilworth será un acto de justicia que todos bendecirán. Como me veo yo escudado por la bondad de la causa y por la justicia de la reina, no me detendrá el favor de su privado : voy á hablar á Sussex.

— *¡No haga vm. nada, por amor de Dios!* exclamó la condesa asustada, conociendo la necesidad de ganar tiempo. Tresilian, es vm. generoso ; hagame vm. un favor..... Crealo vm., para salvarme de la miseria y de la desesperacion, conviene mas hacer lo que yo le pido á vm. con instancias.

— *Pídame vm. cuanto pueda confiar á mi cuidado,* dijo Tresilian, pero no exija vm. de mí....

— *¡Oh! no añada vm. ninguna condicion,* querido Edmundo, exclamó la condesa ; asi queria vm. en otro tiempo que yo le llamase. Es una locura lo que me está sucediendo, y sola la locura puede aconsejarme lo que me conviene.

— Si me habla vm. de ese modo, dijo Tresilian, mas asombrado que apesarado, me obligará vm. á creer que es incapaz de pensar y de obrar por sí misma.

— *¡Oh no!* exclamó ella arrodillandose delante de él ; no, no soy una insensata, pero soy la mas infeliz de las mugeres, que se ha visto arrastrada al precipicio por un conjunto de circunstancias extraordinarias, y por el

brazo mismo del que piensa salvarme... por el de vm., Tresilian..., por vm. á quien honraba, á quien estimaba, á quien amaba también, aunque no de la manera que hubiera vm. deseado.

Habia en su voz y en su fisonomía tal calor y tanta espresion, que Tresilian se conmovió. La levantó, y la pidió enternecido que se calmase.

— Es imposible, dijo ella; no puedo tranquilizarme mientras no me conceda vm. lo que le pido. Escucheme vm., hablaré con la mayor claridad que pueda. aguardo las órdenes de alguno que tiene derecho á darmelas... la intervencion de un extraño... la de vm. especialmente, Tresilian, me perderia, me acabaria de arruinar. Espere vm. no mas que veinte y cuatro horas, y quizá la pobre Amy tendrá medios de probar que aprecia y puede recompensar el desinterés y la amistad de vm.; que es feliz, y que puede hacer á vm. dichoso. Es un precio digno seguramente de la paciencia de vm. durante un plazo tan corto.

Nada respondió Tresilian, pero reunió en su mente las varias conjeturas que podian hacer en esta circunstancia su intervencion mas perjudicial que útil á la reputacion y la dicha de Amy. Considerando tambien que se hallaba ella dentro de las murallas de Kenilworth, y

que ningun insulto tenia que temer en un castillo honrado por la presencia de la reina, y lleno de una multitud de señores y de guardias, comprendió que seria tal vez hacerla un flaco servicio implorar, á su pesar, el favor de Isabel; pero le dió su consentimiento con reserva, dudando que Amy tuviese otra esperanza que su aficion ciega á Varney, que suponía ser su seductor.

— Amy, dijo fijando tristemente sus ojos en los de la condesa que manifestaban su indecision, he notado muchas veces que en los caprichos mas estravagantes de la infancia de vm. habia cierto fondo de sensibilidad y de buen juicio. En este supuesto, abandono á vm. el cuidado de su destino durante veinte y cuatro horas, prometiendola no mezclarme en nada, ni en acciones ni en palabras.

— ¿ Me lo promete vm., Tresilian? respondió la condesa. ¿ Es posible que tenga vm. bastante confianza en mí? ¡ Ah! deme vm. su palabra como caballero, como hombre de honor; prometame vm. no mezclarse en nada de lo que me concierne, por mas que vm. oiga ó vea, por mas necesidad que tenga de vm. en la apariencia. ¿ Estamos en eso?

— Se lo prometo á vm. bajo mi palabra de honor, dijo Tresilian; pero habiendo pasado el plazo.....

— Pasado el plazo, respondió ella interrumpiéndole, podrá vm. hacer lo que juzgue mas conveniente.

— ¿No hay otra cosa en que pueda servir á vm., Amy?

— Nada, sino en dejarme, y.... me abochorno de verme reducida á pedir semejante cosa..... y dejarme este cuarto por veinte y cuatro horas.

— Estoy admirado, absorto, dijo Tresilian: ¿que esperanza, que interes puede vm. tener en un castillo en el que no le es dado disponer de un miserable cuarto?

— ¡Oh! ¡por el amor de Dios! dejeme vm., dijo Amy; y como viese que Tresilian se iba retirando poco á poco y de muy mala gana, añadió: — Generoso Edmundo, vendrá un tiempo en que Amy te probará que merecia tu noble afecto.



CAPITULO XXIX.

¿De que te asustas, amigo?
Dale firme á la botella:
Bebe, bebe, y no hayas miedo
Que por mí nadie se pierda.
Soy holgazán; y á fé mia,
Lo que en el alma quisiera
Es que, siendo yo un tunante,
Todos los demas lo fueran.

Pandemonium.

APÉNAS Tresilian habia bajado las dos ó tres gradas primeras de la escalera, cuando quedó admirado de encontrar á Miguel Lambourne. Este digno criado de Varney tenia en su frente una impudencia que dió impulso á Tresilian de arrojarle por las escaleras rodando; pero se acordó del daño que cualquier acto de violencia podria causar en aquel sitio y en tal momento á Amy, objeto de sus cuidados.

Contentóse pues con mirar á Lambourne con desden y desprecio, y continuó bajando la escalera sin dar á entender haberle conocido; pero Lambourne, que en aquel día de profu-

sion no habia dejado de remojar la palabra con sendos tragos de vino de las islas, sin perder por eso del todo la chabeta, no era hombre á quien nadie quebrase la vista; detuvo á Tresilian sin ceremonia en la escalera, y dirigiéndose á él como si se hubiesen tratado ya con familiaridad, le dijo: — ¡Que tal! yo creo, Tresilian, que se han olvidado ya entre nosotros dos las antiguas reyertas: sí, yo soy capaz de acordarme mas bien de los antiguos servicios que de los debates recientes. ¡Oh! vm. se convencerá de que mis intenciones han sido siempre buenas y honradas.

— Poco me importa la intimidación de vm., dijo Tresilian; guardela vm. para sus iguales.

— ¡Vea vm. como se entona nuestro hombre! dijo Miguel. Estos señoritos, que se creen hechos de otra masa mas noble, miran de alto abajo al pobre Lambourne. ¿Es acaso el señor Tresilian uno de aquellos amantes amarelados del tiempo de Maricastaña? ¿A que viene ahora el fingirse un santito, señor Tresilian? ¿No es una mala vergüenza que en el castillo de monseñor se tomen algunos la licencia de introducir pelanduscas? ¡Ah! ¡ah! me parece que por esta vez he dado yo en el hito.

— No entiendo lo que vm. dice, respondió

Tresilian, conociendo en aquellas palabras que el bribonazo habia notado la presencia de Amy; y añadió luego: Pero si está vm. encargado de servir en los cuartos, y me pide una gratificación, tome vm.; y no entre en el mio.

Lambourne miró la moneda de oro que le habia dado, y la guardó diciendo:

— Ahora no sé una palabra, y tengo los ojos cerrados; pero quizá hubiera logrado vm. mas conmigo con buenas palabras que con esta moneda: sin embargo no dejan de tener mucha elocuencia estos escuditos de oro. Jamas Miguel Lambourne ha sido entremetido ni chismoso: que haga cada cual lo que le acomode, esta es mi máxima. Solo si quisiera que, al pasar las gentes á mi lado, no manifestasen tanto orgullo, como si fuese yo de estaño y los demas de oro. Si guardo este secreto, ya me mirará vm. con otros ojos, ¿no es así? Cuando incurra yo tambien en alguna faltilla, espero que hará vm. la vista gorda, porque ya vm. vé que los mas cuerdos pueden caer en la tentación. Y en resumidas cuentas, si su cuarto de vm. encierra igualmente á esa palomita, nada tiene que ver con eso Miguel Lambourne.

— ¡Dejeme vm. pasar! dijo Tresilian; ya ha recibido vm. su gratificación.

— ¡ Peste ! dijo Lambourne separandose de mala gana y repitiendo á regañadientes las últimas palabras de Tresilian : ¡ dejeme vm. pasar ! ha recibido vm. ya su gratificacion. Pero nada me importa ; que se divierta todo el mundo , ya lo he dicho , yo no soy como el perro del hortelano , ¿ está vm. ?

Hablaba algo mas recio al paso que se alejaba Tresilian y no podía oirle.

— No soy como el perro del hortelano que ni come las berzas ni las deja comer ; pero tampoco quiero ser el sastre del Campillo , que perdía las heburas y ponía el hilo : ¿ estamos , señor Tresilian ? Preciso es que yo vea si tiene buenos bigotes esa jovencita que tiene vm. en su cuarto para que le caliente los piés. Sin duda teme vm. á las almas en pena , y no quiere dormir solo , segun aquella seguidilla española :

El cura y su criada

Dormian juntos,

Porque tenían miedo

De los difuntos.

Pero si hubiese hecho yo semejante cosa , ¿ sabe vm. que hubieran dicho ? Que salga de aquí ese tunante , que le den una paliza , echadle á rodar por las escaleras abajo. ¡ Ah ! estos caballeros nos ponen el pié encima á

los pobretes , á la gentecilla de poco mas ó menos. Muy santo y muy bueno ; pero yo tengo la sartén por el mango con este descubrimiento : eso es lo cierto , y no lo es menos que voy á ver si puedo echar la vista encima á la tal ninfa.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



CENTRAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXX.

Con lealtad te he servido;
Y como estoy mal pagado,
Es ya lo mas acertado
El tomar por buen partido
Y cada cual por su lado.

FALCONER.

PASEABASE Tresilian en el patio exterior del castillo, no sabiendo que pensar de su estraña conversacion con Amy Robsart, y dudando si, viendose revestido de la autoridad de su padre, habia hecho bien en empeñar asi su palabra, y abandonarla el cuidado de su conducta por tantas horas.

Pero ¿ como era posible tampoco dejar de acceder á la demanda de Amy, si se hallaba sometida á Varney como parecia probable?

— No bastando mi poder, decia entre sí mismo, para sacarla de entre las manos de Varney, y suponiendo que la reconozca por su muger, ¿ con que derecho hubiera podido yo meter entre ellos la discordia, y echar por tierra las esperanzas que pueden aun conservar de ser dichosos?

Resolvió pues Tresilian observar escrupu-

losamente su promesa. Se alegraba tambien de hallarse en una situacion mas favorable para socorrer á Amy, á la que conservaba algun cariño. No estaba ya encerrada en un retiro lejano y solitario, guardada por personas de muy mala reputacion; estaba en el castillo de Kenilworth, en la corte de la reina, al abrigo de toda suerte de violencias, y á la mano para poder presentarse á la reina en llegando el caso. Todas estas circunstancias concurrían al parecer á ayudar poderosamente á cuanto podia hacer por ella.

Mientras comparaba asi las ventajas y los peligros que podían resultar de la inesperada venida de Amy á Kenilworth, se acercó á Tresilian de improviso Wayland, gritando al verle: — ¡ Ah! gracias á Dios, que encuentro por fin á vuestra señoría; y despues le dijo en voz baja que la señora se habia fugado de Cumnor.

— Está en el castillo, dijo Tresilian. Lo sé, la he visto. ¿ Ha ordenado ella que la conduzcan á mi habitacion?

— No, respondió Wayland; pero he pensado yo que era el único medio que podia adoptar, y he tenido la dicha de encontrar quien me dijese en donde estaba vm. alojado. ¡ Bonita posicion por cierto! de un lado la sala grande, y del otro la cocina.

— Calla, no estamos ahora para chanzas, respondió Tresilian.

— Ya lo sé bien á costa mia, dijo el artista, he pasado tres dias de purgatorio. Esta dama no está en su cabal juicio; se negará á aceptar nuestros buenos oficios, prohíbe que se le hable de vm., y quiere ponerse bajo la proteccion de Leicester. Me hubiera sido imposible tenerla en el cuarto de vm., si hubiese sabido quien le habitaba.

— ¿Que piensa pues hacer? dijo Tresilian. ¿Se atreve á esperar que querrá el conde servirse de su influjo sobre su vasallo infame?

— Yo nada sé, dijo Wayland, pero creo que si ella logra hacer buenas migas con Leicester ó con Varney, lo mejor que podremos hacer será tomar soleta y poner piés en polvorosa. Mi intencion es partir inmediatamente que haya entregado á Leicester una carta. Solo aguardaba el permiso de vm. para hacerlo: aquí está, pero nó; ¡maldita sea la tal carta! Se habrá quedado en el granero, sobre el heno que me sirve de cama.

— ¡Has hecho muy buen fregado! dijo Tresilian enfadado de ver su descuido. ¿Vas á dejar perder ese papel del cual depende un suceso que importa mas que mil vidas como la tuya, miserable?

— Perdido, no, respondió al punto Way-

land; ¡ah! nó, es una chanza; no, señor, la he puesto con otras varias cosas, la traeré al momento.

— Corre pues, dijo Tresilian, traela; sirveme con fidelidad, y serás recompensado; pero si llegan á realizarse mis recelos, ¡pobre de tí! te costará muy caro ese descuido.

Wayland en esto se retiró, sereno al parecer, pero sin tenerlas todas consigo.

Habia perdido en efecto la carta, la habia perdido, por mas que queria disculparse por calmar á Tresilian. Y una vez perdida, podia caer en malas manos, y descubrir toda la intriga en que se veia envuelto Wayland; por otra parte, no veia como podia permanecer oculta de ninguna de las maneras, y estaba ademas resentido del enojo de Tresilian.

— Sí, en esta moneda me pagan los servicios en que arriesgo el pellejo; es ya tiempo de pensar en mí. Si mal no me engaño, estoy ofendiendo al señor de este magnífico castillo, que de buenas á primeras me puede quitar la vida como quien mata un pollo; y eso por una muger loca y un amante melancólico, que, por haber perdido un pedazo de papel doblado y cerrado, echa mano á su espada y me amenaza. Aquí tenemos otro doctor y otro Varney. Lo mejor será salir de estos apuros, y salvar la vida que vale mas que to-

dos los tesoros del mundo. Me iré al instante, aunque no he recibido aun mi recompensa.

Estas reflexiones debian presentarse naturalmente á un hombre como Wayland, que se encontraba mas comprometido de lo que habia creído desde luego en una serie de intrigas misteriosas é inesplicables, y en las cuales los actores mismos al parecer apénas conocian el papel que habian de representar. Sin embargo es preciso decir, para hacerle justicia, que sus temores estaban en cierto modo contrapesados por la lástima que le causaba el estado de abandono de la desgraciada condesa.

— No se me da un pito por el señor Tresilian; he cumplido con él, he traído su señorita andante al castillo; que allá se entienda ahora con ella. Solo me detiene la compasion que me da esta pobre niña, pues pudiera sucederle algun contratiempo en medio de estas jaranas. Sí, voy á subir al cuarto, á confesar que se ha perdido su carta, para que escriba otra si gusta, y creo que no le faltarán mensajeros en un castillo en que hay tanto bribon de lacayo que pueda llevar á su amo una carta. Diréla en seguida que me voy á poner en salvo, recomendandola á la bondad de Dios, á su prudencia, y á la prevision y cuidado del señor Tresilian. ¿Quien sabe si se acor-

dará de darme la sortija que me tiene ofrecida? Bien ganada la tengo; es una criatura muy amable; ¡vayase al diablo la sortija! no quiero envilecerme por tan poca cosa. Si mi buen corazon queda sin recompensa en esta vida, será coronado de gloria en la otra. Voy á decir dos palabras á la condesa, y á tomar las de villadiego.

Tan ligero y listo como un gato al cazar un raton, se encaminó Wayland al cuarto de la condesa, atravesando los patios y los tránsitos, observando á los que pasaban á su lado, y cuidando de no ser observado de ninguno. Asi pasó el patio del castillo y el arco grande situado entre la cocina y el salon, hasta la escalera de la torre de Mervyn.

Se lisonjaba de haberse escapado de todos los peligros, y empezaba á subir las gradas de la escalera de dos en dos, cuando notó la sombra de un hombre que se dibujaba sobre una puerta medio cerrada. Wayland bajó al punto callandito, volvió al patio interior del castillo, y pasó cerca de un cuarto de hora, que le pareció cuatro veces mas largo que lo acostumbrado, paseandose de un lado á otro; despues volvió á la torre creyendo que aquel hombre incómodo pudiera haberse ido. La sombra habia desaparecido. Subió algunas gradas mas, pero la puerta estaba to-

davía medio abierta; y miéntras deliberaba si subiria ó bajaría, se abrió del todo la puerta, y se encontró de manos á boca con Miguel Lambourne.

— ¿Quien diablo eres tú? ¿que buscas en este lado del castillo?

— No soy un perro para obedecer al primero que silba, ¿está vm? dijo Wayland aparentando una tranquilidad que desmentia su tono de voz.

— ¿Que! ¿me replicas? ven acá, Lorenzo Staples. Un hombron de mala facha, vizco, mas de seis piés de alto, se presentó entónces, y añadió Lambourne: Camarada, ya que te gusta tanto esta torre, voy á llevarte á los sitios mas profundos de ella, doce piés por lo menos mas bajos que el fondo del lago; estan habitados por culebras, sapos, lagartos y otros bonitos animales semejantes, que te acompañarán. Respondeme pronto: ¿quien eres? ¿á que vienes aquí?

— Si llegan á ponerme preso, decia entre sí mismo Wayland, soy un hombre perdido. Respondió con mucha sumision, que era el jugador de manos que su merced habia encontrado la vispera en Weatherly.

— ¿Y que juegos de manos quieres hacer en esta torre? Tus compañeros, dijo Lambourne, estan en las habitaciones de Clinton.

— Vengo á ver á mi hermana, dijo Wayland, que está allí arriba en el cuarto del señor Tresilian.

— ¡Ah! ¡ah! dijo Lambourne sonriéndose, ¡ya estamos! A fé mia que el tal Tresilian no cae en la cuenta de que es aquí un forastero, y le parece que está en su casa, pues adorna bonitamente su cuarto con los muebles que mas le acomodan. ¿Lo has oido, bribon? Esta será una preciosa anécdota para la vida de San Tresilian, y agradará á ciertas gentes mas que á mí un talego de onzas de oro. ¿Lo has oido, tunante? añadió dirigiéndose á Wayland, no levantarás la liebre, queremos cogerla nosotros. Anda, vete con tu cara de bellaco, ó te arrojé por la ventana. Me dan tentaciones de ver si tienes bastante habilidad para no romperte al caer los huesos.

— No será tan cruel vuestra señoría por cierto, dijo Wayland. Es preciso que vivan tambien los pobres, y espero que me permitirá vuestra señoría hablar con mi hermana.

— ¿Tu hermana, sí, por parte de Adan, no es eso? y si lo fuera, serias aun mas culpable. Pero, que sea ó no tu hermana, poco importa; si vuelves á poner aquí los piés, te desuello como á un conejo. Y ahora que me acuerdo, con una region de demonios, sal

fuera del castillo, este asunto importa mas que todos tus juegos de manos.

— Pero, si vuestra señoría me lo permite, respondió Wayland, le haré presente que necesito hacer el papel de Arion en el espectáculo que se representará esta tarde en el lago.

— ¡Por San Cristoval! yo mismo haré ese papel, dijo Lambourne. ¿Como le llamas? ¿Orion? Pues bien haré el papel de Orion con su ceñidor y sus siete estrellas tambien. Vamos, afuera, picaronazo; sigueme, pero aguarda. Lorenzo, carga con este holgazan.

Lorenzo cogió por el cuello al pobre juglar que temblaba, y caminando Lambourne de prisa por delante, se dirigió ácia la puerta secreta por la que Tresilian habia entrado, no léjos de la torre de Mervyn.

Miéntas atravesaban el espacio que separaba la puerta secreta de la torre de Mervyn, Wayland se devanaba en vano los sesos buscando un medio de servir á la pobre señora que escitaba aun su interes, á pesar del peligro grande en que él se encontraba. Pero luego que le arrojaron del castillo, diciendole y afirmandole con un horrible juramento Lambourne que, si volvia á poner los piés en él, le costaria sin remedio la vida, levantó las manos y los ojos al cielo, tomándole por testigo de haber hecho cuanto estaba de su

parte para defender á la oprimida; y dejando á su espalda las torres soberbias de Kenilworth, echó á andar en busca de un asilo mas humilde y seguro.

Lorenzo y Lambourne no le perdiéron de vista un gran rato, y volviéron despues al castillo. Dijo Lorenzo en el camino á Lambourne:

— Dios nos asista, señor Lambourne, si acierto yo por que motivo ha espelido vm. á ese pobre diablo que tenia que hacer su papel en la fiesta que va á empezar, y solo por una ñina.

— ¡Ah! Lorenzo, respondió Lambourne, tú te acuerdas de Black Joan Suggs de Plingdon, y te resientes todavia de la debilidad humana; pero ánimo, mi muy noble duque de la torre, señor de horea y cuchillo de todas las cárceles, tan claro ves tú en este asunto como en estos tus estados. Mi muy reverendo señor de los paises-bajos de Kenilworth, has de saber que nuestro muy respetable amo Ricardo Varney nos daria, por una mojadita que diésemos al tal Tresilian ácia la tetilla izquierda, los pesos duros que se necesitan para beber cincuenta noches seguidas, con una autorizacion completa de enviar á pasear al mayordomo, si viniese á interrumpirnos ántes de haber bebido las últimas botellas.

— ¡Oh! siendo eso asi, no habrá hecho

vm. mal, respondió el gran carcelero de Kenilworth. Pero ¿que hará vm., hallandose ausente cuando llegue la reina, señor Lambourne? pues creo que acompañará vm. á su amo.

— Cuento contigo, mi virey, para que hagas la guardia en mi ausencia. Deja entrar á Tresilian, si lo pretende, pero no dejes salir á alma viviente. Si la señorita quisiere escaparse, lo que podrá muy bien suceder, asustala con tu vozarron.... á bien que no es mas que la hermana de un mal comediante.

— En cuanto á eso, dijo Lorenzo, echaré el cerrojo á la segunda puerta, y de ese modo, de grado ó por fuerza, no me costará trabajo responder de ella.

— Pero Tresilian no podrá ya entrar á verla, dijo Lambourne despues de reflexionar un poco. No importa, la encontrarán en su cuarto, y basta. Confiesa que tienes miedo de quedar despierto en esta torre de Mervyn.

— ¡Yo! ¿y por que, señor Lambourne? Es verdad que se han oido y aun visto cosas muy estrañas en esta torre. Habrá vm. oido decir sin duda, aunque hace poco tiempo que está en Kenilworth, que suele aparecerse aquí el alma en pena de Arturo de Mervyn, aquel gefe bárbaro que fué preso por el valiente lord Mortimer, cuando mandaba en la

frontera del pais de Gales, y que dicen fué asesinado aquí mismo.

— Me han contado esa paparrucha mas de cien veces, dijo Lambourne. Dicen tambien que esa fantasma jamas hace tanto estrépito como cuando cuecen puerros ó frien queso en la cocina. *Santo Diavolo*, deten tu lengua, yo bien sé que es lo que hay sobre el particular.

— Pero tú no la detienes, dijo el carcelero, aunque quieres parecer prudente. ¡Terrible cosa sin embargo matar así á un pobre preso! Dar á un hombre una puñalada en una esquinna, para tí es una friolera: dar á un preso con las llaves de la cárcel en la cabeza, diciendole: Estate quieto, eso es lo que yo llamo conservar el orden. Pero desenvainar la espada y matarle, como matáron á ese señor del pais de Gales, eso es capaz de atraer una fantasma á la cárcel y hacerla inhabitable por espacio de quinientos años. Para que sepas que consideraciones tengo yo con los pobres presos, te diré que mas he querido alojar cincuenta piés bajo de tierra á escuderos y gentes de forma, que se habian entretenido en dar algunos paseitos interesados en los caminos reales, ó en murmurar de monseñor Leicester, ó cosa semejante, que encerrarlos en este cuarto alto donde se cometió el asesi-

nato. Por S. Pedro *ad víncula*, me admiro que mi noble señor ó Varney la den á los forasteros; y si el tal señor Tresilian ha podido lograr que alguno le acompañe, y sobre todo una linda muchacha, á fé mia que ha hecho muy bien en ello.

— A eso te digo, respondió Lambourne paseandose en el cuarto del carcelero, que eres un grandísimo borrico. Vete á cerrar el porton de la escalera, y no hagas caso de fantasmas. Dame un trago de vino: me he acalorado un poco echando á ese bribon del castillo.

Mientras apagaba la sed con sendos tragos de vino de Burdeos, sin necesidad de vaso, el carcelero procuraba disculpar su miedo á las fantasmas hablando indirectamente.

— Solo hace algunas horas que estás en el castillo, y has estado tan borracho al mismo tiempo, que ni has podido hablar, ni ver, ni oír cosa ninguna; pero no la echarias de guapo si hubieses pasado una noche con nosotros en el tiempo de la luna llena, porque entonces es cuando el espectro hace de las suyas, principalmente si sopla de recio el viento nordeste, si caen algunas gotas de agua, y se oyen de cuando en cuando algunos truenos. ¡ Santo Dios! ¡ que ruido! ¡ que bullicio! ¡ que chillidos! ¡ que lamentos! ¡ que alboroto

de los demonios se oye en el cuarto de Merwyn! En tales momentos apenas bastan para mí y para mis hijos dos botellas de aguardiente.

— ¡ Bah! eres un papanatas, respondió Lambourne, á quien los tragos últimos, reunidos á los ya bebidos anteriormente, habian empezado á calentar los cascos. No sabes lo que dices; nadie conoce á esos espectros, y aquel que mas habla de ellos es el que dice mayores desatinos. El uno cree una cosa, el otro otra: ¡ visiones, paparruchas! He conocido muchas clases de tontos en este mundo, aquí donde tú me ves, Lorenzo, hombres de mucho mérito.... hay uno sobre todo.... un gran señor, sin que sea preciso nombrarle, que cree en los oráculos, en la luna, en los planetas y sus cursos, y aun piensa que solo resplandecen para él. Pero yo creo, á fé de borracho, que solo alumbran para que yo y otros como yo no caigamos en las acequias cuando vamos achispados á casa por la noche. Que siga con sus caprichos, ya que tiene bastantes riquezas para pagarlos bien. Hay otro, hombre muy sabio, así como suena, que habla el hebreo y el griego como yo el latin; ese tiene su flaco por las simpatías y las antipatías, y quiere cambiar en oro el plomo. Dejemosle, dejemosle pagar con esa moneda á los mentecatos

que se contentan con ella. Tú tambien entras en la danza, tú, aunque no eres noble, ni sabio, sino seis piés de alto, y tan ciego como los topos, pues crees en las almas en pena. Hay aquí otro grande hombre, un gran hombrecillo, ó grande hombre á medias, como quieras llamarle, querido Lorenzo: su nombre empieza con la letra V.

— ¿Y ese que cree?

— Maldita la cosa, Lorenzo, nada absolutamente: no cree en Dios ni en el diablo. Yo solo creo en el demonio, pues es preciso que le haya, aunque no sea sino para llevar sobre sus cuernos nuestra alma *cuando el alma dejará el cuerpo*, como dijo el otro en su letrilla. Porque todo antecedente debe tener su consecuencia, *raro antecedentem*, decia el doctor Brucham. Pero esto debe ser griego para tí, mi querido Lorenzo, y en resumidas cuentas es una cosa muy inútil saberlo. Y así dame otra botella.

— Par diez, Miguel, si continuas bebiendo de esa manera, mal podrás representar á Orion, ó acompañar á tu amo esta noche tan solemne. De un momento á otro tocarán la campana grande de la torre de Mortimer, anunciando la llegada de la reina.

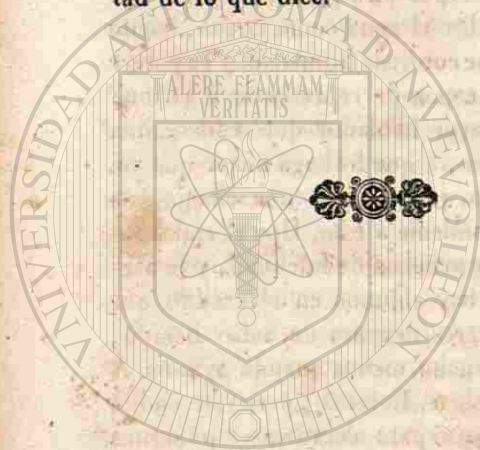
Mientras hablaba así Lorenzo, continuaba bebiendo Lambourne. Poniendo sobre

la mesa la botella casi vacía, dió un suspiro, y dijo con voz apagada, que se elevó segun iba hablando: — No te metas en eso, Lorenzo; si me emborracho, Varney sabrá desemborracharme, y así no te metas en eso; sabré moderarme. Y por otra parte, ya que tengo que andar sobre el agua como Orion, bueno es precaverme contra la humedad. ¿Te parece que no seré capaz de representar á Orion? desafío al mayor hablador que se desgañita por dos reales, á que lo haga mejor que yo. ¿Hay alguno que no coja una chispa esta noche? respondeme á esto. Hoy el emborracharse es dar pruebas de fidelidad, y te aseguro que si hay algunos en el castillo que no esten alegres despues de haber bebido, lo estarán mucho menos cuando ayunos. A ninguno nombro, Lorenzo; pero este vinillo es mucho cuento para alegrarnos y ponernos de buen humor. Brindis por la reina Isabel, por el noble conde de Leicester, por el dignísimo Varney, y por Miguel Lambourne que podria darles á todos ellos veinte mil vueltas sobre la punta del dedo meñique.

Al decir esto, bajó la escalera y atravesó el patio interior.

El carcelero le siguió con la vista, se mosqueó, y dijo entre sí mismo: — ¡Gran cosa es esto de ser favorito! Estuve una vez á pique

de perder mi empleo, porque el señor Varney creyó que olia á aguardiente; y este picarozazo va sin temor alguno á presentarse á él hecho una uva. Pero á decir verdad, es un gran pillastron, y no se le comprende la mitad de lo que dice.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

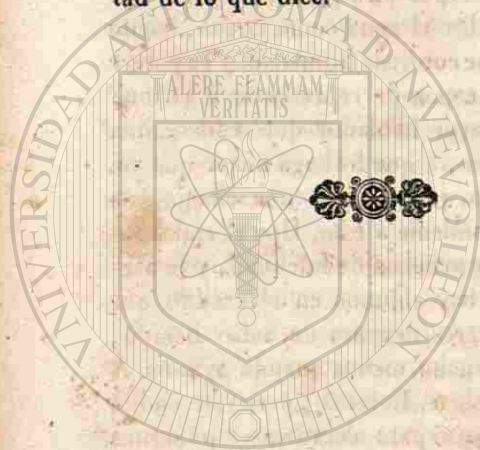
CAPITULO XXXII.

Que redoblen las campanas,
Artillero, á tu cañon:
Resuene el cóncavo bronce,
No para infundir horror.
Pues llega Isabel, que vea
Nuestra alegría y amor.

La Virgen-Reina, trag.-com.

HABIENDOLE dejado Wayland solo, Tresilian, segun dejamos ya dicho en otro capítulo, se hallaba indeciso sobre lo que debia hacer. Vió en esto á Raleigh y á Blount que estaban con los brazos cruzados, disputando con calor, segun su loable costumbre. En el estado en que se hallaba Tresilian, hacia poco aprecio de su compañía, pero no podia evitarla. Conocia ademas que, habiendo dado á Amy su palabra de no ir á verla ni hacer cosa alguna en favor suyo, el mejor partido que podia tomar era el de ir á buscar las gentes, y ocultar de ese modo, en cuanto fuese posible, las angustias y las incertidumbres que agitaban su espíritu. Hizo pues de tripas corazon, y se acercó á sus camaradas diciendo:

de perder mi empleo, porque el señor Varney creyó que olia á aguardiente; y este picarozazo va sin temor alguno á presentarse á él hecho una uva. Pero á decir verdad, es un gran pillastron, y no se le comprende la mitad de lo que dice.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXXII.

Que redoblen las campanas,
Artillero, á tu cañon:
Resuene el cóncavo bronce,
No para infundir horror.
Pues llega Isabel, que vea
Nuestra alegría y amor.

La Virgen-Reina, trag.-com.

HABIENDOLE dejado Wayland solo, Tresilian, segun dejamos ya dicho en otro capítulo, se hallaba indeciso sobre lo que debia hacer. Vió en esto á Raleigh y á Blount que estaban con los brazos cruzados, disputando con calor, segun su loable costumbre. En el estado en que se hallaba Tresilian, hacia poco aprecio de su compañía, pero no podia evitarla. Conocia ademas que, habiendo dado á Amy su palabra de no ir á verla ni hacer cosa alguna en favor suyo, el mejor partido que podia tomar era el de ir á buscar las gentes, y ocultar de ese modo, en cuanto fuese posible, las angustias y las incertidumbres que agitaban su espíritu. Hizo pues de tripas corazón, y se acercó á sus camaradas diciendo:

— ¿Que tal? ¿como va eso, señores? ¿de donde vienen vms.?

— De Warwick, dijo Blount; hemos ido á cambiar de vestidos, como los cómicos de la legua que necesitan multiplicar los personajes ó interlocutores en la escena mudando de trages. Debiera vm. haber hecho lo mismo, amigo Tresilian.

— Blount tiene razon, dijo Raleigh. A la reina le gusta la etiqueta, y se le figura que le faltan al respeto los que se presentan á ella con vestidos sucios y enlodados. Pero mira, querido Tresilian, ¿mira que majo que está Blount! ¿mira como el pícaro del sastre me le ha pintorroteado, con azul, ceniciento, encarnado, cintas de color de carne, y lazos amarillos en los zapatos! ¿Cosa como ella!

— ¿Y que quieres tú mas? respondió Blount. Yo bien le he encargado al tunante que hiciera lo que pudiese, sin ahorrar gastos, y creo que todo esto no pega mal. Lo cierto es que mi vestido es mejor que el tuyo: que lo diga Tresilian.

— De buena gana, dijo Walter Raleigh, de muy buena gana: que lo diga. ¿Par diez! ¿que te parece, Tresilian?

En calidad de árbitro examinó Tresilian las piezas del proceso; al punto conoció que el pobre Blount habia hecho, fiandose en el

sastre, el vestido que tenia puesto, y que, á pesar de todas las cintas, le tenia tan embarazado como suele tener á un aldeano el traje de los dias de fiesta. El de Raleigh era, por el contrario, rico y airoso, y le adornaba de modo que daba gusto el mirarle. Por consiguiente decidió Tresilian que el vestido de Blount era mas hermoso, pero el de Raleigh de mejor gusto.

Satisfizose Blount con esta decision.

— Bien sabia yo que mi vestido es mas hermoso, dijo, y si el canalla de Doublettich me hubiese hecho uno tan serio como el de este petimetre, le hubiera roto con su plancha la cabeza. Ya que es preciso hacer una locura, que sea de buen tamaño y de las gordas.

— Pero, Tresilian, ¿á que aguardas, que no vas á vestirme? dijo Raleigh.

— Una equivocacion me priva del cuarto, respondió Tresilian, y me separa por algun tiempo de mi equipage; iba á pedirte que me admitas en tu habitacion.

— Sí, amigo, con mucho gusto, dijo Raleigh, mi cuarto es muy grande. Monseñor de Leicester nos trata con miramiento, y nos ha alojado como á príncipes. Para ser contra su voluntad, es bastante. Sin embargo mejor será que vayas á ver al camarero mayor, y te servirá al momento.

— ¡Bah! no es cosa de eso, ya que tú te prestas á recibirme por el pronto, respondió Tresilian; pero ¿no incomodaré á nadie? Ahora que me acuerdo, ¿ha venido alguno con vosotros de Warwick?

— Varney, respondió Blount, y una tribu entera de *Leicesterianos* con unos veinte amigos fieles de la casa de Sussex. Segun parece, recibiremos á la reina en lo que llaman la torre de la Galería, y asistiremos á las mogingangas con que quieren festejarla. Nosotros compondremos parte de la comitiva para acompañarla en la sala grande, mientras los que sirven ahora á S. M. van á desnudarse y á cambiar de traje. Si S. M. me dirige la palabra, ¿pobre de mí! no sabré que responderla.

— ¿Que es lo que os ha detenido tanto tiempo en Warwick? dijo Tresilian que queria evitar el hablar de sus asuntos.

— Mil extravagancias, respondió Blount, que se dejan atras á las que se hacen en la feria de San Bartolomé: ha habido discursos, comedias, osos, perros, hombres vestidos de monos, mugeres vestidas como muñecas, etc.

— Estraño mucho, dijo Raleigh, que la reina haya podido soportar todo eso: sin embargo dejaba escapar de cuando en cuando algunas miradas graciosas, ó daba otras

muestras de satisfaccion. ¡Ah! con la vanidad los mas cuerdos se vuelven locos; pero vamos, ven á la torre de la Galería. En verdad que no sé, Tresilian, como podrás presentarte con ese vestido sucio y esas botas groseras.

— Me pondré detras de tí, Blount, dijo Tresilian, viendo que el vestido raro de su camarada le tenia distraido; tu estatura y tu traje suplirán lo que me falta.

— ¿Te parece que podrás salir del paso con eso, Edmundo? dijo Blount. Pues bien, asi sea. Me alegro muchísimo que sea de tu gusto mi vestido. Quien con lobos anda, á aullar aprende.

Al decir esto echó mano á su sombrero, estendió una pierna, y se revistió de un aire altivo, como si se hallase á la cabeza de su brigada de lanceros: de cuando en cuando miraba muy satisfecho sus medias de color carmesí, y las grandes rosetas hechas con cintas amarillas que se estendian sobre sus zapatos. Tresilian le seguia triste y pensativo sin hacer caso de Raleigh, que, divirtiendose con la vanidad tonta de su amigo, decia mil chuletas á Tresilian en voz baja.

Asi atravesáron el puente cubierto, y fueron á reunirse á otros caballeros delante de la

puerta exterior de la galería ó torre de entrada. Eran cerca de cuarenta, escogidos entre los nobles del primer rango, y estaban en dos hileras á cada lado de la puerta, como una guardia de honor. Estaban armados de espadas; su trage era tan hermoso cual pudiera imaginarse; y como la moda del tiempo daba márgen á ostentar una grande magnificencia, no se veia mas que terciopelo, bordados de oro y plata, cintas, perlas, y cadenas de oro. Aunque le ocupaban pensamientos serios, echó de ver Tresilian que su vestido de camino, por bueno que fuese, era ridículo en medio de aquella magnificencia, sobre todo cuando notó que su modesto trage causaba estrañeza entre sus amigos, y entre las gentes de Leicester desprecio.

No podemos omitir este hecho, aunque muy estraño en el carácter grave de Tresilian; pero, á decir verdad, el cuidado de adornarse es un género de amor propio del que no se libran los mas sabios. Nos dejamos arrastrar de él tan naturalmente, que no solamente el soldado que corre á una muerte inevitable, sino el criminal mismo que va al patíbulo, quieren presentarse con cierta decencia hasta el último momento. Pero dejemonos de digresiones.

En la tardecita de un dia del estío (el 9 de

julio de 1575), acababa de ponerse el sol, cuando se aguardaba con impaciencia la llegada de la reina. El gentío reunido muy de antemano se aumentaba á cada instante. Una abundante distribucion de víveres, de carne asada, y toneles de ale (1) en diferentes puntos del camino, alimentaban la alegría del pueblo, y su buena voluntad en favor de la reina y su favorito, que se hubiera resfriado algun tanto, si hubiesen tenido que esperar con las tripas vacías como cañones de órgano. Divertiase á su modo la gentecilla de la cáscara amarga, gritando, riendo y escarneciendose unos á otros con insultos y chocarrerías.

Hallabase todo así en movimiento en la llanura inmediata al castillo, y principalmente cerca de la puerta del parque en donde el pueblo se habia reunido en mayor número, cuando se vió de repente un cohete en la atmósfera: al punto el sonido de la campana grande resonó á lo léjos en la llanura.

Con esta señal los gritos cesáron, un rumor sordo les sucedió, y solo se oia un ruido confuso de muchos miles de personas que hablaban en voz baja: era este, para servirme

(1) Ya sabe el lector qué ale viene á ser cerveza de primera calidad. (Nota del Traductor.)

de una espresion estraña, *el cuchicheo de una multitud inmensa.*

— ¡ Ahí llegan, no tiene remedio! dijo Raleigh. Tresilian, este sonido tiene algo de magestuoso; oímosle aquí, como se oyen á bordo de un navío, despues de un largo viage, las ondas que se estrellan á lo léjos en alguna playa desconocida.

— A mí, dijo Blount, me parece mas bien que se semeja al bramido de mis vacas en el vallado de Wittens-Westlowe.

— Está ido el hombre ahí donde tú le ves, dijo Raleigh á Tresilian: tiene llena su cabeza de bueyes ó prados fértiles. No vale mucho mas que su ganado vacuno, y solo es hombre cuando se trata de sangre y muertes.

— Y te lo probará al momento, dijo Tresilian, si hablas de ese modo.

— ¡ Bah! riome yo de eso, respondió Raleigh. Pero tú tambien, Tresilian, te vas volviendo murciélago; solo vuelas por la noche, has dejado los alegres cantares por los acentos lúgubres, y te metes huyendo de los hombres en un rincon.

— ¿ Y tú? ¿ que especie de animal eres, Raleigh, dijo Tresilian, ya que nos juzgas de esa manera?

— ¿ Yo? dijo Raleigh, yo soy un águila que no bajaré jamas á tierra miéntras haya

un cielo adonde pueda elevarme, y un sol en que poder fijar mi vista.

— ¡ Buena fanfarronada por San Bernabé! dijo Blount. Pero, señor Aguila, ¡ cuidado con la jaula! ¡ cuidado con dejarse coger! He visto yo algunos pájaros que volaban tan alto como vm., servir despues de espantajo á los demas. Pero ¡ chito! ¿ que quiere decir este silencio repentino?....

— Es, dijo Raleigh, la comitiva que se detiene en la puerta del parque, en donde una sibila, una de las *fatidicæ*, habla á la reina y le dice la buena ventura. He visto los versos que no dejan de ser algo picantes; pero S. M. está ya harta de poesia. Me decia al oido, durante el discurso del escribano de Ford-Mell, que estaba *pertaes barbaræ loquelæ*, fatigada con todo ese lenguaje bárbaro.

— ¡ La reina le habla al oido! decia Blount para su capote: ¡ Dios mio! ¿ en que pararán estas misas? (1)

Fuéron sus reflexiones interrumpidas por los aplausos y el alborozo de la multitud, re-

(1) Es chistoso el origen de esta frase vulgar. Un picaronazo se fué á un pais en donde no era conocido, y sin ser sacerdote, decia misa todos los dias, por cuanto vos contribuisteis, por coger el estipendio. Habiendose descubierto la fechoria, le pusiéron preso,

petidos por los ecos en dos millas á la redonda. Los grupos que habia en el camino por donde S. M. debia pasar, daban grandes gritos que se difundian de unos á otros hasta el castillo, y anunciaron á los que estaban dentro, que la reina acababa de pasar por la puerta del parque, y que habia llegado á Kenilworth. Oyóse entonces la música del castillo; los cañonazos se confundieron con las descargas de mosquetería; pero todo el ruido de los tambores, de las trompetas y los cañones, apenas se oia en medio de las aclamaciones de la multitud.

Cuando empezó á calmarse el tumulto, se vió en la puerta del castillo una grande claridad que se aumentaba mas y mas al acercarse, y se adelantaba en medio del camino que conducia á la torre de la Galería, y que estaba cubierto por ámbos lados por las gentes del conde de Leicester. Al punto se oyó gritar en todas las filas: ¡La reina, la reina! ¡silencio! Llegaba Isabel precedida de doscientos hom-

y al formarle la causa, entre otras reconvenciones, le preguntó el juez ¿que decia al elevar la hostia? — Lo que solia yo decir, en lugar de las palabras de la consagracion *Hoc est enim corpus meum*, era únicamente: ¿En que pararán estas misas?

(El Traductor español.)

bres á caballo, que llevaban hachas de brea, cuya claridad, tan grande como la del dia, alumbraba toda la comitiva, en cuyo centro estaba la reina con el vestido mas rico y cubierta toda de diamantes. El caballo que montaba era blanco como la nieve, y le conducia con gracia y dignidad; en su porte noble y magestuoso se echaba de ver que descendia de cien monarcas.

Seguian á S. M. las damas de honor, y en aquella ocasion habian echado el resto para sostener el esplendor de una corte tan rica y brillante. Todas estas constelaciones secundarias eran dignas del astro glorioso que rodeaban; pero á los atractivos de sus personas, y á la magnificencia con que ellas los aumentaban, sin faltar con todo eso á las reglas de la moderacion, se las reconocia por la flor de un reino tan famoso por su esplendor y la hermosura de sus mugeres. La magnificencia de los cortesanos, á los que no imponia la prudencia los mismos deberes, no tenia límites.

Leicester, cubierto de oro y de bordados, se adelantaba á caballo á la derecha de S. M. en cualidad de su huésped y de su caballero mayor. El caballo que montaba era de la mejor estampa y de los mas corredores de la Europa. El noble animal se mostraba impaciente con la lentitud de la marcha de la co-

mitiva, y erguiendo con gracia su cuello magistoso, mordía el freno de plata que le detenía en su ardor. La espuma, que salía de su boca, caía blanca como la nieve sobre sus miembros airosos. El ginete era digno de su rango y de un animal tan noble. No había hombre en Inglaterra, ni tal vez en Europa, que pudiese competir con Dudley en el arte de manejar un caballo, ni en los demás ejercicios propios de un caballero de su rango. Llevaba descubierta la cabeza como todos los que componían la comitiva; el resplandor de las antorchas alumbraba los largos rizos de su cabello negro, y su noble rostro, al que la mas severa critica quizá solo hubiera podido tildar el ser un poco calvo. En aquella memorable velada sus facciones llevaban impresa la tierna solicitud de un súbdito que se manifiesta penetrado del honor que le hace su príncipe, y se vé por otra parte ufano y orgulloso con un día tan solemne.

Sin embargo, aunque se mostraban risueños todos los semblantes, á muchas personas de la comitiva del conde les pareció que estaba mas pálido que otras veces, y manifestaron unos á otros sus temores de que el exceso de fatiga destruyese su salud.

Varney seguía de cerca á su amo en calidad de su caballero mayor. Llevaba su gorra

de terciopelo negro, adornada con diamantes y una pluma blanca. Miraba constantemente á su amo, y por motivos que conoce ya el benévolo lector, era entre los muchos servidores de Leicester el que mas vivamente deseaba que tuviese su señor bastantes fuerzas para sostener las fatigas de un día tan penoso; pues aunque Varney fué del pequeñísimo número de aquellos malvados que, habiendo llegado á ahogar los remordimientos de su conciencia, pasan del ateísmo á una completa insensibilidad moral, como un hombre que en una agonía extrema duerme con el opio, sabía sin embargo que en el corazón de su amo había todavía aquella llama que jamas se apaga, y que en medio de todas las pompas y la magnificencia estaba atormentado por el gusano roedor de su conciencia. Estando al mismo tiempo Leicester persuadido de lo que le había dicho Varney, que su condesa se hallaba indispuesta, lo que era una excusa suficiente para no presentarse á la reina en aquella ocasion, no había de temer que un hombre tan ambicioso como su amo (según creía el astuto caballero) lo echase todo á perder, y se manifestase débil.

Los caballeros de la comitiva de la reina eran los mas notables por su magnificencia; eran los gentileshombres mas nobles de aque-

lla época distinguida, y eclipsaban completamente á los que venian detras.

Se acercaron á la torre de la Galería, que formaba, como dejamos ya dicho, la barrera exterior del castillo.

Este era el momento en que debía lucir su papel el gigante; pero este gran bribon estaba tan aturdido, y un gran cántaro de cerveza que se habia encajado entre pecho y espalda para refrescar la memoria, habia producido un efecto tan opuesto, que apenas podia respirar en el banco de piedra en que estaba sentado. Bien hubiera podido pasar la reina sin que él la hubiese dicho, esta boca es mia, si no fuera por el apuntador Flibbertigibbet, que estaba en acecho detras de él, y le metió un gran alfiler en las nalgas.

Dió el portero un chillido que no desdecia de su papel, se levantó con su gran maza en la mano, que enarboló á derecha é izquierda; despues, semejante á un caballo que sintiendo la espuela y el látigo se precipita en la carrera, y llega sin detenerse al fin de ella, recitó toda su tirada de versos con la ayuda del apuntador. He aquí un extracto; pero debe saber ántes el curioso lector, que las primeras líneas de esta arenga eran dirigidas á la multitud, y las demas á la reina. Cuando esta se acercó, el gigante, como si

viere una aparicion, abandonó todos los atributos de su cargo, y cedió el paso á la Diosa de la noche y á su comitiva.

¡Holá! ¿que haceis aquí, canalla baja?
Retirarse al momento, ó las costillas
Con esta cachiporra os hago astillas,
Pues no soy guardia de carton ni paja.

Mas poco á poco, pues se acerca, creo,
Una señora de gallarda traza.
¡A dios mis llaves y pesada maza!
Con tanto resplandor apenas veo.

Noble princesa, recibid benigna
Nuestros obsequios, y llegad dichosa:
¿Quien, al miraros tan bizarra, hermosa,
De pasar adelante os creerá indigna?

Isabel recibió de un modo muy gracioso el homenaje de este Hércules moderno, y atravesó la torre que él guardaba, en la que se oia una música guerrera. Esta música, que repetian otros músicos colocados en diversos puntos de las murallas del castillo, y estendian los ecos, formaba una armonía que parecia salir de todas partes.

En medio de esta música encantadora llegó la reina Isabel al puente que iba desde la torre de la Galería hasta la de Mortimer. Una infinidad de antorchas puestas en las empalizadas esparcian una claridad tan grande como la del dia. La mayor parte de los señores se

apeáron de sus caballos, y los enviáron al pueblo de Kenilworth, para seguir á pié á la reina como los otros caballeros que habian sido elegidos para recibirla en la galería.

Raleigh dirigió entónces, como lo habia hecho varias veces el mismo dia, la palabra á Tresilian, y se admiró no poco al oír sus respuestas vagas é insignificantes. Estas diversas circunstancias, el abandono que hacia de su cuarto, su trage que no podia menos de disgustar á la reina, y otros muchos síntomas que advirtió, le hicieron pensar que su amigo no estaba enteramente en su juicio por el momento.

Al mismo tiempo como llegase la reina al puente, se presentó á su vista otro espectáculo. Con la señal que dió la música anunciando su presencia, se empezó á mover una isla flotante iluminada por un gran número de antorchas, y rodeada de máquinas que figuraban caballos marinos montados por los Tritones, las Nereidas y demas divinidades de los ríos y el mar. Esta isla se fué aproximando poco á poco hasta cerca del puente.

Notabase en ella una hermosa muger, cubierta con un manto de seda azul ceñido con una banda muy ancha, en que estaban estampados algunos caracteres misteriosos, como el Filoctere de los Israelitas. Tenia las manos

y los piés desnudos, pero adornadas de oro las muñecas y las espinillas. En medio de sus largos rizos de cabello negro llevaba una corona y tenia en la mano un baston de marfil guarnecido de plata. Seguianla dos ninfas vestidas como ella á lo antiguo, y adornadas con emblemas.

Se habian tomado tan bien las medidas, que la dama de la isla flotante llegó á la torre de Mortimer con sus dos criadas, en el momento mismo que la reina. Entónces la estrangera manifestó en un discurso elegante ser la famosa dama del Lago, célebre en las historias del rey Arturo, la que habia sido nodriza del formidable sir Lancelot, y cuya hermosura habia triunfado de la sabiduría y los encantos del poderoso Merlin. Desde aquella época habia morado en sus dominios cristalinos, á despecho de los personajes ilustres que sucesivamente habian ocupado el castillo de Kenilworth. Los Sajones, los Daneses, los Normandos, los Samolowes, los Clintones, los Monfortes, los Mortimers, los Plantagenets, á pesar de su gloria y su magnificencia, jamas pudieron decidirla á dejar su húmedo palacio. Pero un nombre, mas grande aun que todos aquellos nombres famosos, habia llegado á su oído, y venia á presentar su homenaje á la reina Isabel, y á convi-

darla á las fiestas que el castillo y las inmediaciones, el lago y la tierra iban á ofrecerle.

La reina recibió este convite con gracia, y respondió sonriéndose: — Habíamos creído hasta aquí que este lago hacia parte de nuestros dominios; pero reclamándole una dama tan célebre, nos alegraremos mucho de tener en otra ocasión una comunicacion especial con ella sobre este asunto para arreglar nuestros comunes intereses.

Después de esta respuesta amable, la dama del Lago desapareció; y Arion, que hacia parte de las divinidades de la mar, se presentó sobre un delfín. Es el caso que Lambourne, que se habia encargado de representar este papel en la ausencia de Wayland, tiritando de frío sobre el agua que miraba con malos ojos, no sabiendo de memoria lo que tenia que decir, y no teniendo como el gigante un apuntador que le sacase del apuro, se quitó de cuentos, y echó mano de su acostumbrada desfachatez. Arrojó su máscara, y gritó jurando que no era Arion ni Orion, como quisieren llamarle, sino el bueno de Miguel Lambourne; que habia pasado desde la mañana hasta la noche bebiendo á la salud de S. M., y que solo habia venido á darla de todo corazón su bienvenida á Kenilworth.

Esta chocarrería repentina agradó mas que

el discurso mas bien preparado; la reina se echó á reír á carcajadas, y juró tambien que era la mejor arenga que habia oido en todo el dia. Viendo Lambourne que habia caido en gracia su bufonada, saltó con ligereza en tierra, alejó al delfín de una patada, y dijo que en adelante no queria tener dares ni tomares con los peces sino al verlos fritos ó cocidos en un plato.

Quando iba á entrar la reina en el castillo, encendiéron los fuegos artificiales memorables que el señor Laneham, ya citado, ha descrito con tanta elocuencia.

— Tales eran, dice el portero de la cámara del consejo, la claridad de las llamaradas y de las estrellas resplandecientes, la lluvia de chispas, los relámpagos, los cañonazos, que el cielo retumbaba, las aguas se conmovieron, la tierra se estremeció, y por mi parte, aunque soy hombre de valor, jamas he tenido tanto miedo en mi vida (1).

(1) Vease la relacion que hace Laneham de la visita de la reina á Kenilworth en 1575, historia muy divertida, escrita por el mas fatuo de todos los autores. El original es en extremo raro, aunque ha sido reimpresso dos veces.



KENILWORTH.

—
1.

KENILWORTH.

—
2.

KENILWORTH.

—
3.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

KENILWORTH.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—
4.



... NUEVA ...
... BLIOTECA ...